



Casti1lo de Mogrovejo. Al fondo, los Picos de Europa.

(Oleo por Francisco N1ñez Losada.)

BOLETIN

DE LA

ASOCIACION ESPAÑOLA
DE AMIGOS DE LOS CASTILLOS

N.º 42

TERCER TRIMESTRE

AÑO XI-1963

BANCO DE VIZCAYA

Fundado en 1901

Casa Central: BILBAO. Gran Vía, 1

Sub-Central en Madrid. Alcalá, 45

Capital desembolsado y reservas 2.172.933.500 de ptas.

230 Dependencias distribuidas por toda España, de ellas

153 SUCURSALES

72 Agencias Urbanas en: Alicante (1), Baracaldo (1), Barcelona (15), Bilbao (7), Córdoba (2), Elizondo, Granada (1), Las Palmas de Gran Canaria (1), Madrid (25), Málaga (1), San Sebastián (1), Sevilla (3), Tarragona (1), Valencia (7) Vitoria (1) y Zaragoza (3).

Extensa red de Corresponsales Nacionales y Extranjeros

SERVICIO DE RELACIONES EXTRANJERAS
especializado en la tramitación de toda clase de operaciones relacionadas con el comercio exterior.

(Aprobado por el Banco de España con el núm. 5.027)

BOLETIN DE LA ASOCIACIÓN ESPAÑOLA DE AMIGOS DE LOS CASTILLOS

Director:

Luis de Armiñán Odriozola.

Redactor Jefe:

Angel Dotor Muncio.

Secretario:

José Rico de Estasen.

Consejo de Redacción:

Federico Bordejé Garcés, Clemente Sáenz García, José Sanz y Díaz, Gervasio Velo y Nieto, Leonardo Villena Pardo, Florentino Zamora Lucas y Juan Manuel Zapatero López-Anaya.

AÑO X

JULIO - AGOSTO - SEPTIEMBRE 1963

N.º 42

Depósito legal. M. 941. 1958.

SUMARIO

	<u>Págs.</u>
Editorial: Los castillos también juegan a la unidad europea	171
El castillo y plaza fuerte de Alcántara, por G. Velo y Nieto	175
Los Contreras y el castillo de Casasola, por el Marqués de Lozoya	199
El castillo antequerano. por Fermín Requena. ...	207
El castillo de Monterrey, por Narciso Peinado. .	211
Exposición del I Concurso Nacional de Fotografías «Castillos de España».	219
Excursiones, por L. Z. y F. G. R.	225
Noticario	234
Bibliografía, por Julio Pérez de Guerra	243

ASOCIACION ESPAÑOLA DE AMIGOS DE LOS CASTILLOS

PRESIDENCIA DE HONOR

S. E. D. Francisco Franco Bahamonde,
Jefe del Estado y Generalísimo de los Ejércitos.

JUNTA DIRECTIVA NACIONAL PARA 1963

Presidente

Excmo. Sr. D. Antonio del Rosal y Rico, Marqués de Sales

Vicepresidentes

Excmo. y Rvdo. P. Juan R. de Legisima
Excmo. Sr. D. Juan Antonio Gamazo y Abarca, Conde de Gamazo.
Excmo. Sr. D. Iñigo de Arteaga y Falguera, Duque del Infantado.

Secretario General

Sr. D. Arturo Grau Fernández.

Secretario Adjunto

Ilmo. Sr. D. José Rico de Estasen.

Tesorero

Ilmo. Sr. D. Florentino Gómez Ruimonte.

Contador-Interventor

Ilmo. Sr. D. Gervasio Velo y Nieto.

Archivero-Bibliotecario

Ilmo. Sr. D. Florentino Zamora Lucas.

Vocales

Ilmo. Sr. D. Federico Bordejé y Garcés.
Excmo. Sr. D. Angel Dotor y Municio.
Excmo. Sr. D. José Sanz y Diaz.
Ilmo. Sr. D. Leonardo Villena Pardo.
Ilmo. Sr. D. Fernando Moreno Barberá.
Excmo. Sr. D. Clemente Sáenz García.
Sr. D. Leocadio Zafra Hernández.
Ilmo. Sr. D. Juan Manuel Zapatero López-Anaya.
Ilmo. Sr. D. Casto Fernández-Shaw.
Ilmo. Sr. D. José Ignacio Arrillaga Sánchez.
Excmo. Sr. D. José Camón Aznar.
Ilmo. Sr. D. Alvaro Cavestany y de Anduaga.
Excmo. Sr. D. Joaquín Miguel Cabrero
Ilmo. Sr. D. Francisco Pons Sorolla.
Excmo. Sr. D. Ramón Rivas Martínez.
Sr. D. Valeriano Rosales España.

Asesor Técnico: Ilmo. Sr. D. Antonio Prast.

Oficinas:

Plaza Mayor, 27, 3.º Teléfono 221-24-54

MADRID - 12

(Horario: de 5 a 9 de la tarde.)

Editorial

Los castillos también juegan a la unidad europea

MIENTRAS en los cuatro puntos cardinales de nuestro continente se reúnen las gentes de las más variadas condiciones para tratar de encontrar el camino político y económico de la unidad europea, en el famoso castillo de Dampierre, que los aficionados al *Paris-Match* conocen de un reciente reportaje a todo color, y los aficionados a la sección de sucesos de los periódicos, de un no menos reciente robo sensacional de muebles de época, el Duque de Luynes acaba de reunir a los responsables de uno de esos movimientos de unidad que sólo pueden darse en nuestro viejo continente: el de los defensores de nuestros castillos históricos, los del valle del Rin y los de la verde Escocia; los de los wikingos noruegos y los del renacimiento italiano; los del valle del Loira y los de la meseta castellana; los de Gante, patria de Carlos V, y los de Ludovico el Moro. Castillos de placer de la dulce Francia, castillos en España, castillos de la Umbria y la Toscana, reventando de pinacotecas, castillos de la mercantil Inglaterra, que hoy proporcionan a sus dueños buenas rentas entregados a la explotación turística.

Alrededor del Duque de Luynes, distinguido Presidente del Jockey-Club cuando está en París, y siempre granjero cuando está en su castillo-explotación agrícola de Luynes, se reunieron todos los responsables europeos de las Asociaciones públicas o privadas que defienden en Europa las antiguas residencias y fortalezas históricas. Había allí algunos de los nombres más ilustres de la nobleza europea, y junto a ellos, altos funcionarios de Bellas Artes, o arquitectos especializados en la conservación de los castillos. La representación española estuvo a cargo de una personalidad extraordinariamente simpática, el Marqués de Sales, que es un hombre de negocios como hay tantos por el mundo, pero que en sus horas de asueto se dedica, con una pasión formidable, a la defensa de los castillos españoles, a través de su Presidencia de la Asociación de Amigos de los Cas-

tillos, que lleva a cabo una labor poco conocida en España de quienes no son especialistas, y perfectamente valorada en los organismos internacionales, entre otras cosas, por el valor histórico-artístico de sus publicaciones monográficas, verdadero modelo en su género, que no faltan en la colección de ningún especialista mundial.

Es un verdadero placer para el espíritu escapar alguna vez de las preocupaciones político-económicas de la unidad europea para solazarse en el recreo de estas otras corrientes de unidad continental, jalonadas con nombres de castillos que son capítulos enteros de la historia de Europa, de palacios que son relatos completos de nuestras crónicas, de monumentos que son resumen de corrientes culturales, de movimientos literarios, de momentos estelares del espíritu europeo.

Mientras otros hombres estudian el emplazamiento posible de los medios modernos de defensa de Europa, los amigos de los castillos estudian la conservación de estas fortalezas, que dicen, mejor que nada, todo lo infantil que es la vanidad bélica de los hombres; y además de su conservación, estudian la manera de organizar, paralelo al desarrollo del turismo moderno, que cada vez es un turismo más culto y más exigente, verdaderas corrientes de peregrinación a través del espíritu de la vieja Europa, corrientes que sólo pueden compararse a lo que fueron las peregrinaciones compostelanas y que estas Asociaciones van reviviendo poco a poco, hasta conseguir que el turista, cada vez más, se acerque más al espíritu de aquellos viajeros de antaño que, de castillo en castillo y de palacio en palacio, podían ir reviviendo las etapas apasionantes de la formación de este formidable tesoro, más rico y más variado que ninguno, que es el de la cultura europea.

Museos y archivos de la historia y del arte, testimonios impreciosos de los tiempos de nuestros mayores, los castillos de Europa siguen en pie, recordando al viajero los viejos tiempos en que el honor, la hospitalidad, la fe, la familia, la amistad y tantas viejas virtudes, eran elevados a la categoría de bienes supremos del espíritu por unos hombres que, al menos en la perspectiva de la Historia, nos parecen menos materialistas que nuestros contemporáneos.

El Marqués de Sales aprovechó esta reunión internacional para regalar a todos los participantes un ejemplar de un documento bien interesante: el Decreto-Ley de Protección de los Castillos Españoles, que es el primer Decreto que se ha firmado en el mundo en este sentido y que comienza de bien gallarda manera: «Dispongo que todos los castillos de España, cualquiera que sea su estado actual, queden bajo la protección del Estado...»

Todos «los castillos de España», frase mágica que tiene su equivalente en todas las lenguas de Europa, porque para todos

los europeos, «un castillo en España» es un sueño mágico, como coger la Luna con la mano.

Este Decreto es de 1949 y está completado por otro no menos gallardo, de 1962, creando el Patronato de los Castillos de España, cuyo texto no es menos evocador, al comenzar como un viejo cronicón o romance: «Los castillos, torres, recintos amurallados, puertas, puentes fortificados, etc., etc.», y, al final del Decreto, la firma que le corresponde: Francisco Franco

Es muy grato, desde París, anunciar que existe la Europa unida de los castillos, ni la grande, ni la pequeña, ni la del Mercado Común: la Europa total, sin nacionalismos ni feudalidades, y que en esta Asociación España ocupa un lugar de primer orden, por méritos propios que se llaman la Mota, Manzanares el Real, Oropesa, Peñafiel, Arévalo, Olite, Segovia, Alcañiz, Simancas, Turégano, Coca, Bellver, Monzón, Zagra...; por ellos sueña Europa, por los castillos de España.

(Artículo de la ilustre periodista Pilar Narvión, aparecido en el diario *Pueblo*, de Madrid, número de 6 de julio de 1963.)



LA FORTIFICACION ABALUARTADA Y LOS CASTILLOS DE ULTRAMAR

Don Juan Manuel Zapatero, Vocal de nuestra Junta Directiva y miembro del Consejo de Redacción de este BOLETÍN, desea hacer constar que su trabajo *La fortificación abaluartada y los castillos de Ultramar*, aparecido en nuestro número 42, había visto precedentemente la luz en el diario madrileño *A B C*.

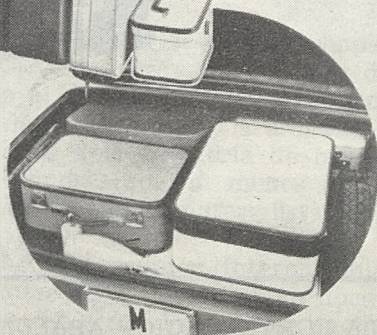
SEAT

1400-C



LE HACE MAS GRATO EL VIAJE

yo que Vd. puede llevar consigo,
todo su equipaje.
Su baúl portamaletas, de piso llano y
de gran profundidad permite
la colocación de un sorprendente
número de maletas y bultos,
además de la rueda de repuesto



SOCIEDAD ESPAÑOLA DE AUTOMOVILES DE TURISMO
apartado 14.270-madrid



El castillo y plaza fuerte de Alcántara

POR G. VELO Y NIETO

I

SITUACION DE LA VILLA DE ALCANTARA Y LIGERA DESCRIPCION DE SUS MONUMENTOS ROMANOS

RESULTA un tanto paradójico que al dar comienzo al presente trabajo, que ha de versar única y exclusivamente sobre los muchos castillos que jalonan en la actualidad la provincia cacerreña, tratemos, en primer lugar, del de la villa de Alcántara, uno de los presidios de Extremadura mejor fortificados en las pasadas centurias, pero carente en absoluto de todo poder defensivo en nuestro tiempo.

Otros autores, que nos han precedido, incurrieron en igual anomalía y atrevimiento; es más, pusieron manos a la obra, y dieron fin a ella, sin describir ni aportar dato alguno referente al castillo alcantarino, que existió, desde luego, fue pujante y tuvo muy completas sus defensas; pero de ellas restan tan escasos vestigios, que apenas podemos precisar hoy el lugar exacto de su emplazamiento.

Los referidos escritores, al abordar dicho tema, se limitaron casi siempre a relatar, con más o menos fortuna y habilidad, ciertos hechos históricos de los muchos que tuvieron por escenario la casi legendaria y memorable villa que conserva todavía

una de las obras más colosales que produjo el ingenio de los hijos de Roma: el célebre y celebrado *Puente de Alcántara*.

Pero queremos hacer constar que nos decide a tratar de Alcántara, en primer lugar y pese a la ruina de su fortaleza y de cuanto dejamos consignado, la extraordinaria importancia de la sin par urbe, llamada por Edrisi *la maravilla del mundo*, debido, probablemente, a que durante la dominación sarracena era—por su posición estratégica, los fuertes muros que la circundan y la enorme extensión de dehesas y otras tierras cultivadas que caían bajo su jurisdicción—de las más codiciadas.

En segundo lugar, nos obliga a darle preferencia el indispensable orden alfabético que, en la exposición, con todo rigor, queremos respetar.

Y, finalmente, lo hacemos con la pretensión de querer bosquejar, aunque quizá no con sus auténticos rasgos, la fábrica del castillo y determinar, en lo posible, la amplitud y dirección de las cercas que envolvían y protegían el viejo recinto al ser arrebatado a los moros por los reyes de León, cuando se inició la reconquista de la Transierra.

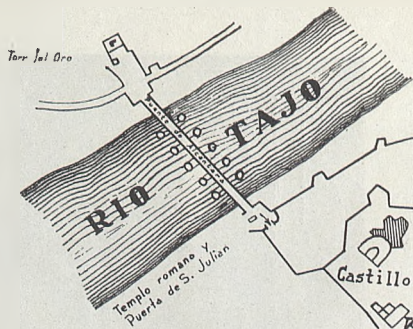
* * *

En la provincia de Cáceres, en su parte occidental y no lejos de la frontera portuguesa, se alza la villa de Alcántara, sobre montículo que acentúa su prominencia observado desde el lado Noroeste, por el que desciende abrupta y quebrada ladera hasta alcanzar la margen izquierda del padre Tajo, que discurre por aquella parte, donde se abre hondo y angosto cauce entre riscos y peñascos.

También las vertientes que, respectivamente, miran a Norte y Sureste de la referida eminencia, descienden, formando escarpas naturales, hasta otras tantas hondonadas, lechos de arroyuelos. Contribuye tan privilegiada posición del terreno a que sólo por el naciente ofrezca Alcántara vulnerabilidad ante un posible ataque enemigo.

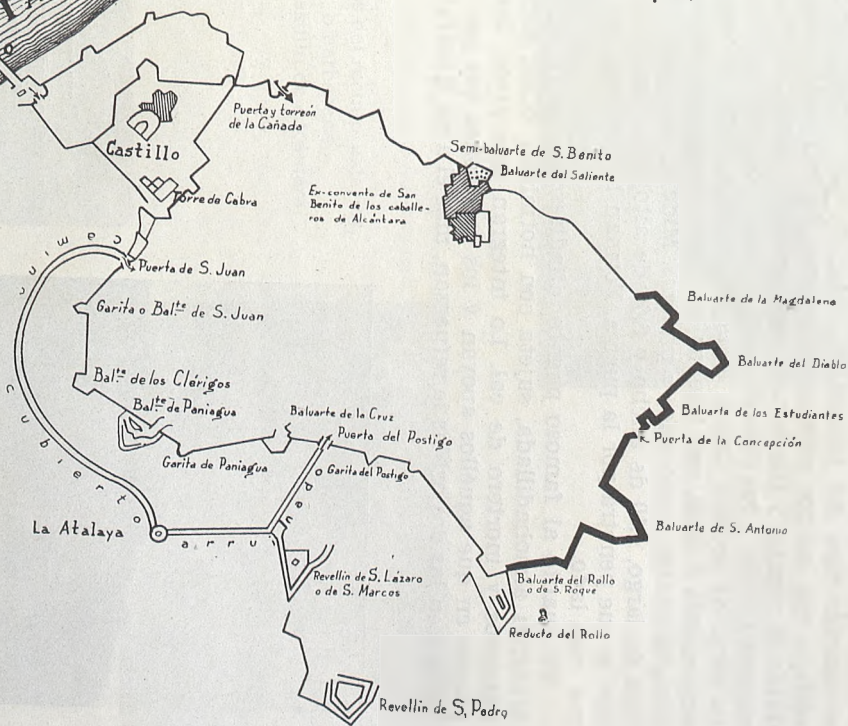
Es errónea la creencia de que dicha villa fue colonia o aldea habitada durante la dominación de la Lusitania por las legiones de Roma. Su importancia en aquel tiempo se debió exclusivamente a la existencia de su magnífico puente, cuya construcción fue motivada por la imperiosa necesidad de dar paso al ramal de calzada que partía desde la *Vía de la Plata*, en lugar preciso que ocupaba *Norba Caesarina* (Cáceres), y se dirigía hasta el Noroeste, penetrando en Portugal, posiblemente hasta Beja, según refiere Hübner, a través del puente de Segura, trazado sobre el Eljas, río que sirve de frontera con el país vecino.

Pero no sólo en Alcántara es única e interesante la gran



Plano de la fortaleza de Alcántara

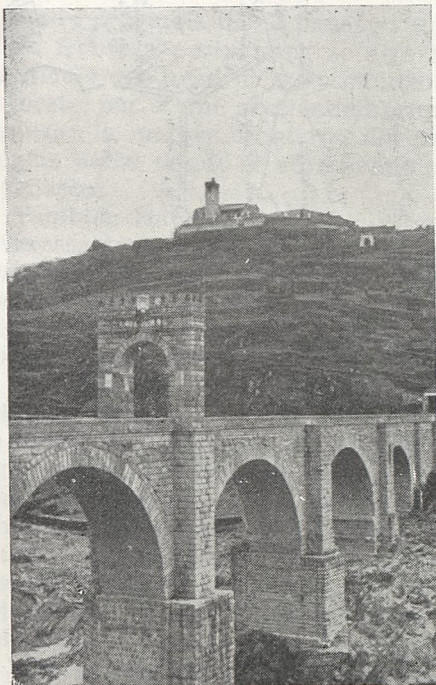
(Tomado de un grabado antiguo).



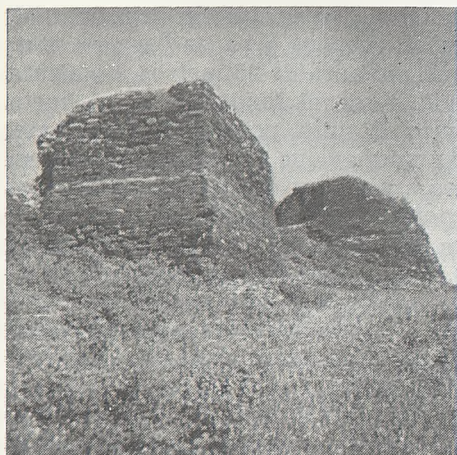
fábrica de su puente, ya que a la entrada del mismo, por su lado izquierdo, existe un curioso templo dedicado al divino César.

Trátase de un edificio pequeño, en buen estado de conservación, fabricado a base de piedra granítica, incluso su techumbre, que vierte a dos aguas. Su planta es rectangular y pertenece al sencillo tipo del templo *in antis*. No tiene más adorno el edificio que las dos columnas toscanas de la puerta y las molduras de cornisa y frontón. El monumento es de sillería labrada, almohadillada, y fue discretamente restaurado, cerrando su puerta verja de bronce. Opina Mérida que el interior lo constituye una capilla o *cella*, con huellas de haber estado dividido en dos departamentos, como *naos* y *pronaos*. Mide el conjunto 5,86 metros de largo, 4,10 de ancho y 6,61 de alto, y no recibe más luz que la que penetra por la puerta. Forman la cubierta seis piezas por cada lado.

En cuanto al famoso puente, añadiremos que es de sillería granítica almohadillada, sujeta con hormigón, o sea mezcla de guijarros y mortero de cal. Lo integran seis arcos, los cinco pilares en que aquéllos apoyan y los malecones que por ambos lados y en las dos orillas le refuerzan, más el arco triunfal. Tiene

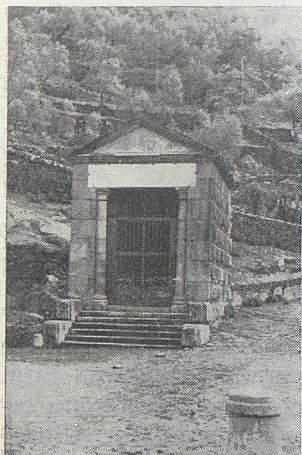
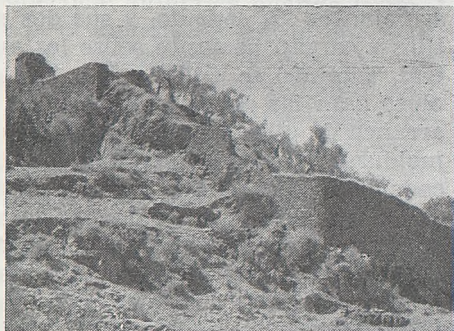


Perspectiva
del puente romano
de Alcántara.



Restos del casi destruido
totalmente
castillo de Alcántara.

Lienzos del recinto exterior,
o barbacana,
del castillo de Alcántara.



Templete romano situado a la entrada
del puente de Alcántara.

de longitud 149 metros; la anchura, que es la de la calzada, 6,70, más 1,30 metros que suman los antepechos, y por la base del pilar central, con su tajamar, da una anchura de 25 metros. La altura total es de 71 metros, contada desde el fondo del agua hasta la parte alta del arco de triunfo. Resulta, por tanto, imponente, pues excede a todas las obras romanas que de esta clase existen. Los arcos son casi iguales dos a dos; los dos centrales, los dos que les siguen y los dos exteriores. Todos son de medio punto, o sea a plena cintra, que en los centrales arranca de los pilares y en los demás son peraltados. Los pilares tienen forma de tajamar aguas arriba, siendo cuadrados por el lado opuesto.

A pesar de haber recibido diversas restauraciones, no han afectado éstas a lo esencial, que es la traza primitiva del monumento, tan perfecta como sintética.

Según la inscripción del arco central, este coloso de piedra fue terminado el año 106 de la era de Cristo, bajo la protección de Trajano, por el artífice Cayo Julio Lácer.

Alzase el tantas veces citado arco del triunfo al medio del puente, según costumbre de aquel tiempo en todas las obras semejantes. Es sencillo, y sus dos machones montan sobre pretilos y cargan bastante sobre los extremos del gran estribo central. También se utilizó en su fábrica sillería almohadillada, incluso para las dovelas de su único hueco, el que a plena cintra arranca de pilastras áticas con sencilla moldura por capitel. Dos molduras iguales determinan un friso en el ático, donde, por cada lado, hay sendos tableros de mármol con inscripciones. Se ven otras lápidas en el puente de cada lado de los machones, a la altura de los arranques del arco.

Son varias las inscripciones que de forma singular avaloran al puente, siendo de lamentar no se conserven más. Una de ellas es la dedicación de la obra a Trajano, y en otras los nombres de los municipios que contribuyeron con su estipendio a la erección de la monumental obra, evidenciando que el puente no fue *opus publicum populi romani* y sí obra comunal de ciertos pueblos de la comarca.

II

EL CASTILLO Y MURALLAS DE ALCANTARA. SOMERO ESTUDIO

Cuando en los primeros días del mes de enero del año 1213 llegó al Cerro de las Vigas y contempló desde allí los muros de Alcántara, al frente de un poderoso ejército, el Rey Alfonso IX de León, acompañado de lucido cortejo, integrado por sus

más valientes capitanes, se quedó asombrado ante el espléndido panorama que ofrecía la bella medina que se proponía liberar del yugo sarraceno.

Situada la legendaria urbe alcantarina sobre alto y enriscado cerro, cuyas vertientes pagan tributo al Tajo, la empresa de reconquistarla se le antojó llena de peligros y dificultades.

Extendiase la mayor parte de la población por la gran ladera que mira hacia Poniente, y el terreno que le servía de asiento era estrecho y áspero, por cuya razón eran también así sus calles y plazas. Distribución y ventajas sablamente aprovechadas por sus habitantes en caso de alteración o guerra, tan frecuente en aquellos tiempos.

Pero en la cúspide del montículo, por el lado del naciente, avanzaba un arrabal por terreno menos ingrato y quebrado, cuya circunstancia permitió que se ensanchara el caserío, años más tarde, en aquella dirección, donde surgieron nuevos y magníficos edificios, tan útiles y adecuados, que se fue agrupando en su alrededor el más importante y escogido núcleo de población.

La interesante villa, cuya superficie auténtica cuando la poseían los moros abarcaba desde la ornamentada puerta que restauró el maestre don Gutierre de Sotomayor, y que aún se conserva, hasta las proximidades del mencionado templete romano, sito a la entrada del puente, estaba cercado «por valiente muro de piedra terraplenado», reforzado con resistentes torres esparcidas a trechos prudenciales para aumentar y completar las defensas del terreno. Aun en estos tiempos, en 1764, escribe el mejor de los cronistas de la Orden de Alcántara, se ven grandes trozos de muralla, harto fuertes para ser batidos con las armas empleadas por los ejércitos combatientes en el siglo XIII.

La otra parte anexa a este principal recinto, la llamada *el Arrabal*, también estaba cercada de muro, «pero de menos fortaleza», es decir, debía ser así como una a modo de barbacana, muy útil y bien dispuesta, que «daba el rostro» para distraer posibles acometidas por aquel lado; el más vulnerable, sin duda, dada la natural disposición y lo poco accidentado de aquella parte.

Las murallas de Alcántara y su grande y suntuoso castillo árabe, de cuya fábrica y distribución apenas poseemos datos, se mantenían intactos hasta mediados del siglo XVII por lo menos, pues en la guerra de Secesión de Portugal aún permanecía completo el recinto; pero los daños que sufrió entonces y en los sucesivos cercos a que fue sometida la villa con ocasión de las guerras de Sucesión e Independencia de España, terminaron arruinando totalmente las defensas de la histórica plaza.

La cerca de Alcántara tenía más de un kilómetro de longitud y alardeaba de sus muchas torres intercaladas, aunque su número

exacto no se ha podido precisar, ni tampoco el nombre que se asignaba a cada una de ellas.

Son muy pocos los testimonios antiguos de que disponemos para dilucidar este asunto y escasísimos los autores que hayan hecho referencia al mismo en sus publicaciones; mas en nuestro buen deseo de poder aclararlo todo en cuanto nos sea posible, transcribiremos a continuación la referencia que nos legó el más erudito de los hijos de Alcántara: Pedro Barrantes Maldonado, hermano de fray Pedro, portento franciscano.

El autor de las «Ilustraciones de la casa de Niebla» escribió a este respecto: «La fuerza antigua del convento (es decir, la muralla de Alcántara que completaba las defensas del viejo castillo destinado a convento de los freires) era ésta: Desde la torre de la Harina hasta la torre del Espolón; y desde allí hasta la torre de Matababras y desde allí a la torre Blanca, que hizo el maestre don Gutierre de Sotomayor; y de allí a la torre de las Armas, que está junto con ellas; y desde aquella torre a la del Homenaje, que reparó el maestre don Gómez de Solís y la alzó; y de la del Homenaje a la torre del Horno, que hizo el maestre don Juan de Zúñiga, que está junto con el Homenaje, incorporada con él; y desde allí vuelve por el otro lienzo del adarve que cae sobre la villa a dar en la torre de la Harina.»

Del párrafo que antecede se desprende que eran seis las torres primitivas del recinto árabe alcantarino, ya que la torre Blanca se construyó durante el mandato de don Gutierre, y la del Horno por indicación de don Gómez, maestros ambos de la Orden; pero en su obra manuscrita sigue Barrantes Maldonado ocupándose a continuación de las dichas torres existentes en la muralla y, lejos de precisar y aclarar estos extremos, lo complica todo y el resultado es un auténtico maremágnum. Veamos:

«Las torres de la villa de Alcántara y los nombres antiguos son: Desde la torre del Horno, que arriba dijimos, yendo hacia la puerta de Xartín, está una torre llamada Guker (?), y luego otra que se dice del Alcázar (?), y la torre de Santiago, que está sobre la puerta de Xartín; y la puerta de Xartín estaba este año (1564) terminada a piedra y barro, y no se (ilegible), sino que por la puerta principal de la villa y por la puerta de la puente, de lo que estaban muy agradecidos los vecinos de Alcántara, y se salían a vivir a los arrabales. Desde la torre de Santiago iban a dar a la torre del Espolón, que ésta, con todo el lienzo de atrás, mandaron derribar las Justicias y Regimiento de Alcántara para hacer camino llano por la puerta; y desde la torre del Espolón se volvía la cerca a mano izquierda, e iba a dar a la torre Horadada, y de allí a la torre de García; y de allí a la torre de los Cántaros; y de allí a la puerta de la villa que sale por San Julián a la puente. Y desde la puerta sale una torre a ponerse sobre la boca de la mina que va hecha por peña

tajada hasta dar al río para proveerse de agua la villa en tiempos de guerra; y sobre las puertas están dos torres.

Y tornando por la otra parte del muro, yendo desde la puerta hasta San Pedro, y desde allí hasta la torre de la Harina, que estaba en la fortaleza, hay ocho torres. Desde la torre de la Harina hasta la primera torre, que llaman de Hernán Botello, porque moraba junto al muro; y por allí hay un portillo que entran y salen por él hombres y bestias; y antes había una escalera por donde subían de la villa al muro; y allí estaba otra torre que se cayó; y la tercera torre se llama de la Puerta Nueva; y la cuarta, la torre de la Escalera, ésta está cabe la iglesia de San Pedro; y la quinta torre se decía de los Ballesteros; aquí había otra escalera para subir de la villa al muro; y de allí van a la torre de las Cañas Doradas, que está sobre San Julián; y por fuera de este lienzo está una carrera de almenas.»

De cuanto antecede sacamos la consecuencia de que eran diez, doce o catorce los cubos o torreones que integraban, en el siglo XVI por lo menos, el recinto murado de Alcántara, pues aunque algunos de los baluartes citados en el último párrafo sea el mismo de los enumerados en el primero con nombre diferente, ya que debió variarse la nomenclatura en las distintas épocas, a pesar de ello, repetimos, el número de torres debía ser mayor de diez, dada la gran longitud de toda la muralla circundante.

Al ser arrebatada a los moros la villa de Alcántara no eran más que tres las puertas del recinto; la primera, que después



Puerta de la Villa,
en Alcántara.

se llamó siempre *de la Villa*, y que todavía subsiste, aunque reformada por restauraciones posteriores, se abre en la parte del

naciente, y junto a ella se alzaba la gran torre del Homenaje. Siguiendo la dirección del muro hacia el lado Sureste se encontraba la más renombrada, única que lleva nombre árabe: la puerta *de Xartín*. Y en el lado de Poniente, al final de la ladera, muy próxima a la entrada del puente, había otra pequeña; mejor, un auténtico postigo, al que asignaron los cristianos el nombre *de San Julián*, porque abocaba al templete romano descrito en páginas anteriores, el cual recibió dicho nombre al entregarle la villa a los freires de San Julián del Perero, quienes consagraron dicho templo y lo pusieron bajo la advocación del mencionado santo.

En la parte más empinada de la población, orientado en parte hacia la salida del sol, destacaba el castillo, prometiendo impedir las posibles arremetidas de los enemigos por aquel lado, que estaba casi exento de defensas naturales. Refiriéndose a él, el cronista de la Orden de Alcántara escribe: «... era grande, fuerte, con su barbacana y barreras, aljibes, pozos y todos los demás pertrechos necesarios para su mejor defensa, con una cueva encubierta para bajar al río y valerse de sus aguas cuando en aquéllos faltasen.»

Y no da más detalles. Nosotros agregaremos únicamente que, según referencias, la plaza fuerte de Alcántara, con sus defensas completas en tiempos de la dominación sarracena, era inexpugnable, y solamente podía ser reconquistada con estrecho y persistente cerco que obligara a sus defensores a entregarla o perecer por hambre; o también, en el caso de que fuera nula o escasa la guarnición, cual sucedió como veremos más adelante, cuando liberó la plaza el Rey de León.

En el castillo se instalaron los caballeros cruzados de San Julián del Perero al abandonar la ribera del Coa, en tierras que hoy pertenecen a Portugal, y trasladar su casa matriz a la villa alcantarina, tomando entonces el instituto el nombre de *Orden militar y de caballería de Alcántara*. Allí quedaron recogidos en clausura los caballeros freires y clérigos, y rezaban sus horas en una pequeña iglesia que habían edificado dentro del fuerte; pero los aposentos resultaban insuficientes e inadecuados al correr de los años, estando al frente de los intereses y destinos de la Orden los sucesivos maestros, Garci Sánchez, Arias Pérez y Pedro Yáñez; hasta que al fin, cuando ostentaba la jefatura del maestrazgo Garci Fernández, reconociendo que eran muy angostas y escasas las dependencias existentes en la fortaleza, ordenó las indispensables reformas y la construcción de la iglesia Mayor de Santa María de Almoçobar, que en lengua árabe quiere decir *María de la Plaza*, porque los moros, cuando poseían la medina, disponían allí una hermosa plaza destinada a mercado.

El resultado de las obras que realizó frey Garci Fernández

fue dejar acondicionadas en parte las dependencias del convento-fortaleza, que sirvieron, a partir de entonces, para residencia fija del prior y de otros jerarcas del instituto, en tanto que al resto de los caballeros clérigos, en grupos de a cuatro, se les asignaron distintas casas del pueblo para que morasen en ellas, con obligación de asistir a los actos religiosos propios de la comunidad en la dicha iglesia de Santa María. Y en determinadas fechas y fiestas religiosas tenían el deber de acudir a la vieja y reducida iglesia del castillo para asistir a la misa mayor y rezar las horas canónicas.

Así estuvieron durante muchos años los caballeros-monjes alcantarinos, desenvolviéndose y viviendo un poco al margen de las reglas de su instituto, hasta los tiempos de don Gutierre de Sotomayor, cuyo maestre decidió derribar la primitiva iglesia del fuerte, pequeña y de pizarra, y mandó construir una más amplia y resistente, de piedra sillar, en la que colocó su escudo de armas.

Procuró hermosear, o adecentar por lo menos, el referido don Gutierre el castillo-convento y otros edificios de Alcántara; pero únicamente pudo lograr ver terminada una valiente torre de piedra berroqueña, llamada *la torre Blanca*, y un amplio cuarto bien acondicionado para que lo ocuparan los maestros que fueran sucediéndose.

Reformó asimismo con piedra de sillería la puerta principal de la villa y sus correspondientes y adecuadas garitas; y dada la angostura de la plaza que allí había entonces, determinó hacer otra mayor, que abarcaba parte del solar de la derruida y casi legendaria torre de Matacabras.

Durante el tiempo que duraron las obras, el prior y demás caballeros y clérigos que ocupaban las habitaciones del convento de la fortaleza asistían con sus compañeros que vivían fuera a los actos preceptivos de su congregación en la iglesia de Santa María de Almoçobar, donde permanecieron hasta que iniciaron las obras de un nuevo edificio *cabe Santa María de los Hitos*, y ya no volvieron a residir en el castillo.

Pero el lugar elegido para edificar la nueva casa matriz de la Orden, bajo la advocación de San Benito y San Bernardo, en el camino de la ermita de la Virgen de los Hitos, resultaba muy apartado, a un cuarto de legua de la villa de Alcántara; y aunque nombraron reformador a frey Pedro de Escobar, natural de Aracena, y vivía el prior frey Martín de Quirós, «el cual estaba exento de la Orden—que lo exentó el maestre don Juan de Estúñiga, cuando trocó el maestrazgo de Alcántara por el arzobispado de Sevilla»—, comprendiendo todos los inconvenientes que surgían por construir el nuevo convento extramuros, desistieron del proyecto y los freires continuaron asistiendo a sus horas en la mencionada iglesia de la plaza.

El mencionado cronista de la Orden, lamentando la desaparición de los edificios y defensas de la villa de Alcántara, escribe lo siguiente: «Delante del castillo hay una gran cava. Nada hay ya en el edificio de provecho de lo antiguo; todo está arruinado, sin haber quedado hoy día (1764) más que algunos trozos de las paredes, que como el convento que tuvo aquí su primer asiento, desde que de San Julián del Perero se mudó a Alcántara, le desamparó, con las pocas ocasiones de guerra le han dejado caer. Lo que hoy está en pie es una torre, y el cuerpo de una iglesia de sillera... Una y otra sin cubierta.»

Los restos de la torre a que se refiere el mencionado cronista y cuyos cimientos todavía se aprecian en abandonado solar, corresponden seguramente a la magna torre Blanca, que se alzó por iniciativa del maestre don Gutierre, uno de los más esclarecidos y prestigiosos de la Orden.

En tiempos de los Reyes Católicos, cuando pasó el maestrazgo a poder de don Fernando, «quitó éste la tenencia de la fortaleza del convento de Alcántara» a Diego de Guzmán, que la tenía por el maestre don Juan de Zúñiga, e hizo donación de ella a Hernán Duque de Estrada, vecino de Talavera de la Reina, quien nombró subteniente, para que estuviera al frente de la misma, a Pedro de Herrera.

* * *

De cuanto antecede se desprende que al finalizar el siglo XV se conservaban en perfecto estado los muros de la cerca alcantarina, por haber sido reconstruidos buena parte de los primitivos lienzos que eran obra de moros y por haber aumentado sus torres y otras defensas.

A mediados del siglo XVII, durante la guerra de Secesión de Portugal, aún estaba completa y resultaba muy útil la muralla circundante de la villa de Alcántara, si bien es cierto que habían desaparecido ya algunos de sus antiguos y tradicionales ingenios defensivos; pero, en cambio, a partir del reinado de los Reyes Católicos, se abrieron nuevas puertas en el recinto y se edificaron otras torres fuertes, cubos, torrejones y, en una palabra, varios e interesantes baluartes.

Trasladamos a continuación parte del contenido de cierto manuscrito relativo al cerco de Alcántara por los portugueses en el año 1664, de cuyo documento se desprende que era bastante bueno entonces el estado de las murallas de dicha plaza; que su fábrica se mantenía en pie e íntegra; y que contaba con las puertas indispensables y las defensas precisas para resistir, si estaba bien guarnecida la villa en el momento del asedio. He aquí la transcripción:

«Diario de la defensa de la plaza de Alcántara, sitiada de la armada del ejército rebelde, a 13 de junio de 1664 años.»

En tomando la marcha el enemigo de Alburquerque para esta plaza, se repartió la gente en los puestos de esta forma:

El capitán don José Ferrán Gernardell, el castillo con su compañía; el señor maestre de campo don Pedro Fonseca, guarnece la puerta de San Francisco con 50 hombres de su tercio; un capitán, también de dicho tercio, guarnece la media luna de las monjas con otros 50 hombres; otro capitán guarnece el fuerte de San Martín con otros 50 hombres, y otro capitán y su sargento mayor para estas guardias.

Tiene don Pedro Fonseca 90 hombres efectivos de su tercio; háñsele de dar de paisanos 160 hombres; con toda esta gente ha de estar de guardia de día y de noche. Esta gente de este tercio trabajó en meter en defensa el dicho fuerte de San Martín con su comunicación que venía a la puerta de San Francisco.

Y habiendo llegado el enemigo sobre la plaza, y puesta la batería a la Cruz, se reconoció que quería atacar por aquella parte, que era la puerta de Santiago, donde acudió el maestre de campo don Fabricio de Rosi, y vinieron de parecer de formar dicho puesto con los 160 hombres de la villa que acudían al puesto del maestre de campo don Pedro Fonseca.

El maestre de campo, don Juan de la Carrera, guarnece con su tercio, que consta de 600 hombres, la puerta de Juan Durán. Al baluarte de la Magdalena está la guardia de esta forma: En el campo de las monjas, dentro de la primera muralla, 50 hombres con su capitán, y en el mismo puesto ha de estar la compañía de caballos de don Pedro de Gamboa; ha de ocupar también el torrejón de San Pedro con 15 hombres y con un capitán reformado. En este torrejón se advierte hay también de guardia dos clérigos de esta plaza con sus escopetas, con que está bastante guarnecido. También guarnecen el baluarte nuevo de la Magdalena con 150 hombres, que antes estaban en la dicha guardia de día y de noche.

Este tercio puso en defensa el dicho baluarte de la Magdalena, que se hallaba sin ningún terraplén ni parapeto; y ha abierto una brecha de 15 pasos, trabajando de día y de noche, siempre con la asistencia del maestre de campo y su sargento mayor, hasta que le puso en defensa; y después se aplicó esta gente en traer faxina y hacer las cortaduras dentro de las casas al puesto de don Fabricio Rosi con cuatro mangas y sus capitanes a la brecha.

El tercio de Rosi tiene 50 hombres y guarnece la puerta de Santiago; dásele de ayuda por la cortedad de su tercio las dos compañías naturales de don Baltasar de Medinilla, las de don Bartolomé de Cuéllar y don Martín de Vargas, también de naturales, y de don Alfonso Chamucero, que harán por todo

150 hombres, sin los 50 de su tercio con que guarnece la puerta y otros tres centinelas. Este tercio con esta gente llegada hizo la espalda y cortadura de la puerta de Santiago para cubrir toda aquella plaza de armas con terraplana el recinto, donde el enemigo había de meter su batería trabajando de día y de noche; acudiendo el dicho maestre de campo con sus capitanes y sargento mayor y capitanes nombrados de la villa y vecinos, siempre asistentes a la brecha, con todo el valor, mientras duró el sitio.

En la barbacana, donde el enemigo había puesto una batería, al sitio de la fuente de los Cantos, acudió un capitán del tercio de don Juan de la Carrera con el alférez Gabriel del Hoyo, agregando más de 50 vecinos de la villa.

La plaza de Alcántara, en aquella ocasión, terminó rindiéndose al Marqués de Marialva, que mandaba las fuerzas enemigas; y se vieron obligados los alcantarinos a proceder así porque el ejército portugués, superior en número y armamento, había conseguido abrir una brecha en la muralla, y, de no haberla entregado los extremeños, habrían asaltado aquéllos la villa y producido toda clase de estragos entre la población civil, carente de armas y con insuficiente guarnición útil y disponible, como hemos visto, para resistir y seguir luchando al ser invadidos sus hogares.»

Se desprende de cuanto antecede que a mediados del siglo XVII estaban bastante completas las defensas de la que había sido en tiempo de moros pujante y casi inexpugnable fortaleza.

* * *

En el referido asedio y otros análogos a que fue sometida Alcántara durante nuestras varias guerras con Portugal, debió sufrir mucho su recinto defensivo; y como, por otra parte, la incuria de los gobernadores españoles en el transcurso de las últimas centurias es algo evidente y fuera de toda duda, ya que jamás se preocuparon de reconstruir las fortificaciones maltrechas por las invasiones y demás acontecimientos bélicos, no es de extrañar, por tanto, que nuestros castillos y plazas fuertes se hallen casi totalmente arruinados, en estado calamitoso y deplorable, sin la menor utilidad como elementos arquitectónicos o reductos militares.

Casi inservibles y medio deshechas se hallaban las que habían sido en otro tiempo resistentes y magníficas murallas de la maravillosa y estratégica Alcántara, cuando en 1808, el Maestro Mayor de las reales obras de fortificación, don Cipriano Miranda, con ocasión de nuestra guerra de la Independencia, efectuó

reconocimiento de las mismas por encargo de la Suprema Junta de Extremadura. Su informe sintetizado dice así:

«Principiando por la línea de cortina de ángulo saliente de la izquierda de la puerta de San Juan hasta el baluarte de dicho San Juan, consta de cincuenta y nueve varas de longitud; ésta es de buena fábrica por haber sido revestido por el exterior el muro antiguo con un revestimiento de mampostería ordinaria de piedra y cal. Su parapeto es de la misma mampostería, con altura de cuatro pies, faltándole el declive en su final de altura hasta lo cuatro pies y medio; y el espesor o grueso de este muro, medido por el paso de su banqueta, es de nueve pies, que con el grueso del parapeto, que es un pie y nueve pulgadas, es el todo del espesor diez pies y nueve pulgadas.

El baluarte de San Juan es un saliente que consta de tres lados, dos flancos y una cara, teniendo su recinto cuarenta y seis varas de buena fábrica, revestido como la anterior. Su parapeto se halla levantado a la altura de una vara, y el grueso, de un pie y nueve pulgadas, con la demostración de tres cañoneras, faltándole a dicho parapeto los gruesos para, en su caso, colocar artillería.

La cortina que sale de este anterior hasta el baluarte de los Clérigos tiene cien varas de longitud, también de buena fábrica. Su parapeto levantado, de cuatro pies, y el grueso de este muro, por el piso de la banqueta con inclusión de su parapeto, once pies.

Baluarte de los Clérigos. Consta de dos flancos y dos caras; la longitud de su recinto es de setenta y cuatro varas. Su parapeto exterior, bien fabricado, se halla levantado cuatro pies, y dos de grueso, con cinco cañoneras, pues para la colocación de artillería necesita el mayor espesor su parapeto.

La cortina que sigue desde el anterior baluarte hasta el ángulo oblicuo que forma en su extremo el segundo flanco del baluarte de Paniagua, avanzado fuera de aquélla, consta de ciento veintiocho varas de longitud, de buena fábrica también, revestida como las anteriores. Su parapeto es de cuatro pies de altura, con el grueso de dos pies y el ancho de todo el muro, con la inclusión de dicho parapeto, de diez pies.

Baluarte de Paniagua. Se halla avanzado fuera de la línea de la anterior cortina; su figura es de cuatro lados, dos flancos y dos caras; la longitud de su recinto es de ciento setenta varas, habiendo sido revestido el muro por su parte exterior de buena mampostería ordinaria, quedó por concluirse, hallándose dicha fábrica hasta la altura del asiento del cordón. Y la entrada de este baluarte se comunica por el interior del recinto por entrada cubierta que está debajo de la anterior cortina.

Viene después la línea de cortina que corre desde el ángulo oblicuo, que forma en el entrante del flanco del anterior baluarte de Paniagua, y sigue hasta el entrante del baluarte de la

Cruz; tiene de longitud ciento sesenta y nueve varas, y el grueso medio del muro, siete pies, con la inclusión del parapeto que se halla levantado a otros cuatro. Dicho muro es también de buena fábrica, como los anteriores; advirtiéndose que se halla desacompañado por la parte interior del terraplén.

Baluarto de la Cruz. Es un baluarte de tres lados, con dos flancos y una cara. Consta su recinto de sesenta y dos varas, con siete cañoneras y levantado su parapeto con el grueso de cinco pies. La cortina que sigue del baluarte de la Cruz hasta el inmediato de la Puerta del Postigo, tiene de longitud ciento noventa y dos varas.

Baluarto de la Puerta del Postigo. Este es un saliente de tres lados, dos flancos y una cara. Consta su recinto de cuarenta y nueve varas. Se halla levantado su parapeto en las dos líneas del flanco que da a la puerta, y el de la cara, de seis pies de grueso; en éstos, cuatro cañoneras; y en la línea del flanco opuesto, por no haber sido concluida esta obra, se halla su parapeto levantado solamente a la altura de pie y medio, y sus cañoneras muy altas, siendo necesario para el uso de artillería levantar su piso.

La cortina que sigue del anterior baluarte hasta el del Rollo tiene ciento sesenta y dos varas de larga. Su parapeto levantado, de cuatro pies, y grueso del muro, once pies y medio, con la inclusión del parapeto. Todo de buena fábrica, revestidos como los anteriores.

El baluarte del Rollo. Es de figura irregular, de cuatro lados. Consta su recinto de doscientas cuatro varas de longitud, con diecinueve cañoneras en sus parapetos, que se halla levantado y tiene el grueso de seis pies, a excepción de un flanco, que sólo tiene cinco pies y medio, a causa de no haberse terminado esta obra; por cuya razón se hace preciso, para colocación de la artillería, levantar su piso, por hallarse elevado el asiento de cañoneras sobre el que hoy tiene cuatro pies.

La línea de cortina que sigue del anterior baluarte del Rollo hasta el de San Antonio es de ciento cincuenta varas de largo. fábrica moderna de mampostería ordinaria de piedra y cal, y el parapeto levantado, con cuatro pies y medio.

Baluarto de San Antonio. De figura regular, de dos flancos y dos caras. En el flanco y cara que da frente a la puerta de la Concepción, en la línea de la cara por la puerta de Portugal, se tapó un portillo de veintitrés varas de longitud y seis de altura, a piedra seca, cuya obra se halla resistente, faltando ser levantada hasta la altura del parapeto. En la de su flanco se halla arruinado un trozo de quince varas de longitud, y en toda su altura, hasta el final del parapeto, otro de ocho varas; siendo el grueso de dicho parapeto de quince pies, pero se halla demolido y apuntillado por varias partes. Consta el recinto del expre-

sado baluarte de doscientas quince varas, y su fábrica es de mampostería de piedra y barro.

La línea de cortina, que sigue del anterior baluarte hasta el de la Concepción, es de fábrica de mampostería de piedra y barro, estando demolida la mayor parte de su parapeto y algunos trozos hasta la banqueta. Su longitud, ciento cuarenta y nueve varas.

Igualmente, en el saliente que forma la avanzada de la Puerta de la Concepción, que está en la línea de la cortina anterior, tiene un portillo de once varas de largo y cinco de alto; grueso de muro, dos varas, faltándole las puertas en su portada.

El baluarte de la Concepción. Se trata de un saliente de tres lados, dos flancos y una cara; longitud de su recinto, cuarenta y seis varas. Su parapeto está destruido en gran parte, con la demostración de tres cañoneras. El grueso del mismo es de ocho pies.

La cortina que parte del anterior baluarte hasta el del Diablo consta de cien varas de longitud y está fabricada de mampostería de piedra y barro. Su parapeto, hasta la banqueta, demolido en varios trechos.

Baluarte del Diablo. Es un pequeño saliente de cuatro lados y consta su recinto de cincuenta varas de longitud. En la cara del flanco menor tiene un portillo, por donde entran y salen las caballerías cargadas con toda libertad; el largo, de cuatro varas; la altura, de cinco, con la inclusión de su parapeto, y tiene tres cañoneras. El parapeto está demolido en su mayor parte; el grueso de éste, cuatro pies, y su fábrica, de tierra y barro, como los anteriores.

La cortina que parte del anterior baluarte hasta el de la Magdalena tiene sesenta varas de longitud, y su fábrica también de tierra y barro; su grueso por la banqueta, cuatro pies, y con la inclusión de dos que tiene su parapeto, es el todo de este muro seis pies. La altura del parapeto es de cuatro pies; pero esta línea se halla desacompañada de terraplén por su parte interior.

El baluarte de la Magdalena. Su figura es de tres lados, dos flancos y una cara, componiendo su recinto dieciséis varas. Está demolido su parapeto en gran parte, con la demostración de cuatro cañoneras, y es su fábrica de piedra y barro.

La cortina que sigue desde el anterior baluarte hasta el de los Estudiantes, fabricada asimismo de piedra y barro, consta de ciento sesenta y tres varas. Su parapeto levantado como cuatro pies, y es el grueso de este muro, por su banqueta, con la inclusión del parapeto, de seis pies. Está desacompañada la línea de cortina, por la parte interior, de terraplén.

Baluarte de los Estudiantes. Es un pequeño saliente de cuatro lados, dos caras y dos flancos. Mide veintiséis varas su recinto

to; se halla destruido su parapeto y es de piedra y barro su construcción.

El trozo de cortina que sigue desde este baluarte hasta unir con la cercana del convento de San Benito tiene veintiséis varas de longitud. No hay en dicho muro terraplén por su parte interior, y el grueso, por su banqueta, es de cinco pies con la inclusión del parapeto, levantando éste cuatro pies. Su fábrica, como las anteriores.

La línea del trozo de cortina que continúa desde la cerca del dicho convento de San Benito es obra muy sólida, de mampostería de piedra y cal; de ochenta y cuatro varas de longitud, tiene levantado su parapeto, de tres pies de grueso. De dicha cortina arranca un saliente de dos lados, siendo la longitud del recinto de cincuenta y ocho varas, arruinado en trozo de dieciséis varas, y en estado ruinoso otro trozo de quince. La altura de este muro es de siete varas, sin parapeto, y su fábrica de este muro es de siete varas, sin parapeto, y su fábrica de, piedra y barro.

La cortina de este saliente hasta otro inmediato a la Puerta de la Cañada tiene longitud de ochenta y cuatro varas. Esta línea se hallaba con un muro levantado de dos pies y medio de espesor y altura de seis varas, habiéndose arruinado en su mitad, hace años, un trozo de veintiséis varas. Hoy vemos que por su interior fue reforzado con otro muro de nueve pies de espesor y altura de cinco varas, pero sin parapeto. También se arruinó en dicha línea otro trozo de trece varas de longitud, y ha sido tapiado para impedir la entrada y salida con caballerías, aunque con carácter provisional y por el lado de la plaza, a tres varas de altura. Su fábrica es de mampostería de piedra y barro.

El saliente de junto a la Puerta de la Cañada tiene figura de tres lados en cuadrilongo; su recinto es de treinta varas, sin parapeto, y su fábrica, de piedra y barro también. Y siguiendo la línea de la muralla de este anterior hasta el muro antiguo, que se extiende hasta donde está cerrada la comunicación con la línea de la batería de las monjas, existe una longitud de ciento sesenta y cinco varas, hallándose la mayor parte sin parapeto; y otro trozo de dieciocho varas de largo, que fue tapado hasta alcanzar la altura de cuatro varas, faltándole dos varas hasta lo alto de su banqueta. Es asimismo de mampostería de piedra y barro.

Siguiendo a lo largo del recinto, desde el extremo del anterior trozo de muro, hay un saliente de tres lados, con recinto de sesenta y cinco varas, demostración de tres cañoneras; su parapeto, demolido en gran parte, y el grueso del muro, de cinco pies y medio.

Y siguiendo, desde el muro anterior, la línea de la batería de las monjas hasta el ángulo saliente, tiene de longitud ciento

veintidós varas; el grueso del muro, de cinco pies, y es su fábrica de mampostería de piedra y barro. Está demolido buena parte de su parapeto, hasta la superficie del piso, por lo que no se aprecian en toda la línea más que el sitio de seis cañoneras.

Desde el ángulo anterior, extremo de la batería, sigue un trozo de dieciséis varas de largo, hasta unir con un saliente de tres lados, cuyo recinto es de treinta y una varas; el espesor de su parapeto es de nueve pies, tiene demostración de una cañonera y está fabricado de mampostería a base de piedra y barro.

Batería de la fortaleza. Es un muro de cincuenta y dos varas de largo, y el parapeto correspondiente con ocho y medio pies de longitud y seis cañoneras. De buena fábrica, por haber sido revestido el muro por la parte exterior y ser de mampostería ordinaria de piedra y mezcla de cal; pero al extremo de esta batería se halla un saliente, que forma un cuadrilongo, constando su recinto de cincuenta varas; se halla arruinado un trozo de una cara y amenaza ruina el resto de lo existente y la cara del lado opuesto. Tiene su parapeto levantado y su fábrica de piedra y barro.

Desde el punto anterior sigue un trozo de muralla antigua hasta confinar con el Hospital Real; dicha muralla se halla en muy mal estado.

Siguiendo la línea, por la parte exterior, de la antedicha cortina, que acompaña al Hospital mencionado, sigue el muro hasta el punto del antiguo saliente de la Puerta de San Juan, donde se dio comienzo a la medida del recinto; tiene de longitud ciento cuarenta y ocho varas; a las setenta y tres varas comienza la línea con una avanzada de dos caras; el muro consta de ocho pies de grueso y nueve de alto; su parapeto levanta dos a tres pies, con el mismo grueso. Asimismo, desde el extremo de dicha avanzada hay un trozo de cortina de mampostería de piedra y barro, de dieciocho varas de largo, con su parapeto levantado y el resto hasta el expresado ángulo, que mide cincuenta y siete varas; es de buena fábrica de mampostería ordinaria de piedra y cal, con su parapeto que alcanza una altura de cuatro pies.

Habiendo reconocido, igualmente, los muros del célebre puente, y empezando por el extremo de allá, por la línea donde está situada la Puerta de Camino Real, resulta que tienen de longitud veintiocho varas, la mitad con parapeto y la otra mitad sin él, por no haber concluido dicha obra; el espesor del muro, medido por su banqueta, es de cinco pies y medio, que con los dos gruesos del parapeto, hacen siete pies y medio. La fábrica es de mampostería ordinaria de piedra y cal.

A la parte opuesta se halla situada otra puerta de igual extensión a la anterior, de dieciséis varas de longitud y grueso de cinco pies. Tiene cinco varas de altura, sin parapeto, por no haber sido terminada la obra, y la mitad de su fábrica, de mam-

postería de piedra y cal, en tanto que el resto es obra antigua de mampostería de piedra y barro.

Al extremo del lado de acá, a la entrada del puente, se alza un trozo de su manguardía con el parapeto demolido. En dicha manguardía se halla otra puerta que comunica y lleva a la Puerta de San Juan. Los machones y arcos de esta puerta son de mampostería ordinaria, y el resto, obra antigua de mampostería de piedra y barro, en estado ruinoso.

En dicha entrada del puente, y junto a la ermita de San Julián, hay otro portado que corre por lo ancho del mencionado puente y tiene de longitud nueve varas, y de grueso, tres, formando en lo alto banqueteta y parapeto, levantando a cuatro pies y medio; es de mampostería ordinaria de piedra y cal.

En atención al tránsito del Camino Real, que, partiendo de la plaza va hasta el referido puente, a través de la puerta de la fortaleza, formando dos vueltas, en la primera de ellas, que sale del puente, había en su guardalado un muro que servía de camino cubierto, con sus aspilleras para la defensa en las estaciones de guerra y la acción de bajar y subir las tropas sin ser vistas del enemigo; se halla dicho muro con varios trozos demolidos, hasta el sitio de las cañoneras otros lo están hasta su piso, pues constando su longitud de doscientas ochenta y cinco varas, sólo existe un trozo de sesenta y cinco varas en buen estado; y en la segunda de las vueltas dichas falta todo el camino cubierto, y sólo tiene pared a piedra seca de corta altura, sirviendo para el acompañamiento y guarda de dicho tránsito de camino.

NOTA.—Asimismo, fuera del recinto de muralla, a distancia de unas ciento cuarenta varas, se halla un muro, especie de rebellín, en tan mal estado que sus dos caras aparecen arruinadas en su mayor parte; igualmente, y en lugar más avanzado, está otro, llamado baluarte de San Pedro, con figura pentagonal; su fábrica se halla en buen estado, aunque demolidas muchas partes de sus parapetos y banquetas, sin puertas en su entrada ni puente levadizo, que también tenía, y sin cuerpo de guardia. Este muro y el anterior se hallan bajo los fuegos de los baluartes de la Cruz y del Rollo, y su fábrica de mampostería de piedra y barro.

Los puntos que predominan sobre la plaza para poder atacar la son fronteros a la línea del recinto que corre desde el baluarte de la Cruz hasta el de la Magdalena; y por el lado opuesto, por la parte del Taio allá, una montaña que sale del mismo puente y se llama el Cerro de las Vigas»

III

PINCELADAS SOBRE SU HISTORIA BAJO EL DOMINIO MUSULMAN

Las primeras noticias que tenemos de la existencia de Alcántara durante la dominación sarracena se remonta al año 781, fecha en que se vio tremolar la bandera de la rebelión en el mismo seno de Andalucía, cuando Abul Asuad, hijo de Yussut el Fehrí, consiguió escapar de una fortaleza de Córdoba donde lo tenía encerrado el emir Abderramán I, después de los muchos sobresaltos y preocupaciones que a éste habían proporcionado los miembros de las familias Abassidas y Fehries, guerrilleros indomables, valientes, osados e incansables, que no perdonaban al usurpador Beni-Omeya.

Asuad había conseguido huir de la prisión valiéndose de una curiosa estratagema; y fue el caso que, cierto día, sacado de un oscuro calabozo para que paseara en los patios, tuvo la feliz inspiración y ocurrencia de quejarse y lamentar vociferando que en aquel preciso momento se había quedado ciego por los efectos fulminantes de los rayos solares. Y fingió la terrible desgracia con tal habilidad y maestría que los guardianes de la cárcel le permitieron en lo sucesivo mayor libertad; y esta situación de privilegio facilitó al referido príncipe escalar las tapias del fuerte y reunirse con sus partidarios.

Al tener noticia Abderramán de la fuga del hijo de Yussut hubo de exclamar: «Temo que la fuga de este ciego nos haya de causar grandes preocupaciones y derramamientos de sangre.»

Y, efectivamente, el intrépido descendiente de la dinastía de los Fehrí se dispuso a empuñar las armas y pasó a las montañas de Cazorla, abrigo de sus parciales y de todos los descontentos de Abderramán, donde pronto reunió un ejército de seis mil hombres, que acaudilló él mismo, auxiliado por otros dos expertos capitanes: su hermano Cassim y el bandido-guerrillero Hafila.

Sin pérdida de tiempo, el emir en persona, al frente de numerosa hueste, se encaminó a la sierra, en cuyas breñas se habían encastillado los rebeldes; los atacó con ímpetu, y aunque los combates se sucedían cada día y las guerrillas se sostuvieron durante tres años, Asuad y los suyos sufrieron tan duro quebranto que el cabecilla se vio precisado a huir, acompañado de un puñado de fieles a su causa, llevando el pavor en su semblante por la horrible tragedia en que habían sucumbido cuatro mil de sus parciales.

Vagando por Sierra Morena durante algún tiempo, pasó al Algarbe y allí fue perseguido sin tregua por los walíes de las ciudades de Béjar y Badajoz, hasta el extremo de tener que aban-

donar a sus fanáticos partidarios, y caminando de noche, venciendo todo género de dificultades, llegó a tierras de Extremadura, perseguido por la gente del walí o gobernador de Alcántara, pudo escapar a través de las sierras circundantes; y, al amanecer de un día del año 784, consiguió al fin penetrar y hallar seguro refugio en la ciudad de Coria.

Una vez más se hace referencia a la interesante villa fronteriza bañada por el Tajo, en 1086, cuando, siendo todavía patrimonio de los musulines, el bravo, decidido y confiado rey Alfonso VI cruzó su histórico y suntuoso puente, acongojado y maltrecho, con sus heridas sangrantes, buscando refugio en Coria, por ser lugar seguro, a raíz del trascendental y lamentable desastre de Zalaca, tan funesto para la Cristiandad.

Años más tarde, el gran geógrafo e historiador musulmán Abu Abdalla Mohamed *El Edrisi*, en su libro intitulado «Descripción de España», nos da asimismo noticias de la estratégica y bien fortificada Alcántara, cuando escribe: «Con esta provincia (la del Garb) limita la del Castillo, donde se encuentra el castillo a que da nombre Abu Danés, y son también allí Evora, Badajoz, Jerez, Mérida, Cantara-as-saif (Alcántara) y Coria.» Y después agrega: «De Mérida a Cantara-as-saif, dos jornadas. Cantara-as-saif es una de las maravillas del mundo. Es una fortaleza construída sobre un puente. La población habita en esta fortaleza, donde está al abrigo de todo peligro, porque sólo se le puede atacar por el lado de la puerta.»

Algún tiempo después, concretamente en 1142, Alfonso VII, *el Emperador*, cuando se había apoderado ya de la romana Caucaria, según opinión de los historiadores, liberó del yugo musulmán la mayor parte de las ciudades, villas y lugares asentados junto a las márgenes del Tajo, entre ellos la sin par Alcántara; pero no retuvo sus conquistas, pues se limitó en la referida campaña a irrumpir con éxito en la comarca comprendida entre Tajo y Guadiana, talar los campos, aniquilar parte de las guarniciones de las principales plazas fuertes y atemorizar a sus habitantes, porque no siéndole posible conservar el fruto de sus expediciones, por no disponer de tropas suficientes para completar las indispensables guarniciones, decidió abandonarlo todo y regresar victorioso y con elevada moral a su punto de partida, las tierras que en aquel tiempo recibían, respectivamente, los nombres de Transierra y Extremadura leonesa.

En 1166, Fernando II de León concentró sus mesnadas en Ciudad Rodrigo y se dispuso a liberar del dominio sarraceno toda la parte transerrana, conforme a lo concertado con su hermano Sancho en el tratado de Sahagún. Al indicado fin, avanzó hasta Perosín y, descolgándose a través de la sierra, cayó con sus ejércitos sobre Coria y la sujetó fuertemente.

Gran estrategia el Monarca leonés, aprovechó la euforia de

sus tropas como consecuencia natural de los recientes triunfos obtenidos y prosiguió la campaña, consiguiendo apoderarse de varias fortalezas de extraordinaria importancia, como los castillos del Portezuelo y Alconétar, y la plaza de Alcántara, que era a la sazón uno de los mejores presidios de la región.

En su triunfal correría se vio auxiliado muy eficazmente por don Armengol, Conde de Urgel, el cual, al frente de varios y muy prestigiosos caballeros catalanes, se distinguió notablemente en la histórica y trascendental empresa. Fue asimismo positiva y conveniente la ayuda prestada por el Obispo de Coria, don Suero quien capitaneó personalmente las milicias integradas por los representantes de los varios Concejos de su Diócesis, según refieren las crónicas. Y en recompensa a los servicios prestados por estos esclarecidos personajes, el Rey de León hizo donación a don Armengol de la jurisdicción civil, y de la eclesiástica, al prelado cauriense.

En la brillante incursión que llevó a efecto algún tiempo después el almohade Abu Yacob, puso en grave aprieto a la urbe alcantarina, hasta que, finalmente, consiguió apoderarse de ella por encontrarla poco guarnecida; pero en la feliz y fructífera campaña iniciada en 1213 por el batallador don Alfonso IX de León—que siguió la ruta utilizada por su padre—, bajó a la ciudad de Coria, desde donde avanzó hacia los arrabales de Alcántara y la sometió a estrecho cerco.

Resistieron tenazmente sus habitantes los embates del leonés, pero, viéndose en inminente peligro, pidieron ayuda a sus hermanos los moros de Cáceres, Montánchez, Medellín, Valencia de Alcántara y Badajoz, quienes les enviaron todos los refuerzos de que podían disponer; más, a pesar de estos socorros, al transcurrir once meses de sitio, y aunque procuraron aumentar las defensas cortando el famoso puente, sucumbieron al fin ante la persistente arremetida de los cristianos, y se vieron precisados a entregar la plaza, que fue dada por el rey Alfonso a la Orden de Calatrava, en pago a su positiva colaboración en todas las operaciones guerreras en que habían tomado parte.

Pasado algún tiempo, surgieron algunas diferencias entre los calatravos y sus congéneres los millites de San Julián del Perero, por razones de límites especialmente, y como, por otra parte, la plaza de Alcántara se halla situada a mucha distancia de la villa de Calatrava, residencia matriz de los caballeros de esta Orden, por no poder atenderla ni defenderla, se llegó a un acuerdo con los del Perero y se les cedió la fortaleza alcantarina, en determinadas condiciones, corriendo el año 1218.

Los freires de San Julián trasladaron a ella su convento al año siguiente, y desde entonces se llamó al instituto o hermandad que tuvo su origen en 1156 junto a la ribera del Coa, *Orden militar y de caballería de Alcántara*.

A partir de esta época no tuvo que temer ya la plaza fuerte mencionada a la morisma, porque las huestes de Alfonso IX y Fernando III la acosaron constantemente en diversas ocasiones y obligaron a los musulnes a retirarse más allá del Guadiana, quedando por ello libres para siempre del dominio de los hijos del Islam todos los territorios de la Alta Extremadura.

No pudo, sin embargo, la insigne villa, tanto por ser fronteriza como por radicar en ella la casa central de la Orden militar mencionada, disfrutar una paz duradera. Las guerras de España con Portugal y otras naciones aliadas suyas, y las intrigas, querellas y cismas que dividían con frecuencia en bandos a los freires y altos dignatarios de la Orden, se lo impedían.

* * *

Se acusa la necesidad, en nuestros días, de un trabajo histórico voluminoso y apretado de contenido, donde se narren con detenimiento las vicisitudes de la legendaria villa de Alcántara; pero esta sintética monografía sobre castillos cacereños, por su específica índole, no es lugar apropiado para empresa tan interesante y principal.

DISTINCIONES Y RECOMPENSAS

Al igual que venimos realizando todos los años, con ocasión de celebrar, en el día 22 de abril, la jornada conmemorativa que denominamos «Día de los Castillos», nos proponemos que en los venideros tenga lugar también la concesión de distinciones y recompensas honoríficas a cuantas personas y entidades se hayan distinguido por su decidida labor y acendrado empeño en pro de la protección y conocimiento de los castillos españoles, realizando obras de reconstrucción y conservación, editando estudios de investigación histórica, dando conferencias, publicando artículos divulgadores, etc., etc. Como quiera que el estudio detenido y el debido discernimiento de cuantos casos puedan ser merecedores de ello requiere bastante tiempo, de donde se sigue que ya lo iniciemos con miras al año 1964, rogamos encarecidamente a nuestros asociados y simpatizantes nos comuniquen los nombres y direcciones de quienes consideren acreedores a tales distinciones, formulando peticiones o propuestas acompañadas de cuantos datos de información y justificativos consideren pertinentes.



Vista general del castillo de Casasola.

Las Contreras y el castillo de Casasola

POR EL MARQUES DE LOZOYA

No he estado nunca en el castillo de Casasola, cerca de Chinchón, que fue una de las fortalezas en que asentaba su poderío la rama primogénita de los Contreras segovianos. Para este artículo he de valerme de los datos literarios y gráficos que amablemente me proporcionan tres entusiastas socios de nuestra benemérita Asociación de Amigos de los Castillos: los señores Rosales España, Ruimonte y Zafra. Me ha sido muy útil también un documentado artículo que con el título: «Casasola, castillo roquero de la provincia», publicó don Alfonso Quintano Ripollés en la revista *Cisneros*, de la Excma. Diputación Provincial de Madrid, en el número 18 (enero-abril de 1958). Para

establecer la genealogía de los turbulentos fundadores del inexpugnable castillejo me he valido de la *Genealogía historiada de los Contreras de San Juan*, del cronista de Segovia Diego de Colmenares, cuyo original autógrafo se conserva en mi archivo familiar; de la genealogía del linaje de Segovia, escrita por don Gaspar Ibáñez de Segovia, Marqués de Mondéjar, que se publicó con el nombre de su criado, Román y Cárdenas (1), y de algunos documentos del archivo de la Catedral de Segovia y de mi propio archivo.

La situación del castillo de Casasola es maravillosa: una de tantas fortalezas naturales como se advierten en el accidentado suelo de la Meseta, en las cuales el hombre apenas ha hecho otra cosa que completar con murallones lo que la naturaleza ha labrado en milenios. Hoy es difícil distinguir entre las rocas descompuestas y los derrumbados adarves. He aquí la descripción que del lugar me facilitan mis amables y entusiastas socios de la Asociación Española de Amigos de los Castillos:

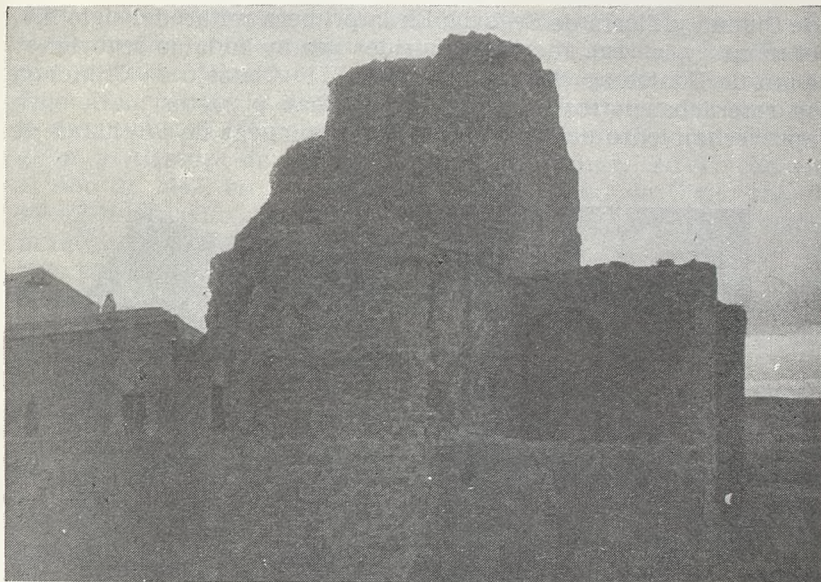
«A cinco kilómetros, aproximadamente, de la villa de Chinchón, se alza sobre eminente cerro el castillo de Casasola, permitiendo su empinado enclave que desde allí se pueda observar amplio horizonte y las muchas y pródigas tierras que circundan la fortaleza y pertenecen también en la actualidad al propietario del viejo y maltrecho monumento.

»Es interesante en este castillo su excepcional emplazamiento. Por el lado de la izquierda, que domina el anchuroso valle, se nos presenta al borde de un tajo, de un auténtico precipicio, cuya altura debe rebasar los cincuenta metros y cuyo corte es totalmente perpendicular, como la dirección de la plomada.

»Por sus lados norte y sur lo circundan dos torrenteras de corto cauce y precipitado caudal de agua, que aumentan considerablemente sus defensas, y por el naciente, único lado accesible, se suplieron las defensas naturales con un amplio y profundo foso, de traza nada común, que se conserva en perfecto estado en nuestros días, al que cruza el puente indispensable para poder pasar hacia la puerta principal, única entrada, que protege la torre del Homenaje, que la flanquea por el lado derecho, mirada desde el exterior al tiempo que se avanza por el puente.

»Apenas se rebasa la dicha puerta, surge a la derecha del visitante la desmochada y resquebrajada torre del Homenaje, y se pasa seguidamente a la Plaza de Armas, totalmente cercada, con restauraciones modernas en algunos trozos de sus muros, y a varias dependencias modernas adosadas en los lados este y

(1) *Noticias genealógicas del linaje de Segovia*, publicada a nombre de don Juan Román y Cárdenas. La dedicatoria lleva fecha de 1690.



Castillo de Casasola.—Otra vista del conjunto.

oeste, destinadas a residencia temporal de los propietarios y de los varios empleados que habitan allí cerca para atender a la labranza y ganadería de la finca.

»Pero lo más interesante, a nuestro juicio, en esta casi arruinada fortaleza, que mantienen con decoro sus actuales dueños, es el gran pozo excavado en plena roca arcillosa, cuya boca inicial se abre en la parte más baja de la Plaza de Armas. La salida de este pozo, cuya profundidad no ha podido precisarse por estar cegado en gran parte, se supone aboque en el valle o en alguna hendidura de las muchas e innaccesibles que presenta el tajo a que hemos hecho referencia. De todas formas, es obra gigante la traza de tal pozo en la roca, con profundidad imprecisa, como hemos dicho, pero que rebasa los 20 ó 30 metros. Y resulta original y aumenta su interés la rampa labrada en la arcilla, que desciende en torno del pozo en forma de caracol y en cuyas paredes de la derecha existen varios socavones, a modo de hornacinas o alhacenas, que debieron servir para guardar determinados utensilios.»

La fundación y la historia del castillo se deducen de las investigaciones de don Alfonso Quintano. El término de Casasola está enclavado en el sexmo de Valdemoro, uno de los diez que, anteriormente a los Reyes Católicos, integraban la Comunidad

de Ciudad y Tierra de Segovia. En la primera mitad del siglo XV, el monte y la vega fueron adquiridos por un hidalgo segoviano: Juan de Contreras, llamado «El Viejo». El Concejo de Chinchón se reservaba ciertos derechos sobre leñas y pastos, para cuyo aprovechamiento debieran regir las ordenanzas de la ciudad de



Un torreón del castillo de Casasola.

Segovia. Pero Juan de Contreras no tenía el propósito de contentarse con el cobro pacífico de las rentas de su nueva posesión. Dándose cuenta del extraordinario valor estratégico de la peña, edificó sobre ella el castillo, como base de un dominio señorial. La debilidad del poder real en aquellos años favorecía

semejantes desmanes de la nobleza. El Concejo, Alcaldes y vecinos de Chinchón acudieron al Príncipe de Asturias don Enrique, el futuro Enrique IV, que era, por concesión de su padre Juan II, señor de la ciudad de Segovia, pidiendo remedio contra el desafuero. El Príncipe admitió la querrela y dirigió al Corregidor y Alcaldes de Segovia una carta, fechada en Toledo en el año de 1449, en la cual refiere cómo «Juan de Contreras el Viejo, mi vasallo, vecino de la dicha Ciudad», que había comprado el término de Casasola, «lo fiso coto redondo e que lo face guardar, e guarda e prenda los ganados de los vecinos de la dicha Chinchon... Et que desto non contento, dis que puso fortaleza en el dicho lugar e ya oy (la) tiene enhiesta, non lo pudiendo nin debiendo fazer de derecho».

Un acta municipal, extendida el 8 de julio de 1451 reconoce un préstamo que había hecho al Concejo Juan de Contreras, Regidor de Segovia, hijo de Juan González de Contreras. Acaso fue un intento de conciliación por parte de los Contreras, pero las reclamaciones de la villa de Chinchón contra la poderosa familia no cesaron a lo largo del reinado de Enrique IV. Pero no eran los tiempos propicios para contener desmanes de la nobleza, y más cuando se trataba de una familia segoviana muy afecta a la Casa Real. Este Juan de Contreras (uno de tantos como, a lo largo de los siglos, llevamos este nombre) sería pariente del fundador del castillo.

Vamos a ver ahora quiénes eran estos Contreras que intentaban establecer sobre ésta y otras fortalezas un sólido poder señorial. Según el cronista Diego de Colmenares, esta familia, oriunda del alfoz de Lara, en tierras de Burgos, figura entre las que repoblaron la ciudad de Segovia, a fines del siglo XI. No es fácil de probar tal antigüedad de un linaje del cual el cronista era capellán, pero es lo cierto que los Contreras intervinieron en la fundación del convento dominicano de Santa Cruz de Segovia, en 1218, y que en el siglo XIII figuran entre los linajes más poderosos de la ciudad. A partir del siglo XIV tenemos ya datos documentales. Fernán González de Contreras, Maestresala del rey don Pedro, murió el año de 1372 y fue sepultado en la parroquia románica de San Pablo, hoy derruida. Colmenares y Quadrado copiaron su inscripción funeraria, que yo he alcanzado a ver completa y de la cual aún queda en mi casa de Segovia algún vestigio (2). El hijo mayor del Maestresala fue Pedro González de Contreras, «el Mayor», Regidor de Segovia, vasallo y montero mayor del rey don Enrique III. Col-

(2) Fernán González de Contreras era hijo de Sancho González de Contreras y de doña Juana Fernández Portocarrero, nieto de Gómez González de Contreras y de doña María García de Segovia; biznieto de Fernán García de Contreras y de doña Sancha Gómez Cerra.



Puente de entrada al castillo.

menares hace mención de este caballero en 1371 y en 1392. Estuvo casado dos veces: la primera, con doña María García Palomeque, hermana de don Juan García Palomeque, Obispo de Cisma, Canciller de Castilla, viuda de Gil Velázquez de Segovia, de la cual no tuvo sucesión; la segunda, con doña Urraca González Dávila, señora de Naarros, de la cual tuvo varios hijos. El primogénito, Juan de Contreras, «el Mayor», doncel y vasallo de Enrique III y de Juan II, debió de ser el Juan de Contreras, «el Viejo», que edifica el castillo de Casasola.

Juan de Contreras, «el Mayor» o «el Viejo», estuvo casado con doña María de Guzmán, de la familia del glorioso fundador de la orden dominicana, y tuvo en ella un hijo: Blasco de Contreras, señor de la Puebla de Orcaxada, de Alcobendas, de Bayona y de Casasola. Edificó este caballero, entre Madrid y Toledo, el fuerte castillo de Torrejón, que de su nombre se llamó «de Blasco», corrompido luego en Velasco. En 4 de enero de 1450, Juan de Contreras, su padre, renunció en él las cinco lanzas, los 5.000 maravedises de acostamiento y otras mercedes que tenía del Rey. Estuvo casado Blasco de Contreras con doña Juana de Portugal, hija del infante don Pedro y de doña María de Toledo y nieta del rey don Pedro y de doña Inés de Castro, la coronada después de morir. De estas nupcias no hubo suce-

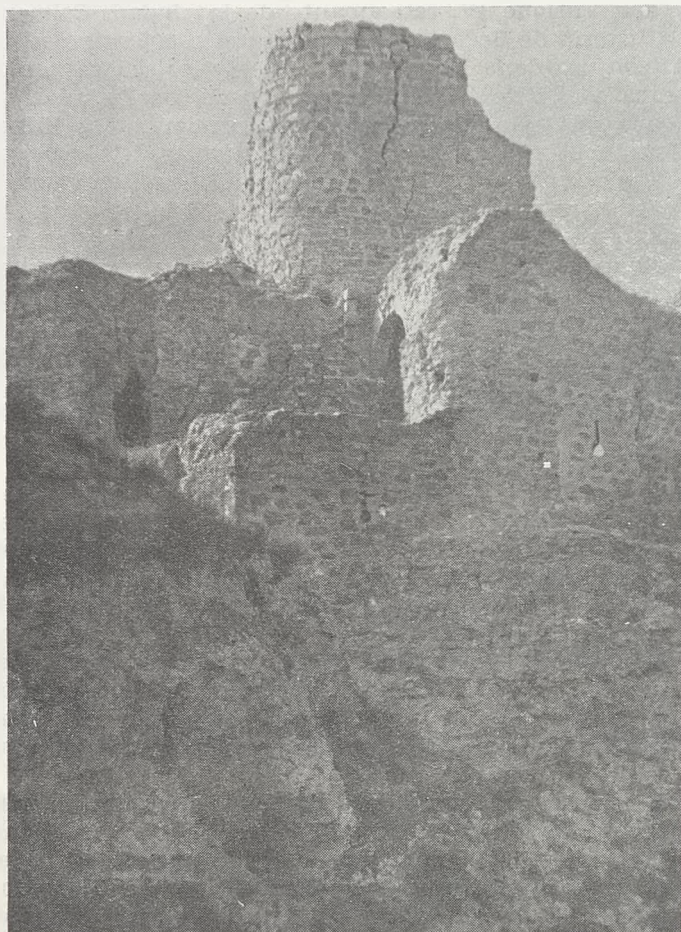
sión varonil. La mayor de las hijas casó con Lope Velázquez de Acuña, hijo del Duque de Huete, y por ella el Mayorazgo de los Contreras vino a perderse en la profusa selva genealógica de la casa de Medinaceli.

Era este señor de lugares y de castillos personaje importante en el reinado de Enrique IV. Fue, como buen segoviano, leal al rey don Enrique IV, tan amante de la ciudad. Colmenares, en su «Historia de Segovia», nos cuenta este episodio de la época más confusa de la lucha entre el Rey y los señores, en 1470: «Mostrabase el Rey de Castilla sentido de los Prelados, y Señores, que estrañando sus facilidades seguian a los Príncipes, Don Fernando, y Doña Isabel. Y en particular del Arçobispo de Toledo Don Alonso Carrillo, y de nuestro Obispo Don Juan Arias. Y en castigo, o vengança, ordenó a Basco de Contreras, ilustre Ciudadano nuestro, tomasse la fortaleza de Perales, que era del Arçobispado de Toledo. Cumplió Basco el orden del Rey, que lo estimó mucho. En sabiendolo el Arçobispo acudió con sus gentes, y acompañado de nuestro Obispo, a cercar al Contreras. A cuya defensa partió el Rey dia tercero del año mil y quatrocientos y setenta y uno: y juntamente envió a quejarse al Papa, que cometió la causa del Arçobispo al Rey, y a su Consejo, con cuatro canónigos de Toledo. Defendiendo Basco de Contreras la fortaleza en tanto que duró la decisión.»

Naturalmente, la hazaña del segoviano fue juzgada de distintas maneras, según el color político del cronista. Para el terrible maldiciente Alonso de Palencia, que acumula todos los pecados del infierno sobre cuantos permanecieron fieles al Rey sin ventura, Basco de Contreras no era otra cosa que un bandolero vulgar, como si el obedecer las órdenes de quien era, al cabo, Rey legítimo de Castilla, fuese un acto de bandidaje. En el Museo Arqueológico Nacional se conserva el sepulcro gótico-mudéjar de este caballero. En él figuran sus armas: una muralla con tres columnas, con una bordura sembrada de ocho sotueres o cruces de San Andrés.

De la numerosa descendencia de Pedro González de Contreras, Montero Mayor de Enrique III, y de doña Urraca González Dávila, proceden los Contreras de Avila, que edificaron en la colación de Santo Domingo el magnífico palacio llamado «de Polentinos»; los de Chinchón, que tienen sus sepulturas en la iglesia de la villa, y los de Ayllón, en donde el «venturoso fijo-dalgo» Juan de Contreras hizo construir uno de los más hermosos palacios góticos que quedan en España. Los Contreras de Segovia descendemos de un Fernán González de Contreras, hijo del Maestresala del mismo nombre y hermano de Pedro González de Contreras. Este Fernán González casó con doña María García de Segovia, hija de doña María García Palomeque, primera mujer de Pedro González de Contreras, habida en el primer

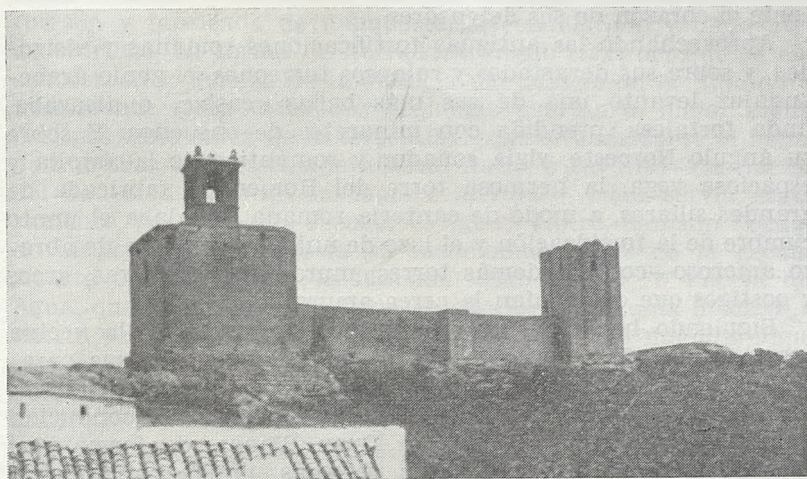
matrimonio de la dama con Gil Velázquez de Segovia, Alcalde del Rey y su Embajador en Navarra. Un hijo de este matrimonio: Diego González de Contreras contrajo nupcias con la princesa griega doña Angelina. De su hijo Fernán González de Contreras descienden los Marqueses de Lozoya, y de otro de sus



Torre del Homenaje.

hijos, Juan de Contreras, los Condes de Covatillas, título que hoy lleva el primogénito de los Marqueses de Quintanar.

El castillo de Casasola pasó de los Contreras a los Arias-Dávila, Condes de Puñonrostro, en 1523. En 1684 se concedió a esta familia título de Marqués, con la denominación de este nido de águilas, cuya historia hemos procurado esbozar en este artículo. *(Fotografías de Valeriano Rosales.)*



Antequera.—Los históricos restos del famoso castillo agareno presiden la vida civil de la hermosa población.

El castillo antequerano

POR FERMÍN REQUENA

EL castillo, en los pueblos, viene a ser como el polo magnético por donde su alma, convertida en historia, se asoma a la eternidad.

Cuántas veces, al cruzar por las viejas ciudades castellanas o andaluzas y contemplar la inmensa mole de su antigua fortaleza, ora elegante y altiva, sostenida por el cariño de los hombres; ora derruida y triste, arruinada por la incuria de los seres y las inclemencias del tiempo, nos inclinamos reverentes, como si pasáramos ante un santuario donde la esperanza y la fe sembraron en su ámbito caminos de eternidad y luces de recuerdos...

El castillo-fortaleza era, pues, como el gigante que majestuoso se elevaba sobre la ciudad, para conservarla inmaculada en su belleza, y así nuestra admirable «madina», la Sultana de Abd al-Aziz, la Huri de los Abderrahmanes, la Novia de Ibn-Hafsum, fue preservada del ataque y las acechanzas, rodeándola sus admiradores de orgulloso y potente recinto amurallado,

grácil y esbelto, como la deidad que custodiaba; altivo y fuerte, como el corazón de sus defensores.

Aprovechando las antiguas fortificaciones romanas y visigodas, y sobre sus devastados y ruinosos torreones, el genio árabe-andaluz levantó una de sus más bellas «casba» o alcazaba, linda fortaleza, prendida con minaretes de ensueños. Y sobre su ángulo Noroeste, vigía soñador y romántico de la amplia y espaciosa vega, la hermosa torre del Homenaje, fabricada de grandes sillares, a modo de cantería romana, señalaba el punto cumbre de la fortificación y el lazo de unión—a manera de abrazo amoroso—con las demás torres, muros, fosos, citaras, arcos y postigos que componían la cerca amurallada.

Siguiendo hacia el Sur—con rumor de oleaje de la vecina costa malagueña—, bonitos lienzos de murallas, con sus parapetos coronados de almenas y prendidas torrecillas semicilíndricas jugueteando sobre la esbeltez de la construcción, conducían a la risueña «Zumaa Baida», o Torre Blanca, de forma casi cuadrada, donde posaban, como palomas, lindas habitaciones separadas por bellos arcos y medias bóvedas, que le daban maravilloso aspecto de paradisiaco edén. Y de una a otra torre, en direcciones opuestas, como los remos de una misma barca que le dan el mismo rumbo bogando desde distintos lados, la fortificación abría sus brazos, fuertes y hercúleos, abarcando, el derecho, en maravilloso zigzag, que rimaba con la ondulación del terreno, las altiveces del monte y los decires del río, y el segundo, extendido hacia «Zahra al Achkin», o Peña de los Enamorados, apretaba fuertemente sobre el corazón de la ciudad andaluza el cinturón de oro de su sol esplendente, y musitaba a sus oídos una eterna y dichosa leyenda de amor...

¡Cuánta esbeltez y graciosa ostentación la de este castillo encantado, a quien la marcha de los siglos y el devenir de la Historia cubrieron de veneración y homenaje! Y la fortaleza toda, con su áureo recinto amurallado, donde los amplios muros, airoas torres, amplios fosos y coquetas barbacanas fueron testigos presenciales de hechos heroicos, lances amorosos, festivas leyendas y acciones inmortales, es como amplio, sedoso e inimitable ajimez, tras el que asoma, al cielo oscuro del *mañana* interrogador, el purísimo azul del *ayer* espiritual y romántico...

El recinto murado propiamente dicho, que se extendía en forma casi pentagonal, sobre la altiplanicie de elevada colina, defendida fuertemente por la naturaleza del terreno, constaba también de lindas torres albarranas, entre las que descollaban, por su prestancia y solidez, la llamada «Borch al-Agba», o torre de la Escala, y «Borch al-Madina», o torre de la Ciudad, comunicándose dicho recinto con el exterior, en dirección Norte, por «Bab al-Madina», o Puerta de la Ciudad, abierta sobre potente torre, defendida por barbacana y foso, y en dirección Sur, por

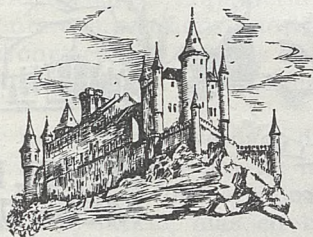
«Bab Malaca», o Puerta de Málaga, también abierta sobre otro torreón y fabricada de mampostería, con elevado y lindo arco de ladrillos, en forma de herradura, digno rival del que se enseorea en la Puerta de la Justicia del palacio de la Alhambra. Igualmente tenía otras dos pequeñas puertas o, mejor dicho, postigos: uno cerca de la torre albarrana situada sobre el lienzo de murallas que desciende a «Uad Aali», o río Alto—desviación del Uad-Módaa», o río del lugar o la villa—, y que servía, seguramente, para bajar a recoger el agua; y otro, llamado Postigo de la Estrella, junto a la ya mencionada torre de la Escala. Aparte de éstas tenía la llamada «Bab el-Ma», o Puerta del Agua, que daba entrada, desde el exterior, a «hauma módaa», o barrio del lugar, situado a la orilla del río de su nombre, algunas de cuyas edificaciones se comunicaban con la «madina» por medio de pequeños puentes sobre el río o pasadizos subterráneos.

Y sobre tan lindo conjunto, donde la belleza armonizaba con la esbeltez, y rimaban las endechas del amor con el batir de las armas, la airosa y elegante silueta de la mezquita moruna ponía una nota de alba pureza sobre el verde esperanza del paisaje andaluz...

* * *

Si bella y hermosa era la concha que cobijaba a la ciudad, ¿cómo no había de serlo la perla que se ocultaba tras la espesura de dicha concha?

El castillo, en los pueblos, viene a ser como el polo magnético por donde su alma, convertida en historia, se asoma a la eternidad...



DEBORAH KERR

iSUSPENSE!



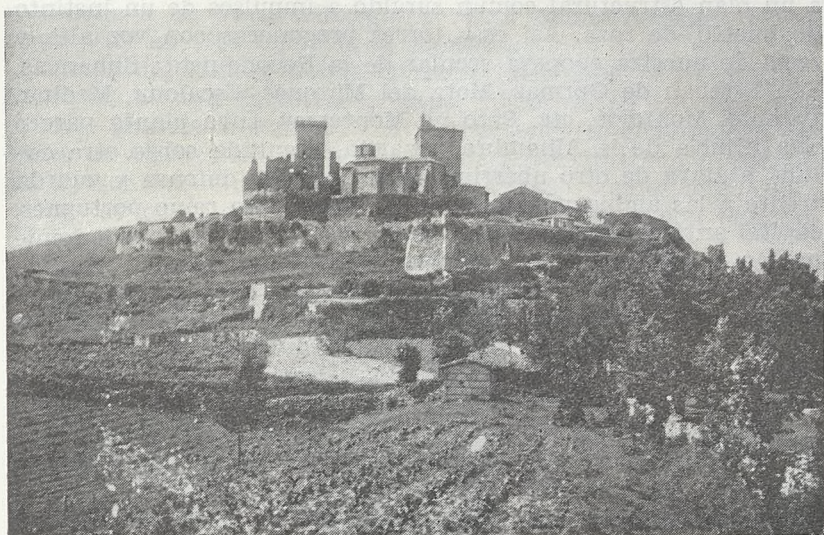
JANO,

**MICHAEL REDGRAVE
MEGS JENKINS
PAMELA FRANKLIN
MARTIN STEPHENS**

**DIRECTOR:
JACK CLAYTON**

CINEMASCOPE





Vista general del castillo de Monterrey.

El castillo de Monterrey

Por NARCISO PEINADO

No ha mucho, visitando Andalucía, en busca del origen de tanta influencia oriental en la arquitectura medieval hispánica, vimos ampliamente compensados nuestros afanes de inquietos y andariegos varones con no escasas notas y noticias adquiridas en las puras linfas de una realidad captada de la manera más intuitiva.

Y una de ellas, no falta, en verdad, de luz para verificar nuestro trabajo de hoy, fue la visita de la Alhambra, uno de los más acabados ejemplares del arte castrense árabe, bien distinto del propiamente latino, más en boga al N. del Tajo, seguramente por el influjo del «castro» y el «oppidum» romanos que del «calat» oriental. Es decir, el «castellum» es una fortaleza cristiana, en todos sus elementos constructivos, pero asentada, ora sobre una mota, ora sobre un roquero; siempre será clásica su torre del homenaje, en su plaza de armas, en su cerca, en todas y cada una de sus partes, como algo obediente

a un plan estructural común surgido a impulsos de un instinto de pueblo, de raza. Así esas torres pregoneras con voz alta y recia de nuestra epopeya secular de la Reconquista: Simancas, San Esteban de Gormaz, Mota del Marqués, Escalona, Medina, Fambre, Monforte, etc. Pero no Monterrey, cuya planta parece una hijuela de la Alhambra nazarita, asentada sobre otra colina, atalaya de otro ubérrimo valle, para su defensa y guarda frente a las ambiciones desmedidas del vecino reino portugués, capital antaño del departamento del Sil, durante la breve dominación napoleónica y hoy mansión señorial en vías de restauración junto a los manantiales de aguas salutíferas de Verín, Cabreiroá y Fontenova, en el centro de una zona de viñedos cuya fama se remonta a los días de nuestros romances más lozanos. Dígalo si no «La gallega Mari-Hernández», de Tirso de Molina, que aquí hubo su argumento, escenario y desarrollo.

Es indudable que la poliorcética árabe penetró por esta «ruta de la plata» como eje natural de su influencia en los reinos cristianos. Así, a lo largo y a lo ancho de ella hallamos no pocos monumentos singulares.

Y uno de los más originales, el castillo de Monterrey, que dio su nombre y su fama a tierras americanas, notable construcción con una planta en su recinto, en todo semejante a la de la Alhambra granadina, albergando tras de sus muros, como aquélla, templo, cisterna, palacio y un núcleo urbano reducido, pero de idénticas características.

Para cerciorarse de tal aserto bastará echar una ojeada al plano de ambas construcciones publicadas, la una en no escasos tratados, y la segunda en el mapa de la provincia de Orense dibujado por el señor Coello para el Diccionario de Madoz.

Como allá el Darro y el Genil, el Támeaga aquí, de indudable raíz celta en su toponomástico, y el arroyo de Monterrey, ciñen la colina en la Vega de Verín, Km. 482 de la carretera general de Madrid a Vigo, y enhiesta en la cumbre, atalayando todos los horizontes, el monte testigo, coronado de torres, preside centrado el anfiteatro lejano y solemne de las cumbres altivas.

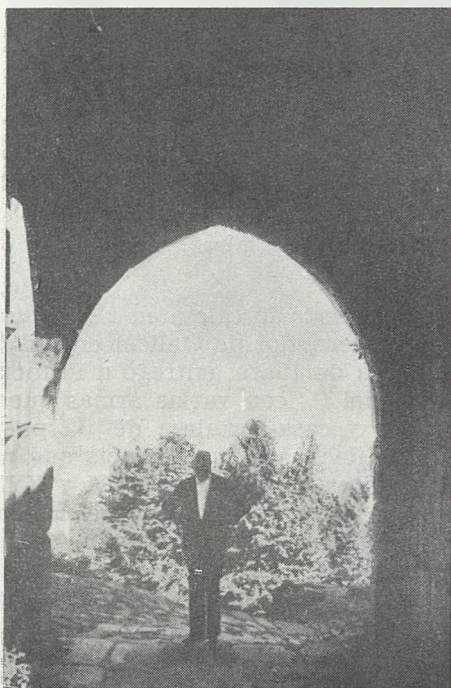
Cual si ascendiésemos desde la Plaza Nueva, por la carrera del Darro y el paseo de los Tristes, hétenos en la procura de la puerta de ingreso de esta regia mansión, pisando antigua calzada, empedrada con desiguales losas y cantos rodados de cuarzo, espantando el eco de nuestros pasos en la umbría la sombra siniestra de don Pedro el Cruel, aquí hospedado cuando sus despiadadas y fratricidas luchas le hicieron embarcarse en La Coruña en busca de extraño apoyo para su vacilante trono (1366).

Ya de antes sonaba en documentos y crónicas la importancia de esta tierra y fortaleza, pues en el siglo IX una escritura

menciona a un Varoncello, quizás señor feudal de valle, y Alfonso VIII en 1150 repuebla la comarca.

Tierra del famoso Conde Gutierre Menéndez, padre de San Rosendo, de tan importante papel histórico en los días del terrible amirita Almanzor, sus fortizaciones se remontan a la época de Alfonso IX (1188-1230), si de antes no traen su origen por lo que puede colegirse de sus misteriosos signos lapidarios.

En las postrimerías del siglo XV pertenecía a don Sancho



Contraluz a la entrada
a la fortaleza
de Monterrey

López de Ulloa, casado con doña Teresa de Zúñiga, quien obtuvo de los Reyes Católicos la confirmación de su flamante título de Conde, otorgado poco menos que de *motu proprio* en tiempos de las revueltas de la Guerra de los Hermandinos y días del desgraciado Enrique IV, el impotente en todos los sentidos.

Fue este caballero uno de los más famosos personajes de Galicia, restaurador de esta imponente fábrica, gastando en ello más de un millón de maravedises en 1482, según pregonaba una leyenda grabada en caracteres góticos alemanes sobre la puerta de ingreso. Pero los Reyes Católicos no toleraban posibles nidos



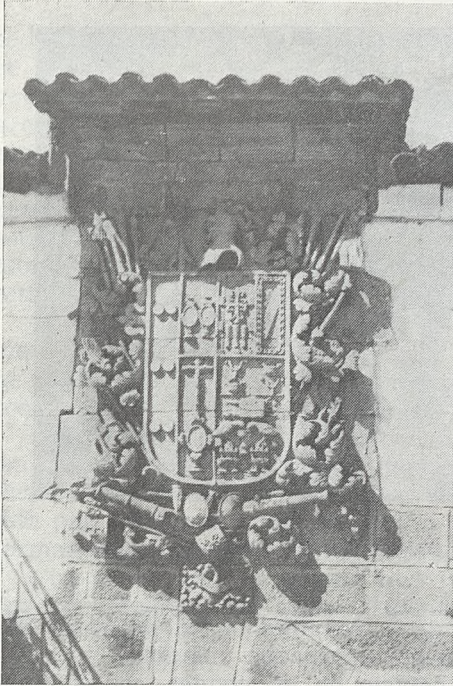
Puerta del Hospital de Peregrinos (Monterrey).

de resistencia, e hicieron entregar esta fortaleza en 17 de agosto de 1501 a Fernando de Vega, gobernador de Galicia en nombre de sus altezas, y su alcalde, Juan de Juaza, entregó a Francisco de Luján la «torre nueva», la del S., con varias armas que en la misma había, y los palacios y casa-fortaleza de «la puerta del arrabal», por todo lo cual se deduce la importancia que tuvo en la Edad Media. Posteriormente, en los siglos XVII y XVIII, convirtiéndose en plaza fuerte fronteriza, construyéndose determinadas obras defensivas, que aún conserva, del sistema por entonces en boga en las fortificaciones.

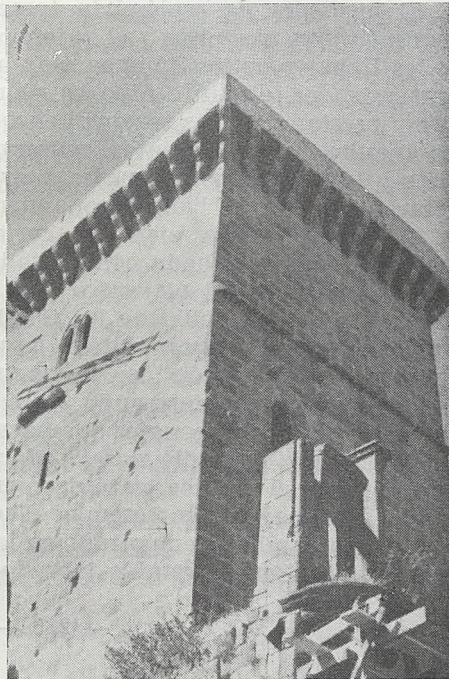
No es sólo su emplazamiento ni los nobles materiales empleados en su total construcción lo que sorprende al viajero en su visita: es todo el conjunto de este recinto medieval, en el que se penetra por puerta de arco apuntado de singular elegancia, llegándose a los patios interiores del verdadero castillo por un camino entre cercas, atravesando otra puerta abierta en la muralla que lo ciñe.

Dentro se levanta la esbeltísima Torre de las Damas, de base rectangular, compuesta en su alzado de bajo y tres pisos, cubierto el último con bóveda ojival; la puerta de esta torre es de arco ligeramente apuntado en el segundo y otra de arco semi-circular en el tercero, en el que luce una hermosa ventana de archivolta de medio punto adornada con pomos y molduras, apoyada sobre sendas columnas acodilladas que parecen aprovechadas de un edificio románico.

Tal vez por su aparejo pueda identificarse de la misma época,



Escudo de armas
que fue de Monterrey, hoy
en el barrio de San Lázaro.



Esquina
de la
Torre del Homenaje
(Monterrey)



Detalle de la portada de la iglesia parroquial de Monterrey.

anterior a la reedificación de la segunda mitad del siglo XV, coronándose todavía con fuerte antepecho voladizo.

Unido a ella estuvo el palacio de los condes, con galerías y columnas, pórtico y patios de la época del Renacimiento y de gran influencia italiana, actualmente en reconstrucción.

Al mediodía, la espléndida torre del homenaje, de planta cuadrada, con tres pisos y el bajo, en el que campean las armas de los Ulloas y de los Zúñigas. Hay aspilleras y alguna que otra ventanita con elegante arco en el resto de los pisos, que dan aire y prestancia a los severos lienzos del muro; tuvo garitas en los ángulos y en los frentes, conservándose el almenaje incompleto y los canzorros en que se apoyaba como unos mensulones desarbolados de su bello coronamiento.

El templo es un ejemplar curiosísimo de la arquitectura medieval, en su fachada con portada preciosamente trabajada, con Cristo Majestad al centro y el Tetramorfos originalmente interpretado. Su capilla de los Condes, donde el Misterio de la Anunciación se ha representado de un modo nada frecuente en su forma y disposición, con la singularidad de hallarse colocados en las esquinas, formando parte de la ornamentación arquitectónica, cuatro personajes que hacen sonar a los cuatro vientos sus trompetas, no pudiéndose confundir con ángeles, sino que, a buen seguro, el artífice trató de representar a los cuatro profetas mesiánicos: Isaías, Jeremías, Ezequiel y Daniel.

En esta capilla, y empotrado en la parte baja del muro oriental, está un famoso retablo labrado en piedra, del cual mucho

se ha hablado; retablo policromado, en el cual, al centro, aparece un Cristo mayestático sedente, bajo dosel en arco lobulado, y el resto del campo aparece dividido en doce recuadros, seis a cada lado, en dos órdenes superpuestos en los cuales se han representado escenas de la Pasión. Lo estimamos como contemporáneo a la fábrica del resto de la Iglesia y muy posible *anti-pendium* en la misma, como se conservan otros, recordando a este propósito el de Villar de Donas y el de San Martín de Mondoñedo, éste tal vez anterior y aquél contemporáneo al de esta Iglesia.

En esta obra es muy digno de nota cierto aire de mozarabismo que se echa de ver en la misma al más ligero examen, tanto de los elementos arquitectónicos como de las figuras, sobre todo en la del Cristo central.

En ningún modo nos sentimos sorprendidos ante tal influencia, ya que no lejos se alzan los templos de San Martiño de Pazó, Santa Comba de Bande y San Miguel de Celanova, en esta provincia orensana, donde tan profunda huella dejó en sus formas y sus procedimientos constructivos el mozarabismo.

Con un eco de resonancias históricas podemos evocar el paso por estos lugares del gran Cardenal Cisneros, el Rey Católico, don Fernando, sus hijos doña Juana y don Felipe, allá por el mes de junio de 1506, cuando este último parecía tratar de despojar a su suegro del reino de Castilla, vistas de Remasal, cerca de Palacios de Sanabria, 20 del citado mes y año.

De aquellas décadas sólo restan ruinas: del Colegio de Jesuitas, fundado por los Condes de Monterrey en 1555, hay en la iglesia parroquial de Verín una magna escultura de Cristo Crucificado atribuida, por unos, a Montañés y por otros a Gregorio Hernández, lo cual prueba su perfección y hermosura. Del convento de la Merced, en que seguramente estuvo el gran Tirso, el templo, gótico en su capilla mayor y barroco en el resto. Del convento franciscano, los desolados restos de unas ruinas melancólicas, «de lagartos vil morada».

Aún en la catedral de Orense, en su magnífico Museo, puede verse un precioso misal, impreso muy esmeradamente a dos columnas, con buena tinta y notable igualdad, limpieza y hermosura de caracteres, obra de Juan de Porres, «maestro de hacer escritos de moldes», y su socio Gonzalo Rodríguez de la Passera, procurador, en la villa de Monterrey, el año de 1494, siendo Conde don Francisco de Zúñiga, primera imprenta que hubo en Galicia, la cual, ya el año del Descubrimiento, había hecho algunas magistrales impresiones, timbre de gloria para esta acrópolis, hoy del señorío de la casa ducal de Alba.

Al descender de la ingente cumbre, lo hacemos con la frente oreada por una fresca brisa primaveral, saturado y confortado el espíritu por ese dulcísimo fruto sólo posible cuando se han

ayuntado entrañablemente el amor al conocimiento, la verdad y la belleza en fecundo y deleitable abrazo.

Musitando algunos versos del «Cancionero de Hernando del Castillo», debidos a la musa del segundo Conde de Altamira, don Rodrigo Osorio de Moscoso, y al viejo Conde de Lemos, estimables poetas ambos, ponemos punto final, seguros de cómo una visita a este insigne monumento por la Asociación Española de Amigos de los Castillos sería un hito en su haber digno de gratisima recordación para cuantos la realizaran.



Galerías

Preciados

Madrid

Exposición del I Concurso Nacional de Fotografías «Castillos de España»

LA Asociación Española de Amigos de los Castillos ha organizado, en colaboración con la Federación Española de Arte Fotográfico, el Comercio Fotográfico Adherido y Manufacturas Fotográficas Españolas Mafe-Perutz, una brillante exposición del I Concurso Nacional Castillos de España, que ha tenido un señalado éxito y ha despertado enorme interés en el ámbito nacional y su eco ha trascendido fuera de las fronteras, hasta el punto de constituir motivo de especial atención, como lo confirman las declaraciones del señor Presidente de la Asociación, Marqués de Sales, a su regreso de París, donde ha asistido a la Asamblea Internacional de Castillos, celebrada en el castillo de Dampierre, y convocada por el Duque de Luynes, donde se reunieron representantes de las Asociaciones de Castillos de Inglaterra, Bélgica, Italia y Alemania. El señor Marqués de Sales dio



El Sr. Marqués de Sales inaugura la Exposición «Castillos de España», acompañado del Sr. Director General de Bellas Artes, don Gratiano Nieto, Jurado Calificador y Junta Directiva.

en aquella reunión amplia y concreta información de este interesantísimo I Concurso Nacional de Castillos de España, facilitando la distribución entre los asistentes de aquellas naciones del acertado «Catálogo Ilustrado de la Exposición Castillos de España», especialmente editado.

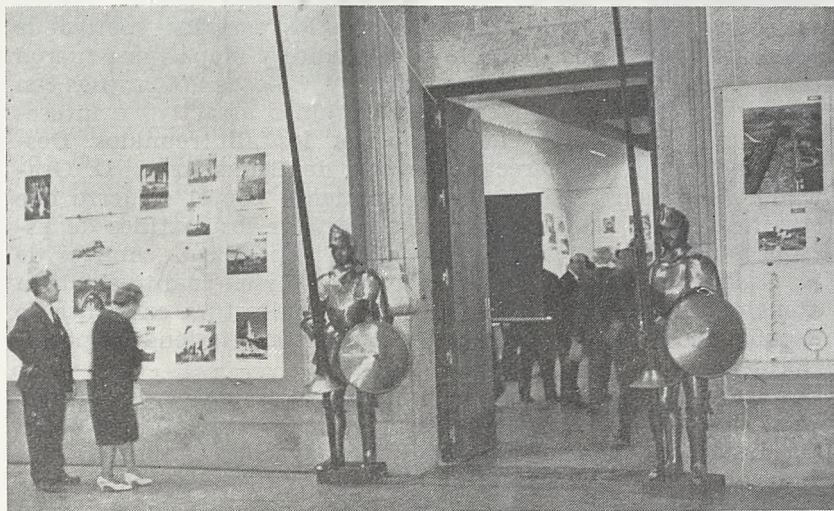
La Exposición del I Concurso Nacional de Fotografías Castillos de España se ha celebrado en Madrid, en la Sala de Exposiciones de la Dirección General de Bellas Artes, amablemente cedida por su Director General, Excmo. Sr. D. Gratiniano Nieto.

El I Concurso Nacional de Fotografías había sido precedido de justa y acertada difusión en las revistas profesionales de fotografía, BOLETÍN DE LA ASOCIACIÓN ESPAÑOLA DE AMIGOS DE LOS CASTILLOS, diarios y semanarios españoles, con objeto de excitar el interés del fotógrafo profesional o aficionado para que captara bellas imágenes o singulares perspectivas de los viejos castillos repartidos en considerable número por el territorio peninsular. Ayudaba a este interés el saberse, primero, distinguido por su acierto en el especial señalamiento que ya llega a conocimiento de tanto sector interesado, y en segundo término, el considerar que sería recompensado con valiosos premios, excepcionalmente aportados por el Comercio Fotográfico Adherido y Manufacturas Fotográficas Mafe-Perutz (diez premios para profesionales, diez para aficionados—sección película blanco y negro—, y otros diez premios para profesionales y diez aficionados—sección diapositivas color—, así como tres importantes premios especiales para la mejor colección de diapositivas color, colección de fotografías blanco y negro, para profesionales o aficionados) (1).

Un Jurado calificador, altamente capacitado y responsable, formado por los Sres. Excmo. D. José Ortiz Echagüe, D. Arturo Grau, D. Ignacio Barceló y D. Manuel Feito, desarrolló con ecuanimidad y acierto la difícil tarea de seleccionar y calificar la extensa aportación de fotografías originales, cuyo número ascendió a 346, según serie nominal y de tema que figura en el «Catálogo Ilustrado de la Exposición», encabezada por D. Julio López Quílez—aficionado—, con el tema «1. Manzanares (Madrid)», y que cierra D. Antonio Verdugo—profesional—, con «346. Mota (Medina del Campo), Valladolid».

La inauguración, bajo la Presidencia de los señores Directores de Bellas Artes y de la Asociación Española de Amigos de los Castillos, Jurado calificador, representantes del Comercio Adherido y del Sr. Director Gerente de Manufacturas Fotográficas Españolas, D. Fernando de Cortázar, tuvo lugar el día 14 de junio, a las veinte horas, en medio de distinguida concu-

(1) El detalle de las Secciones, premios y su importancia, así como la distinguida relación personal de los beneficiarios figura en el «Catálogo Ilustrado de la Exposición del I Concurso Nacional Castillos de España», páginas 2 y 3.



La Sala de Exposiciones de la Dirección General de Bellas Artes ofrecía, con motivo de la Exposición, este admirable ambiente de fotografías de castillos, valiosos planos y armaduras del siglo XVI.

rrencia de ilustres personalidades de las Letras, Arte y organismos oficiales, Excmos. Sres. Marqués de Lozoya, D. José Camón Aznar, Generales D. Antonio Sarmiento León-Troyano, D. Ramón Rivas Martínez, Ilmo. Sr. Director del Servicio Histórico Militar, Coronel D. Vicente Gómez Salcedo, etc.; D. Bernardo N. Rodríguez, Presidente de la Delegación de las Flotas Estatales Argentinas en España; la Junta Directiva Nacional de la Asociación en pleno y numeroso público.

Hicieron uso de la palabra, en primer lugar, el Sr. Presidente, Marqués de Sales, que hizo la presentación del acto y de la Exposición con acertadísimas palabras de entusiasmo por este I Concurso Nacional de Fotografías «Castillos de España», de su segura repercusión en el ámbito nacional e incluso extranjero, y tuvo acertadas palabras de reconocimiento para los participantes al concurso, en el que desplegaron—manifestó reiteradamente—una interés y una técnica puesta al servicio de difundir las preciadas fortalezas españolas, tesoro inapreciable que las tierras de nuestro suelo guardan al paso de los siglos. Igualmente agradeció la admirable colaboración del Comercio Fotográfico Adherido y a Manufacturas Fotográficas Mafe-Perutz, y asimismo la felicísima aportación del Ministerio del Ejército, que cedió para la Exposición importantes objetos del Museo, y

especialmente la del Servicio Histórico Militar, con la valiosa serie de setenta planos originales de los castillos, motivo de selección, sacados de su Archivo de Planos y Mapas, que fueron colocados, alternando con las bellas y valiosas fotografías, en sendos paneles, constituyendo un conjunto atractivo e interesantísimo, justamente encomiado por los allí reunidos. Después, el Excmo. Sr. Director General de Bellas Artes, D. Graciano Nieto, con frases de reconocimiento por el esfuerzo que significa reunir tan importante muestra de los castillos de España y de encomio para la Asociación Española de Amigos de los Castillos por su incansable labor en pro y en cuanto significa atención máxima por la riqueza de la arquitectura castrense de España, dióse por inaugurada la Exposición, sirviéndose posteriormente una copa de vino español.

Hasta el pasado día 30 de junio estuvo abierta la Exposición del I Concurso Nacional. Durante este tiempo ha sido visitada por numeroso público, que acudía complacido a apreciar tan admirable muestra fotográfica; además, era proyectada la serie de diapositivas a color en sala especialmente acondicionada, en tanto que podían escucharse las documentadas explicaciones de aquellos castillos fotografiados y una suave música de tema me-



El señor Grau, Secretario general de la Asociación, en el acto de clausura y reparto de premios del I Concurso Nacional de Fotografías «Castillos de España», acompañado del Jurado Calificador, Comercio Fotográfico Adherido, «Mafe-Peruz» y Junta Directiva.

dieval, ambientada por la Sección de Distoteca de la Biblioteca Nacional, proporcionaba el más grato ambiente.

El acto de clausura y reparto de premios tuvo lugar el día 28 de junio, a las veinte horas, y bajo la presidencia del Reverendo P. Excmo. Sr. D. Juan R. de Legísima—en funciones, por la ausencia en París del Sr. Marqués de Sales—. Como en la fecha de la inauguración, el selecto y número público premió con aplausos a los distinguidos participantes del I Concurso Nacional de Fotografías «Castillos de España», que con su aportación han contribuido a enaltecer y rememorar una de las más ricas muestras del tesoro arquitectónico de España.



GRAFICAS LUCENTUM, S. A.

- ❖ Modelación impresa ❖ Fichas ❖ Catálogos
- ❖ Revistas ❖ Juegos múltiples de registro exacto

CALIDAD - RAPIDEZ - SERVICIO

Huertas, 55 - MADRID - Teléfono 239 04 40

Agotada en dos años la segunda, acaba de presentarse al público la tercera edición de la notable obra

CASTILLOS DE GUADALAJARA

escrita por nuestro consocio y cronista de dicha provincia

ILMO. SR. D. FRANCISCO LAYNA SERRANO

Trata con amplitud de 37 castillos; a la documentación se une la amenidad en la descripción de fortalezas y paisajes, y en curiosos relatos o esbozos bibliográficos. Casi es un libro de viajes, y esto aumenta sus atractivos. Esta *tercera edición* resulta muy mejorada respecto a la anterior; por ello y ser corta la tirada resulta bastante más cara, pero no obstante el precio de venta sigue inalterable.

Volumen de 20 × 28 centímetros, con 550 páginas, 130 ilustraciones en negro, cinco láminas en color y encuadernación en tela con planchas doradas,

250 PESETAS

Los miembros de esta Asociación obtendrán un descuento del diez por ciento, si piden ejemplares directamente al autor, calle de Hortaleza, 106, Madrid, o a la oficina de la Asociación Plaza Mayor, 27, 3.º.

CASTILLOS DE AYER...

Señores de hoy...

Los caballeros son nuestros clientes



Peluquería del Hotel Hilton

Madrid

Excursiones



Vista general del castillo de Belmonte.

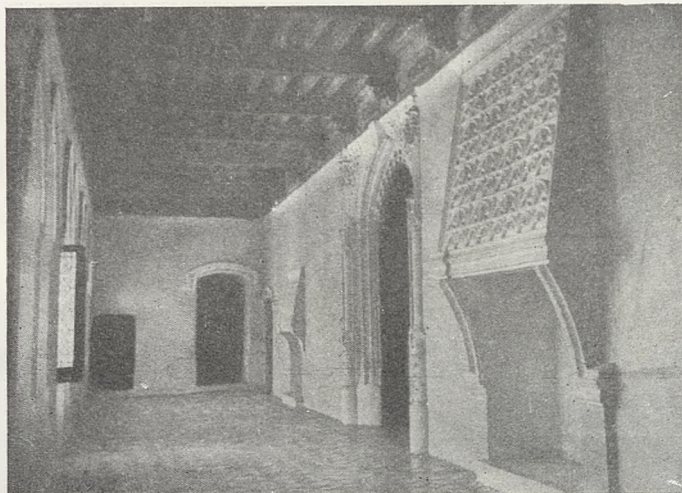
I

A BELMONTE Y VILLAESCUSA DE HARO

El domingo día 26 de mayo, conforme estaba proyectado, se realizó la excursión al castillo de Belmonte y a Villaescusa de Haro, cuya iglesia está declarada monumento histórico-artístico.

En el castillo de Belmonte funcionó, hasta hace pocos años, una Escuela de Mandos del Frente de Juventudes; debido a ello está perfectamente conservado. Sin embargo, aún se aprecian en él las falsas almenas, que por cierto sobran y debieron ser desmontadas a su tiempo, que se le agregaron cuando en sus inmediaciones se filmó la película «El Cid». Tales almenas, de escayola, se han desmoronado y muestran sus armazones de madera renegrida por las aguas.

En el recinto amurallado fue dado observar que una de las torres puede correr peligro de derrumbamiento, próximo o remoto, ya que le faltan gran cantidad de piedras en su base. Como a pesar de haber anunciado nuestra visita a las autoridades locales no se pudo establecer contacto con ellas, ignoramos si el hecho ha sido puesto o no en conocimiento de la Dirección General de Bellas Artes.



Una de las salas del castillo de Belmonte.

Después de la visita a la fortaleza de Belmonte, los excursionistas se trasladaron a Mota del Cuervo, donde en el Mesón del Quijote, acertadamente ambientado, les fue servida una típica comida manchega. El propietario del establecimiento tuvo la gentileza de obsequiar a los asistentes con una copa de vino de la tierra.

Terminado el almuerzo, se volvió de nuevo a Belmonte, para ver la colegiata, y a continuación los excursionistas marcharon a Villaescusa de Haro, donde, amablemente guiados por el párroco, se visitó la iglesia, declarada monumento histórico-artístico y en la cual se están realizando obras de consolidación.

Terminada la estancia en Villaescusa de Haro, los directivos que figuraban en la expedición acordaron, puesto que había tiempo para ello, desplazarse hasta El Toboso, aunque no estaba incluido en el itinerario; se recorrió el pueblo y la casa de Dulcinea, finalizando así la excursión.



El castillo de Arévalo.



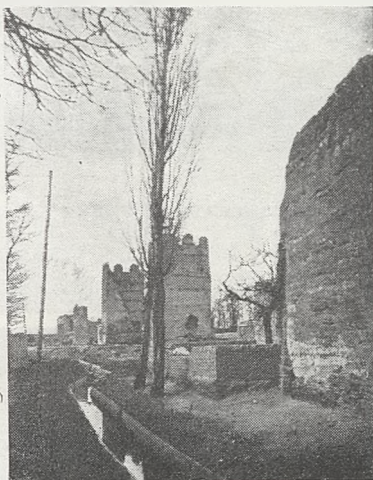
El castillo de la Mota de Medina del Campo.

II

A MADRIGAL DE LAS ALTAS TORRES, AREVALO Y MEDINA DEL CAMPO

Continuando las excursiones de primavera, el día 12 de mayo se realizó la que estaba proyectada a Madrigal de las Altas Torres y Medina del Campo, a la que, sobre la marcha, se agregó el castillo de Arévalo, ya que este lugar era el señalado para el almuerzo.

En Madrigal esperaban las autoridades locales y doña Josefa Estévez, viuda de Partearroyo, entusiasta asociada, quienes acompañaron a los excursionistas en su recorrido por los monumen-



Madrigal de las Altas Torres.

tos de la villa; el palacio de don Juan II, donde nació Isabel la Católica, no pudo ser visitado en su interior por estar bajo clausura y haber sido denegado el permiso que se solicitó.

Desde Madrigal los excursionistas se trasladaron a Arévalo, y después de almorzar se visitó el castillo, marchando seguidamente a Medina del Campo, en cuya fortaleza fueron amablemente recibidos por las señoritas regidora y secretaria de la Escuela de la Sección Femenina allí instalada.

Ambas señoritas, con toda amabilidad, explicaron a los excursionistas las particularidades del castillo y el funcionamiento de la Escuela, recorriéndose detenidamente la fortaleza, en cuyo

patio figura una exacta reproducción de la portada del antiguo Hospital de la Latina, de Madrid.

Altamente complacidos, los excursionistas regresaron a Madrid, donde se llegó a la hora prevista en el itinerario.

* * *

Por dificultades surgidas, cuarenta y ocho horas antes del día fijado para la excursión a Fuensaldaña, Villalba de los Alcores, Montealegre, Ampudia y Medina de Ríoseco, imposibles de salvar en tan breve espacio de tiempo, la Sección de Divulgación Cultural se vio obligada a suspenderla por este año.

L. Z.

y III

LERIDA, POBLET, MONTBLANCH, TARRAGONA, PEÑISCOLA,
MORELLA, ALCAÑIZ Y MOLINA DE ARAGON

De cuatro días de duración—13 a 16 de junio—y con un recorrido de más de 1.200 Km., este itinerario ha permitido extender el radio de acción a más de 500 Km. de la capital, constituyendo, con pleno éxito, un ensayo para visitar cualquier castillo de la Península, por alejado que esté.

Con excelente tiempo y buena puntualidad, la primera etapa, Madrid-Algora, se cubrió ahorrando casi una hora, lo que permitió incluir la visita del monasterio de Santa Maria de Huerta, magnífico ejemplar del siglo XII, hoy en vías de franca reconstrucción.

La comida en Calatayud, en Hostal Bambola, a 2 Km. de la ciudad y a la sombra del arbolado de su parque, constituyó un verdadero descanso, y así la etapa a Zaragoza y la posterior a Lérida resultaron muy agradables; en esta última ciudad nos alojamos en el Hotel Agramunt, situado justamente debajo de la catedral vieja, magníficamente iluminada, lo que dio feliz remate a la primera jornada.

El día 14, acompañados del teniente alcalde, señor Tarragó Pleyán, Delegado del Ministerio de Información, hicimos un rápido e interesantísimo recorrido por la ciudad a primera hora de la mañana, y visitamos el palacio municipal, la catedral vieja, el antiguo hospital, la Zuda y, finalmente, el parque municipal con sus cinco grandes piscinas.

Eran cerca de las doce cuando salíamos para Poblet, donde, en el Hotel Centro, fue servida una excelente minuta catalana, y

a las tres de la tarde recorriamos detenidamente las dependencias del maravilloso monasterio, donde cada sala es una joya (refectorio, biblioteca, museo, bodega, etc.), pero nada tan extraordinario como la iglesia y el claustro, de puro estilo románico cisterciense.

Ya camino de Tarragona, nos detuvimos en Montblanch para recorrer su recinto amurallado y admirar sus interesantes torres. Aún era de día cuando nos asomamos al Balcón del Mediterráneo, en Tarragona, cuya contemplación tanto entusiasmo y tonifica a los que habitamos en tierra adentro.

A las nueve de la mañana del día 15 visitábamos la catedral y el seminario tarraconense; en el patio de éste se encuentra la capilla románica que guarda la piedra donde San Pablo se subía para predicar, hace exactamente diecinueve siglos; así tuvimos ocasión de rendir devoto homenaje al Santo Apóstol. A continuación recorrimos el Paseo de los Arqueólogos, junto a las murallas romanas y puertas ciclópeas, e inmediatamente partimos para Peñíscola.

Esta carretera de Tarragona a Peñíscola, angosta, zigzagueante y ondulada, enmarcada entre las banderas y carteles de alojamientos y restaurantes, que ofrecen gratis agua potable y vino de la comarca, es toda alegría y color. Atravesamos la desembocadura del Ebro por Amposta, viendo cómo todavía escapan al mar millones de metros cúbicos de agua dulce, pese a los ingentes esfuerzos que se están haciendo para cortar esta pérdida de riqueza. Y llegamos a Peñíscola, que reluce como un ascua en el azul intenso del cielo y del mar.

Eran tentadoras las doradas arenas, que incitaban al reposo después del baño, pero pudo más la atracción del sugestivo peñasco, cuajado de blanco caserío y rematado por los sobrios lienzos del castillo del Pontífice Benedicto XIII. La subida, entre plazuelas y balconadas, contemplando siempre el mar, no resulta cansada, y sin darnos cuenta nos encontramos a la puerta del castillo, restaurado cuidadosamente por la Diputación de Castellón, que incluso le ha dado vida, instalando en él el Instituto de Estudios de la provincia.

Acompañados del administrador del castillo, visitamos las distintas dependencias: la capilla, la sala de concilios, habitaciones privadas del Papa, caballerizas, cárceles, el patio de armas, etc. En la terraza de las torres del castillo ondeaban las banderas: barras rojo y gualda de la provincia, cruces rojas y negras sobre fondo blanco de los Templarios y la característica de los Luna, de Benedicto XIII. Cuántos recuerdos, vicisitudes e historia condensan estas enseñas. La primera nos trae a la memoria a D. Jaime I el Conquistador, ejemplo de militar y político, verdadero artífice del reino de Aragón. La segunda, el heroísmo de los Caballeros del Templo de Salomón, que nunca

volvieron la espalda al enemigo, y el vil trato que sufrieron de Felipe «Le Belle» de Francia para arrebatarnos sus bienes. Y la tercera, el tesón de Pedro de Luna ante santos como San Vicente Ferrer, ante monarcas como Fernando de Antequera, ante la Iglesia y ante el mundo entero para mantener unos derechos a los que, por emanados del cielo, creía no podría renunciar.

Un paseo en motora, rodeando el peñón, terminó de preparar el ánimo para tomar el aperitivo obligado de langostinos a la plancha, mientras se preparaba la paella y otras sabrosas viandas en el Restaurante Playa, situado en la misma playa, junto al mar sosegado y la Peñíscola vigilante.



Vista general
de Peñíscola.

Con el último sorbo de café abandonamos este trozo de suelo patrio, tan lleno de historia, no sólo antigua, sino contemporánea: A poca distancia de aquí, las tropas nacionales cortaron la zona roja, paso definitivo para el triunfo final. Pero hoy es día de emoción histórica; de nuestra guerra de Liberación pasamos a las guerras carlistas a medida que nos adentramos en los matices del Maestrazgo. Aquí podemos también contemplar la tempestad petrificada, como llamó Unamuno a la Cruz de Tejada en Gran Canaria, por sucesión de plegamientos, semejantes a las olas de un mar embravecido. Avistamos Morella, en singular montaña rematada por imponente peñasco, fábrica principal del castillo; inmediatamente debajo de éste tenemos el monasterio, y un poco más abajo, la iglesia de Santa María y todo el caserío, que se extiende por las laderas, encerrado en bien conservada muralla, reforzada por catorce torreones y cuyo acceso se hace por cuatro puertas, siendo magnífica la del camino de Zaragoza, que recuerda la de San Vicente de Avila.

Recibidos en la Casa Consistorial por el Alcalde, que repartió un folleto a todos los asistentes y comisionó a un funcionario para que nos acompañara, visitamos la iglesia arciprestal, maravilloso ejemplar gótico de bellísimas portadas y magnífico coro, cuyo acceso, por volada escalinata, recuerda al del púlpito de la Magdalena de París. Después recorrimos el monasterio, de inminente reconstrucción, y, finalmente, el castillo, cuyas de-



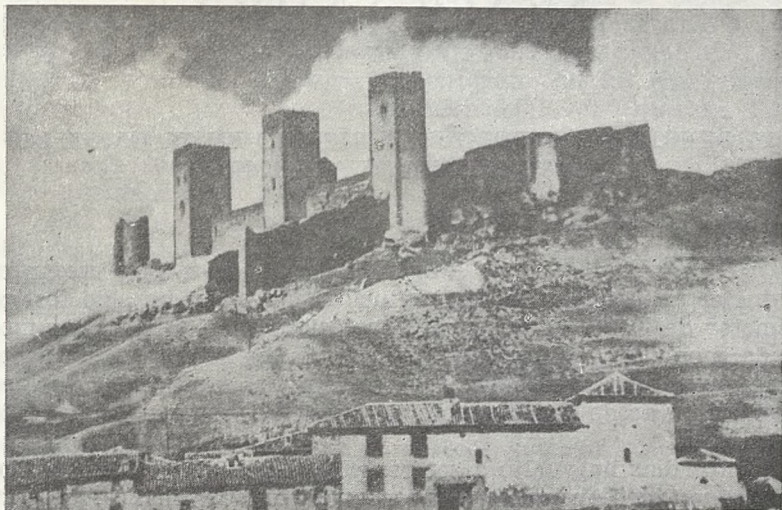
Pinturas del castillo de Alcañiz.

pendencias son cuevas excavadas en la roca y el patio de armas una estrecha terraza. El peñasco de la cúspide es la torre del homenaje, a la que se llega, exhausto, por estrecha escalinata de piedra.

La etapa Morella-Alcañiz resultó cansada por el mal estado de la carretera y los materiales acumulados para su reparación. Después de cenar, nos alojamos en la residencia del santuario de la Virgen, Patrona de la ciudad, sobrio albergue, donde los excursionistas pudieron asistir a la misa de alba y bendición de los campos.

La primera parte de la mañana del día 16 se dedicó a visitar los monumentos de esta importante ciudad de Alcañiz, acompañados por don Armando Galán, Jefe de Protocolo del Ayuntamiento; así pudimos admirar la colegiata, verdadera catedral: el Ayuntamiento; la Lonja, de airosos arcos, reproducidos en la Feria del Campo de Madrid en el pabellón de Teruel, y, finalmente, el castillo, cuya parte anterior, restaurada en el siglo XVIII, se está acondicionando para albergue de turismo; el resto, correspondiente a los siglos XII y XIII, está perfectamente conservado.

De Alcañiz a Molina de Aragón encontramos la misma carretera difícil del día anterior, correspondiente a la provincia de Teruel. Después de un breve descanso en Montalbán, llegamos a Molina con una hora de retraso. Luego de comer y contemplar



Castillo de Molina de Aragón.

el castillo nos retiramos a descansar al barranco de la Hoz, en cuyo camino se encuentra el castillo de Santiuste, donde nos detuvimos brevemente.

El barranco de la Hoz es un bellissimo paraje, por el que discurren el río Gallo y estrecha carretera entre altísimas rocas de caprichosas formas, en medio de extensos y frondosos pinares. Hay un gracioso santuario ojival, donde se venera la Virgen de la Hoz, Patrona del Señorío de Molina.

Ya declinaba el sol cuando dejamos este pequeño paraíso. Tras un descanso en Algora, entrábamos en Madrid justamente a la hora prevista.

El valor exacto de esta excursión se irá acrecentando de día en día: solaz para el espíritu, peregrinación fervorosa, capítulo de Historia, lección de Geografía, curso de Arte y prueba gastronómica.

F. G. R.

NOTICIARIO

PROYECTO DE ALBERGUE TURISTICO EN EL CASTILLO DE MOLINA DE ARAGON

El castillo de Molina de Aragón es uno de los más interesantes y mejor conservados de la provincia. Su recinto ha sido testigo y actor de importantes hechos históricos y en él hallaron morada monarcas, príncipes y señores. Se halla emplazado sobre una prominente elevación que domina la capital del antiguo señorío, y desde sus almenas se divisa un extenso y quebrado panorama.

Estos días ha vuelto a ser resucitada por el cronista de Molina, don Claro Abánades, una antigua idea, cuya realización consideramos ahora más factible que cuando fue suscitada años atrás. El desarrollo que está alcanzando el turismo en nuestra Patria ha abierto a la curiosidad de nuestros visitantes amplias zonas antes desconocidas. Una de ellas es la del Alto Tajo, en el partido judicial de Molina de Aragón, a la que cada día afluye mayor número de visitantes, atraídos unos por la riqueza piscícola y cinegética de la comarca, y otros por los bravíos paisajes de aquella zona montañosa.

Para fomentar este turismo y prolongar su permanencia, se proyecta la restauración del antiguo castillo para instalar en él un albergue turístico. Las obras a realizar no serían excesivamente costosas, dado que la fortaleza se conserva, a pesar de los siglos, como ninguna otra de la provincia. Sus torres están enhiestas; las murallas se mantienen firmes, y el amplísimo recinto del castillo se halla completamente cerrado, hasta el punto de que no puede entrarse a él si no es abriendo alguna de sus puertas.

El albergue se alzaría en la plaza de armas del castillo, en el punto más elevado de la fortaleza. Bastaría con levantar un discreto edificio adosado a la muralla, la cual le resguardaría del cierzo, que allí sopla con dureza. Se da la circunstancia de que, a pesar de la altura, el castillo dispone de agua potable, y no precedente de algibes, sino de un profundo pozo, libre de toda contaminación. El acceso al castillo se realizaría por una carretera de unos quinientos metros.

Molina sería un centro turístico ideal, que serviría de albergue para cuantos se trasladan desde Castilla la Vieja a Valencia y desde el cual podrían efectuarse interesantes excursiones ra-

diales a toda la comarca. A menos de dos leguas de Molina se abre el grandioso barranco de la Hoz, milagro geológico, digno por sí solo de merecer un largo viaje para conocerlo. Allí, las rocas, los pinares y el agua se conjugan con un maravilloso silencio para ofrecer un rincón inolvidable al visitante. Las afluencias de algunos rios de la comarca con el Tajo forman rincones de ensueño, como el río Gallo al desembocar en el famoso puente de San Pedro.

Desde Molina puede hacerse, en el mismo día, una excursión al sugestivo Monasterio de Piedra y a la laguna de Gallocanta; y otra, distinta y tan interesante, al verdadero Alto Tajo, a pocos kilómetros de su nacimiento, en los términos de Checa, Chequilla, Peralejos de las Truchas, Taravilla y otros pueblos. Desde Madrid son ya muchos los que acuden los fines de semana a esta zona montañosa para pescar, cazar o simplemente pasar el día y la noche a más de 1.200 metros de altitud. El Ayuntamiento inclínese va a efectuar, al parecer, gestiones oficiales para que este centro turístico llegue a ser una realidad.

(Diario de Barcelona, 30 abril 1963.)

CIUDAD REAL: EL CASTILLO DE CALATRAVA, EN VIAS DE RESTAURACION

Todavía superviven en esta provincia veinte o veinticinco ruinas de castillos con algo de su antiguo empaque, aparte de muchos vestigios de fortalezas y torres fortificadas.

Los hay famosos: Montiel, Alarcos, Peñarroya, Alhambra, Chillón, Calatrava la Vieja, Calatrava la Nueva, Bolaños... Todos ellos, excepto uno, desasistidos de la mano del hombre.

La excepción corresponde al castillo y sacro convento de Calatrava la Nueva, entre los pueblos de Aldea del Rey y Calzada de Calatrava, para cuyas venerables reliquias vienen entregando subvenciones los organismos oficiales. En especial para restaurar su portentosa basilica de los Mártires, impidiendo su total ruina.

Se trata de una de las fortalezas roqueras más formidables de España, que está «empezando» a ser conocida por el turismo. Es antiguo monumento nacional y punto indispensable de parada en las rutas manchegas. Fue fundada, en 1217, por don Martín Fernández de la Quintana, octavo maestro de la Orden, frente a las legendarias ruinas de la de Salvatierra, como frontera cristiana en aquellos siglos, donde se establecieron los monjes y los caballeros de la Orden desde su primitiva sede de Calatrava la Vieja.

Tiene el castillo—en realidad, conjunto religioso-castrense único en el país—dos plazas de armas, evocando su iglesia las

estructuras cistercienses. Sobre la maravillosa Puerta de la Estrella campea un rosetón impresionante.

La historia de los castillos ciudarrealeños data, en rigor, de la época de las Ordenes Militares en su mayor influencia: Calatrava, Santiago y San Juan de Jerusalén. Y es una historia que está todavía sin escribir. Hablamos de la «Ruta del Quijote» y de los molinos de viento, y es forzoso que se sepa también que en la Mancha se cuenta con castillos muy significativos, destacando el sacro convento de Calatrava.

(*La Vanguardia*, Barcelona, 1 mayo 1963.)

MISA PARA TURISTAS EN LA CAPILLA ROMANA DEL CASTILLO DE BALSARENY

La permanente actualidad del castillo de Balsareny tiene una constante renovación en cuantas actividades quedan polarizadas en torno a su noble recinto.

A todos los actos celebrados a lo largo del año con los tradicionales festejos y romería, se une ahora la inveterada costumbre de celebrar la santa misa en la ermita románica durante los domingos y días festivos comprendidos en el período del 15 de mayo al 15 de octubre. La hora, a las doce y cuarto del mediodía, supone una facilidad para el cumplimiento del precepto.

Y cabe, dentro de los diversos actos culturales que se celebran en Balsareny, la conferencia del próximo domingo, día 19, a las 11,30 horas, a la que el ilustre historiador y novelista Rafael Tasis desarrollará el tema «Cent anys de Jocs Florals».

Con este motivo, la misa se celebrará media hora más tarde.

(*Solidaridad Nacional*, Barcelona, 17 mayo 1963.)

UNA NOTABLE OBRA SOBRE LOS MENDOZAS EN MENDOZA. LA VILLA, LOS CASTILLOS Y LOS SEÑORES

Está para salir, de un momento a otro, la interesante obra que lleva ese título: «Los Mendozas en Mendoza».

Se estudian, según ese tema, los Mendozas en la villa y su radiación alavesa, su participación en las instituciones alavesas y luego, en la vida nacional, en el mecenazgo social, artístico y religioso, al que dedica un capítulo por sus relaciones con Santa Teresa, así como, antes, en la Reconquista, en la descubierta americana, en la literatura, etc., y especialmente estudia en Alava su poderío económico y social, y relaciona toda esa explosión del linaje desde la cuna alavesa de los Mendozas y sus remotos vestigios en la villa y en las hermandades alavesas y en las

edificaciones, haciendo importantes aportaciones a la genealogía del país, heráldica, Derecho, arte, etc.

Lleva un prólogo del excelentísimo señor don Manuel de Aragnui. Sus veintitantas fotografías enriquecen la obra, cuyo autor, el reverendo doctor don José Martínez de Marigorta, llama inicio de otra, más voluminosa, sobre el aspecto social de los linajes en su influencia en la vida vascongada y, en general, en toda España. Coincidiendo con la actualidad de la restauración del castillo, el autor dedica una parte del estudio a los castillos diversos de la villa y a los cuatro templos de ella. Hoy, reducida a parroquia rural.

El libro tiene un mensaje hispanoamericano de gran interés.

(*Pensamiento Alavés*, Vitoria, 18 mayo 1963.)

PRONTO COMENZARA LA RESTAURACION DEL CASTILLO DE LA ZUDA, TORTOSA

Dentro de algunas semanas van a dar comienzo las obras de restauración en el castillo de la Zuda, que en su primera fase comportan un presupuesto de 300.000 pesetas, aprobado por la Dirección General de Bellas Artes, según proyecto del arquitecto conservador de museos de la IV Zona, don Alejandro Ferrant. Con ello se acometerá, de momento, la parte más necesaria: reconstrucción de la Punta del Diamante y de todos los paramentos ruinosos del castillo, que amenazaban derruirse de resultas de los últimos deslizamientos de tierras. Por otra parte, la Diputación Provincial ha destinado una subvención de 50.000 pesetas que permitirán dotar de agua y luz—con la previa autorización de la Dirección General de Bellas Artes—, tan necesarias para la plantación del arbolado y jardinería y para la iluminación interior, adecentándose, además, el antiguo polvorín, embaldosándolo con rasilla y habilitándolo para una amplia nave de exposición o conservación de elementos museísticos en el corazón de la Zuda. Con ello da comienzo una obra esperada muchos años, gracias a la labor conjunta de nuestras autoridades y de la Dirección General; obra que tendrá la continuidad necesaria, dado que nuestro alcalde cuenta con la promesa formal del Director General de Bellas Artes, don Gratiniano Nieto, de una dotación anual adecuada para la restauración de este recinto fortificado, tan importante para nuestra historia y tan visitado por el turismo internacional.

(*La Vanguardia*, Barcelona, 19 mayo 1963.)

EXCURSION DE «AMIGOS DE LOS CASTILLOS», DE LUGO

El pasado domingo celebraron su anunciada excursión los «Amigos de los Castillos». En Chantada, en la capilla del asilo,

oyeron misa, que celebró el vicedecano del obispado don Amador López Valcárcel, ayudado por uno de los miembros de la Asociación.

Después de detenerse algún tiempo en Orense, los excursionistas se dirigieron a Maceda, donde visitaron la antigua iglesia con el sepulcro de uno de los Condes, y el castillo, contemplando desde el paseo de Ronda el magnífico panorama de la vega y montañas.

Regresaron a Orense, donde, después de almorzar, hicieron una visita al Museo de la Catedral, escuchando las explicaciones de don José González Paz. Luego se dirigieron al Salto de los Peares, visitando las instalaciones, atendidos amablemente por el personal de Fenosa.

Luego, tras otra detención en Monforte, regresaron a Lugo. Durante la excursión el señor Peinado Gómez dio a los excursionistas explicaciones acerca de los lugares visitados e itinerarios que fueron recorridos.

(*El Progreso*, Lugo, 28 mayo 1963.)

EL CASTILLO DE CAPDEPERA

El aspecto artístico de Mallorca se deja, con frecuencia, de lado al prodigarse tanto el encomio de las maravillas naturales de la isla. Una fortificación roquera—el castillo del Rey, de Pollensa—ha desaparecido casi totalmente por la incuria del tiempo y la desidia de los hombres. En contra, y venturosamente, se conserva el castillo de Capdepera, que ha venido siendo conceptualmente erróneamente como árabe, pues fue construido durante la breve dinastía de los monarcas mallorquines. Yergue sus torres y sus antiguos muros almenados en una dominante altura, desde la que se otea un delicioso panorama, casi dentro la villa de Capdepera, la más lejana de Palma, a 78 kilómetros. El recinto, simétrico, hállase guarnecido, de trecho en trecho, por cuadradas torres almenadas, ofreciendo un curioso ejemplo de plaza de armas del siglo XIV.

Está abierto al culto el oratorio, construido en diversas etapas y dedicado a la Virgen de la Esperanza, de mucha devoción entre los vecinos de Capdepera. A excepción del oratorio, en buen estado, sólo existen en el recinto del castillo ruinas de casas.

Una puerta del castillo, incomunicada, es conocida aún por el «Portal del Rei en Jaume», y se cree fue construido por orden del Rey Jaime III, para refuerzo del castillo y tranquilidad de los habitantes cuando Mallorca, por el año 1343, era amenazada por las tropas del Rey Don Pedro IV, *el Ceremonioso*. Esta clase de portal se cree revolucionó la defensa de los castillos medievales.

les, son conocidos con el nombre de «torres-puertas». No debió ser el portal principal, al no poseer camino propio, como lo posee el del Portalet; éste, con puertas centenarias abiertas al público, hállase al lado de una robusta torre.

Si bien el castillo de Capdepera se conserva en bastante buen estado en cuanto recinto, su interior adolece de sumo descuido, con fosos llenos de abundantes e intrincadas malezas, siendo difícilmente accesibles las rampas laterales adosadas a los muros. La Asociación de Amigos de los Castillos (cuya delegación en Palma ya se ha preocupado de otras edificaciones similares), las autoridades locales de Capdepera y el Fomento del Turismo deberían adecentar y remozar el evocador castillo, de gran empaque aún, y hacer más viable su visita.

(A B C, Madrid, 1963.)

CASTILLO DE SALAS

Se están realizando a gran ritmo las obras de restauración del castillo de Salas—o torreón del Alba—, que están dirigidas por Menéndez Pidal, según proyecto del arquitecto don Francisco Pons Sorolla, jefe de Ordenación de Ciudades de Interés Artístico Nacional.

La financiación total de las obras asciende a unos tres millones de pesetas, corriendo un importante capítulo de esta cifra a cargo del Ayuntamiento de Salas, quien ha comprendido el significado que tiene una restauración de este monumento nacional que se alza en el mismo centro de la hermosa villa salense.

(*Voluntad*, Gijón, junio 1963.)

RESTAURACION DEL CASTILLO DE SALDUEÑA

El director de *El Diario de Avila* ha recibido una carta que dice así:

«Quisiera que esta mi comunicación corriera hacia usted en avión; tengo la gran satisfacción de comunicarle que el castillo de Narros de Saldueña ha sido comprado por un señor de Madrid. Actualmente se encuentran ya obreros retirando aditamentos «pegotes» para pasar inmediatamente a su restauración. En otra, que será muy pronto, le daré más amplia información. Quiero que hoy mismo salga notificación y pequeña información para nuestra primera autoridad civil de la provincia, señor Gobernador Civil, primer enamorado del arte, cultura y progreso de nuestra provincia.»

(*El Diario de Avila*, 14 junio 1963.)

OBRAS EN EL CASTILLO DE PEÑISCOLA

Se ultiman las obras de restauración y acondicionamiento del castillo de Peñíscola, sede del Instituto de Estudios del mismo nombre, para llevar a cabo en los primeros días de julio los cursillos de verano para extranjeros que la Universidad de Valencia, con la colaboración del mencionado Instituto, ha organizado en esta milenaria fortaleza, sede en su día del Papa del cisma de Occidente, Benedicto XIII (el Papa Luna), en cuyo recinto falleció.

Los cursos darán comienzo el 8 de julio y, en su primera fase, finalizarán el 3 de agosto; la segunda fase será del 5 al 21 de agosto.

(*La Vanguardia*, Barcelona, 15 junio 1963.)

EN EL CASTILLO DE ALCAÑIZ SE INSTALARA UN PARADOR DE TURISMO

El Director General de Promoción de Turismo, señor Arespachaga, llegado al Parador de Turismo de Teruel, ha presidido en el Palacio de la Diputación una reunión de organismos que formularon diversas sugerencias sobre los problemas de promoción de turismo en la provincia. A esta reunión asistieron también numerosos Alcaldes de los pueblos de las rutas turísticas provinciales.

A continuación, el Director General y Autoridades se trasladaron al Palacio Municipal, en cuyos bajos se ha instalado una Oficina de Información y Turismo, que fue bendecida por el prelado de la diócesis, Fray León Villuendas, e inaugurada por el Director General.

También ha visitado Albarracín y el castillo calatravo de Alcañiz, donde estudió la posibilidad de instalar un parador de turismo, en el que se invertirían de 80 a 100 millones de pesetas. A continuación, acompañado del Gobernador Civil de la provincia y del Alcalde de la ciudad, visitó el departamento de Santa María y la estancia de Alcañiz, en la que, por haber sido levantada la veda de la pesca de la perca americana, se han concentrado muchos aficionados a este deporte.

(*Arriba*, Madrid, 18 junio 1963.)

EL CASTILLO DE HOSTALRICH, MONUMENTO HISTORICO-ARTISTICO

Por Decreto 1.408/1963 del Ministerio de Educación Nacional, publicado en el *Boletín Oficial del Estado* del 18 del mes de junio, se declara monumento histórico-artístico al conjunto formado

por las murallas y el castillo de Hostalrich, en la provincia de Gerona.

(*Piel de España*, Madrid, 24 junio 1963.)

PROYECTO DE REPARACION DE LAS MURALLAS DEL ALBAICIN

Ha sido aprobado por el Ministerio de Educación Nacional el proyecto de obras en las murallas del Albaicín, presentado por el arquitecto señor Prieto Moreno. Dicho proyecto propone la reparación del tramo de muralla y terrenos de la cuesta de la Alhacaba, situado en las proximidades del palacio de Daralhora, y al tramo que une a continuación de la ermita de San Cecilio.

El proyecto asciende en su total a la cantidad de 249.998,61 pesetas.

(*Patria*, Granada, 21 junio 1963.)

RESTAURACION DE MONUMENTOS EN MADRIGAL

Las obras de restauración en el palacio de Don Juan II, en Madrigal de las Altas Torres, cuna de Isabel de Castilla, se van haciendo con extrema lentitud. Catorce años hace ya que se iniciaron y aún continúan, no habiéndose logrado tampoco ese anhelo justificado de separar la clausura de las religiosas Agustinas, que lo habitan desde el siglo XVI, en que se lo dio Carlos V, de lo que es palacio propiamente dicho, y en el que figuran las estancias donde vino al mundo la Reina Católica.

Ahora, no obstante, como consecuencia de una visita girada al Ministerio de Información y Turismo por una Comisión madrigaleña, el tema cobra actualidad y entra en una fase decisiva y esperanzadora, como consecuencia de las palabras del señor Fraga Iribarne, que mostró vivo interés por el asunto, hablando, incluso, de una próxima visita a tan ilustre villa. El Ministro se ha referido a la necesidad de prestar mayor atención a este problema, con el fin de que Madrigal de las Altas Torres, incluido en las rutas turísticas españolas, aparezca con el decoro que por su importancia histórica merece.

En el palacio de Don Juan II, durante un siglo sede de la corte castellana y parlamento de donde salieron instituciones tan famosas como la Santa Hermandad, precedente remoto del benemérito Instituto de la Guardia Civil, se efectúan en la actualidad los trabajos de artesanado, precisamente sobre la parte del edificio donde está la habitación en que nació la Reina, habitación a la que, como al resto del palacio, se dará acceso al fin para satisfacción de cuantos sientan la inquietud y busquen

la emoción de enfrentarse y admirar este auténtico solar de hispanidad. Ya se tienen noticias de que han sido solicitados informes sobre este particular, los cuales se han remitido inmediatamente al Ministerio de Información y Turismo por el Gobernador Civil.

Por otra parte, con el fin de facilitar la corriente turística hacia Madrigal de las Altas Torres, el señor Fraga Iribarne prometió a la Comisión abulense estudiar la posibilidad de incluir el hostel ya construido por la Diputación Provincial y fondos de Servicios Técnicos, y que está sin inaugurar, dentro de la red hostelera que el Ministerio de Información y Turismo tiene a lo largo y a lo ancho de la geografía española.

También se quiere—y en ello está de acuerdo la Dirección General de Bellas Artes—desalojar las casas que están adosadas a la antigua muralla, las cuales, aparte afean el monumento, corren peligro por los posibles derrumbamientos, que ya han sucedido en más de una ocasión. Digamos también, porque es digno de destacarse, que a toda la obra que en Madrigal de las Altas Torres se pretende realizar, hay que unir esa aportación valiosa de la Asociación Española de Amigos de los Castillos, que bajo su tutela está restaurando, magníficamente, la famosa puerta de Arévalo, del recinto amurallado.

(A B C, Madrid, 21 junio 1963.)



BIBLIOGRAFIA

POR JULIO PEREZ DE GUERRA

VÁZQUEZ SEIJAS: *Fortalezas de Lugo*.

Vázquez Seijas, este hombre tenaz y admirable por tantos y varios conceptos, académico destacado, magnífico fundador y Director del Museo Provincial, organizador paciente, arqueólogo cuidadoso, publicista distinguido; es, sobre todo y por encima de todo eso, un gran lugués, enamorado entusiasta de su tierra natal, a la que uno y otro día, incansablemente, rinde sin desmayos el sazonado fruto de su talento, de su trabajo y de su actividad.

Ahora, después de los dos primeros tomos, publica el tercero de su obra cumbre: *Fortalezas de Lugo y su provincia*.

En los anteriores, exhaustivamente, se estudian y exponen temas de tan subido interés como las antiguas construcciones existentes en la provincia de notoria importancia, nuestras murallas romanas, «los Hermandinos y su actuación en tierras de Lugo; hombres y hechos señeros de las guerras de la Independencia y de las carlistas en la provincia; los linajes de los Lugos y los Aguires».

Luego sigue un concienzudo examen de los castillos de Castro-Candad, Sirgal, Torés, Amarante, Doncos, Doiras, Parga, Seber, Castroverde, Navia de Suarna, Frouseira, Quiroga, Villalba, Ter, etc., pasando después a tratar de varias torres, fortalezas y casas fuertes distribuidas a través de lo que hoy constituye la provincia de Lugo.

En el tercero se ocupa, con excelente aportación de datos, de la villa y fortaleza de Chantada, sus más ilustres linajes; de los castillos de Eiriz, San Fiz de Horno, Portela y Folgoso, Monterroso, Pambre, Castro de Oro, Panadeda, Abadin y de muchas torres y casas-palacios dignas de mención.

En resumen y hasta aquí, una empresa de extraordinaria trascendencia, expuesta con notable claridad, fácil estilo y verdadera precisión, recogiendo viejas leyendas, curiosas anécdotas e ingeniosas consejas, constituyendo todo ello valiosísimo instrumento para el mejor conocimiento del rico pasado de Galicia.

De esta región que, en frase de un esclarecido pensador contemporáneo, dio a España su alma eminentemente lírica, su ansia religiosa y apostólica y que fue durante los siglos IX al XIII la gran arteria por la que espléndidamente circuló la cultura europea y por ella penetró en España con ímpetu vital, forja la mejor de nuestras gloriosas empresas nacionales.

Y es que el «Camino de Santiago» y el espíritu del Apóstol fue el soberano aliento de hombres y tareas hispanas en los días de la Reconquista, y más tarde siguió llenando de inspiración cristiana nuestra historia simpar, hasta el punto que, cuando tanta grandeza no cupo en los límites ya estrechos de la Patria, supo descubrir otros mundos y amplias tierras al otro lado del mar, para llevar a ellas la Cruz del Redentor y la savia de un pueblo admirable y singular, no ya por sus descubrimientos en América, sino mejor aún por su civilización y evangelización del nuevo continente, la superior de las humanas empresas.

Confiadamente esperamos la aparición de nuevos tomos de la magnífica obra *Fortalezas de Lugo y su provincia*, completando la meritoria labor que en favor de la historia regional se impuso el ilustre académico e investigador don Manuel Vázquez Seijas.



En esta sección se publicará la reseña de todos los libros y revistas total o parcialmente relacionados con los castillos y, en general, con la arquitectura militar antigua, de los que se envíen dos ejemplares al señor Redactor Jefe del BOLETÍN, Plaza Mayor, 27, 3.º, Madrid - 12.

Ciudades monumentales de España

Una colección que ofrece gran interés para los Amigos de los Castillos y, en general, cuantas personas sientan devoción por la historia y el arte patrios.

Volúmenes de 250 a 360 páginas, tamaño 19 x 15 cm., ilustrados con una veintena de láminas que reproducen vistas fotográficas, encuadernación en simil tela, con sobrecubierta policroma.

Recientemente publicado el volumen

CIUDADES DEL SUR

(Cáceres, Badajoz, Huelva, Sevilla, Cádiz, Jerez de la Frontera, Córdoba, Jaén, Málaga, Granada, Almería, Murcia)

por

ANGEL DOTOR

Precio del ejemplar: 50 pesetas.

«No es ahora esta faceta interesante de la obra de Dotor lo que motiva nuestro comentario. Es que hemos tenido noticia de él a través de su último libro de la serie «Ciudades monumentales de España», titulado *Ciudades del Sur*. La dedicatoria cordial del buen amigo ha sido la primera sorpresa al ojear este volumen de cerca de cuatrocientas páginas, en el que se hace una descripción histórico-artística de doce ciudades del Sur de España, todas ellas de una magnífica impronta de variadas y típicas manifestaciones de belleza y de atractivo. Y entre ellas nuestro Jaén, a la que dedica treinta y cuatro páginas de buena prosa y en las que comienza con un esquema de su pasado, un estudio del carácter y aspecto de la ciudad y una descripción detallada de sus principales características históricas y monumentales, entre ellas las antiguas fortificaciones, la Catedral, los viejos templos y los históricos palacios de la arquitectura civil. Hace también una somera escapada a lo que llama jalones turísticos de la provincia, entre ellos Baeza y Ubeda. Dotor escribe con claridad y sencillez. La obra se lee con agrado por la fluidez de su estilo, vivo y ameno en la exposición, sin agobiar al lector con citas y referencias. Ha acudido a muchas fuentes—la de mi «Guía artística y monumental de la ciudad de Jaén» le ha servido mucho, y noblemente cita los textos y su procedencia—, pero engarza perfectamente la documentación y la impresión subjetiva, con un buen conocimiento del oficio. Escritor de muchos saberes es este infatigable divulgador, en cuya pluma hay siempre un pálpito españolista entusiasta».

(Del comentario de José Chamorro, en el diario *Jaén*.)

Precedentemente publicados:

CIUDADES DEL CENTRO: (Ávila, Burgos, Cuenca, Palencia, Salamanca, Segovia, Sigüenza, Toledo, Valladolid, Zamora), por Angel Dotor. Precio del ejemplar: 40 pesetas.

CIUDADES DEL NORTE: (La Coruña, Santiago de Compostela, Lugo, Orense, Pontevedra, Oviedo, León, Santander, Bilbao, San Sebastián, Vitoria, Pamplona, Huesca, Jaca), por Joaquín Pla Cargol. Precio del ejemplar: 40 pesetas.

Pedidos: Asociación Española de Amigos de los Castillos.
Plaza Mayor, 27, 3.º Teléfono 221 24 54

M A D R I D - 1 2

Publicaciones de la Asociación Española de Amigos de los Castillos

BOLETIN SOCIAL

PRECIOS DE SUSCRIPCION

<i>Un año (cuatro números)</i>	60 ptas.
<i>Número corriente</i>	20 »
» <i>atrasado</i>	26 »
» <i>especial, homenaje en el IV centenario de la muerte del Rey-Emperador Carlos I de España y V de Alemania</i>	30 »
<i>Van publicados: 42 números.</i>	
<i>Agotados los números 1, 2, 12, 13 y 14.</i>	
<i>Diez años del Boletín (Índice bibliográfico)</i>	30 »

OTRAS PUBLICACIONES

	PRECIO
Bordejé Garcés, Federico: «Castillos desde el aire», 1955.....	15,— ptas.
Bordejé Garcés, Federico: «Castillos desde el aire», 1956.....	20,— »
Bordejé Garcés, Federico: «Castillos desde el aire», 1957.....	(Agotada)
Dotor y Municio, Angel: «Alarcón, inédito paradigma del arte y la historia patrios».....	15,— »
Dotor y Municio, Angel: «Los Castillos de Segovia».	(Agotada)
Layna Serrano, Francisco: «Atienza, su castillo y la <i>caballada</i> ».....	15,— »
Layna Serrano, Francisco: El castillo-palacio de los Obispos de Sigüenza	15,— »
Marañón, Gregorio: «Los castillos en las Comunidades de Castilla».....	12,— »
Prast, Antonio: «La torre del homenaje del castillo de la Mota de Medina del Campo»	15,— »
Rico de Estasen, José: «Loa apasionada de los castillos españoles».....	12,— »
Sanz y Díaz, José: «Panorámica con el castillo de Molina al fondo»	10,— »

Pedidos: a la oficina de la Asociación

PLAZA MAYOR, 27, 3.º - TELEFONO 221 24 54

MADRID • 12

ART. 1714



camiones
autobuses
autocares

Pegasus

Distribuidor:

Ieyland Ibérica
S.A.

P.º del Marqués de Monistrol, 7-Tel. 247 44 00 5 líneas-MADRID

GRANDES FACILIDADES DE PAGO



LA UNION Y EL FENIX ESPAÑOL

Compañía de Seguros Reunidos, Sociedad Anónima

Fundada en 1864

Domicilio social: Madrid - Alcalá, 39

Capital social autorizado..... Ptas. 18.000.000,00
(totalmente desembolsado)

	(Patrimoniales Ptas. 408.885.427,73)		
Reservas en 1.º enero 1962	Matemáticas. » 804.245.483,09	»	2.184.196.646,27
	Técnicas y provisiones. » 971.065.735,45		

Total de capital social y reservas..... Ptas 2.202.196.646,27

Importe total de las primas recaudadas el año 1961 Ptas. 2.283.831.449,07

SEGUROS DE: INCENDIOS, VIDA, ACCIDENTES (Trabajo, Automóviles, Responsabilidad Civil, Individuales), TRANSPORTES (Terrestres, Marítimos, Aéreos en sus modalidades de Cascos, Mercancías y Valores), ROBO y RIESGOS VARIOS (Cinematografía, Roturas, Pedrisco)

ACABA DE APARECER

**Madrigal de las Altas Torres,
cuna de la Hispanidad**

Por Antonio García Zurdo

Volumen de 24 × 16 cms., 139 páginas
Ilustrado con cuarenta y dos fotografías

PRECIO: 60 pesetas

Pedidos a la

ASOCIACION ESPAÑOLA DE AMIGOS DE LOS CASTILLOS
Plaza Mayor, 27, 3.º - Teléf. 221 24 54 - Madrid

SEGUNDA EDICION DE

CASTILLOS EN CASTILLA

por el Excmo. Sr. CONDE DE GAMAZO
con prólogo del Excmo. Sr. D. Félix de Llanos y Torriglia,
de la Real Academia de la Historia

Volumen de gran formato. 34 × 24 cm., XL + 200 págs.,
impreso en papel especial e ilustrado con 36 grabados en el
texto y 8 planos y 46 láminas (de ellas 30 reproducciones foto-
gráficas y 16 dibujos originales de D. Casto de la Mora).

Una de las obras fundamentales sobre la materia, magnífica
guía histórico-descriptiva para el conocimiento de una treintena
de castillos de primer orden situados en la región castel-
lano-leonesa (provincias de Valladolid, Palencia, Segovia,
Zamora y Avila).

Precio del ejemplar: En rústica, 360 pesetas.

En piel valenciana con estampados en oro, 470 pesetas.

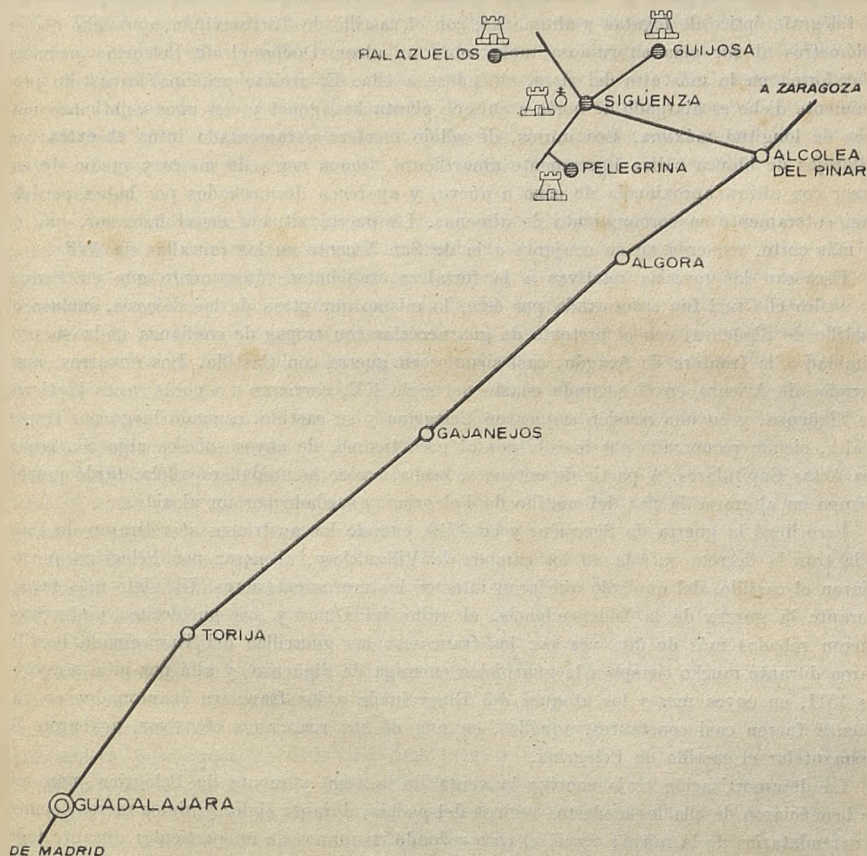
(A los miembros de la Asociación, 10 % de descuento)

Pedidos: Asociación Española de Amigos de los Castillos
PLAZA MAYOR, 27 - MADRID-12 - TEL. 221 24 54

ASOCIACION ESPAÑOLA DE AMIGOS DE LOS CASTILLOS

SECCION DE DIVULGACION CULTURAL

Excursión a Pelegrina, Palazuelos, Sigüenza y Guijosa



ITINERARIO

	Km.		Horario	Horario
Madrid.....				Salida..... 8,00
Pelegrina.....	126	Llegada....	10,45	Salida..... 11,45
Palazuelos.....	20	Llegada....	12,45	Salida..... 13,15
Sigüenza.....	8	Llegada....	13,20	Salida..... 17,00
Guijosa.....	12	Llegada....	17,30	Salida..... 18,30
Madrid.....	150	Llegada....	22,00	

OFICINA SOCIAL: PLAZA MAYOR, 27, 3.º - TELEFONO 2 21 24 54

CASTILLO DE PELEGRINA

EL emplazamiento del castillo de Pelegrina, en la cúspide del largo y estrecho promontorio rocoso ceñido por la hoz del río, es magnífico tratándose de una posición militar de la Edad Media; pues no sólo domina y cierra el valle, sino que desde aquella altura sus torres parecen empinarse hasta atalayar la paramera circundante y comunicarse, mediante el telégrafo óptico de fogatas y ahumadas, con el castillo de Torresaviñán, que ocho o diez kilómetros al sur alza su ruinoso mole sobre un alcor. Ocupa el de Pelegrina pequeña plataforma en lo más alto del risco, ciñéndose a ella. El recinto principal o castillo propiamente dicho es alargado de norte a sur, de planta hexagonal y con unos veinticinco metros de longitud máxima. Los muros, de sólido mortero paramentado *intus et extra* con sillarejos de blanca caliza ligeramente amarillenta, tienen cerca de metro y medio de espesor con altura aproximada de ocho o nueve, y aparecen desmochados por haber perdido casi enteramente su coronamiento de almenas. La puerta situada en el lado sur, que es el más corto, recuerda en su conjunto a la de San Vicente en las murallas de Avila.

Escasean las noticias relativas a la fortaleza, sabiéndose únicamente que en tiempo de Pedro el Cruel fue secuestrada por éste, lo mismo que otras de las diócesis, incluso el castillo de Sigüenza, con el pretexto de guarnecerlas con tropas de confianza dada su proximidad a la frontera de Aragón, casi siempre en guerra con Castilla. Los navarros, apoderados de Atienza en el segundo cuarto del siglo XV, corrieron no pocas veces la tierra de Sigüenza, y en una ocasión saquearon Pelegrina y su castillo, ocupado luego por tropas reales, siendo recuperado por los obispos al poco tiempo, de cuyos sucesos algo consignan las Actas Capitulares. A partir de entonces, hecha a poco la unidad española, tardó mucho tiempo en alterarse la paz del castillo de Pelegrina, guardado por un alcaide.

Pero llegó la guerra de Sucesión, y en 1710, cuando los austríacos se retiraron de Castilla tras la derrota sufrida en los campos de Villaviciosa, al pasar por Pelegrina incendiaron el castillo, del que sólo quedaron intactos los muros exteriores. Un siglo más tarde, durante la guerra de la Independencia, el valle del Dulce y sus pueblecitos pintorescos fueron robados más de una vez por los franceses; las guerrillas del Empecinado hostilizaron durante mucho tiempo a la guarnición enemiga de Sigüenza, y allá por julio o agosto de 1811, en cuyos meses los ataques del Empecinado a los franceses acantonados en Sigüenza fueron casi constantes, aquéllos, en una de sus reacciones ofensivas, acabaron de desmantelar el castillo de Pelegrina.

La desamortización trajo consigo la venta de la vega y monte de Pelegrina, pero no se beneficiaron de ella los modestos vecinos del pueblo, durante siglos y siglos meros colonos o arrendatarios de la mitra; siguió el coto redondo en manos de un particular durante todo el siglo pasado y el primer cuarto del actual, hasta que en 1930 su último propietario lo vendió a los lugareños, que por fin cultivan terrenos propios, habiéndose realizado la reforma agraria en aquel pintoresco rincón alcarreño de manera espontánea y natural.

CASTILLO DE PALAZUELOS

A unos cinco kilómetros de Sigüenza, yendo por la carretera que conduce a Berlanga y pasa a la vista del castillo de Riba de Santiuste, se recuesta en la falda oriental de un cerrillo la villa de Palazuelos, ceñida por el cinturón casi entero de sus murallas. Amplio boquete de unos sesenta metros de longitud, abierto al norte, y un moderno edificio

alzado junto a la puerta de la vega, rompen el encanto de las viejas fortificaciones, en todo lo restante bien conservadas, lo mismo que sus tres puertas, alguna de las cuales ostenta todavía las aspas y el "Ave María" en el escudo de los Mendoza. Las murallas de Palazuelos recuerdan a Avila, aunque la blancura de la piedra con que fueron construidas les quita adustez. Así como los cubos alternando con cuadrados torreones las hacen menos monótonas que las abulenses; en cambio, sus puertas son menos grandiosas y más amazacotadas, pues las forma un cuerpo de edificio cuadrado, alguna con torreoncillos cilíndricos en las esquinas, entrándose por un arco apuntado abierto en un muro lateral para que el recién llegado quedara expuesto a los tiros desde la cortina de la muralla; atravesada la puerta se penetra en el pueblo recodando a la derecha y cruzando otro arco apuntado.

Las murallas y fortalezas de Palazuelos, "la pequeña Avila alcarreña", merecían que el Estado, después de declararlas Monumento Arquitectónico Histórico, las protegiera, pues en otro caso irían siendo demolidas hasta no quedar de ellas el menor rastro. Por fin, las reiteradas gestiones hechas por mí en la Dirección General de Bellas Artes tuvieron un éxito relativo.

En el extremo norte del pueblo, sobre un altozano del que parten los muros de cintura, y sirviéndoles de cerramiento, se alza la cuadrada mole de un castillo con cubos en las esquinas y otra torre cuadrada adosada a la cortina de poniente, asimismo con sus pequeños cubos esquineros y que seguramente era la del homenaje, pero idéntica al resto de la fortaleza por su aspecto y por su altura; rodea al cuerpo principal una maltratada barbacana con cubos en los ángulos, una y otros perforados por troneras adecuadas al uso de la artillería, y en el lado meridional, abocando a la destartalada plaza del lugar, dos cubos salientes desmochados indican la existencia de la antigua puerta defendida por su puente levadizo. Este castillo de Palazuelos es un edificio hermético, sin ventanas ni saeteras; las paredes, lisas, no presentan la menor perforación, de suerte que tanto para defenderle como para contemplar sus habitantes el paisaje, sólo contaban con el adarve o paseador, cuyas almenas o antepecho han desaparecido.

Tanto las murallas como el castillo de Palazuelos denotan, por su sistema constructivo, por la falta de dentadas almenas sustituidas por un antepecho astillero sobre moldurada cornisa saliente de piedra, por la disposición de las tres puertas con que cuenta la villa y por las troneras para armas de fuego que taladran los cubos y torres en su parte baja. que fueron alzadas en pleno siglo XV y de una vez, dada la unidad que en su conjunto se advierte; el escudo de los Mendoza indica quién las hizo.

Fue Palazuelos de la jurisdicción de Atienza en los primeros tiempos siguientes a la reconquista, pero quizá fue dado con otros lugares (Cifuentes, Alcocer, etc.) por Alfonso el Sabio a su ex querida doña Mayor Guillén, madre de doña Beatriz, que fue reina de Portugal; lo que está fuera de dudas es que perteneció a la hija de ésta, la infanta doña Blanca, que terminó sus días como abadesa del monasterio de las Huelgas, en Burgos, luego de enajenar gran parte de sus bienes.

En un documento del archivo diocesano de Sigüenza, Alfonso XI confirma, en 24 de agosto de 1314, la compra hecha por el prelado don Simón Girón de Cisneros al infante don Pedro de la mencionada aldea de Palazuelos, que había adquirido de doña Blanca.

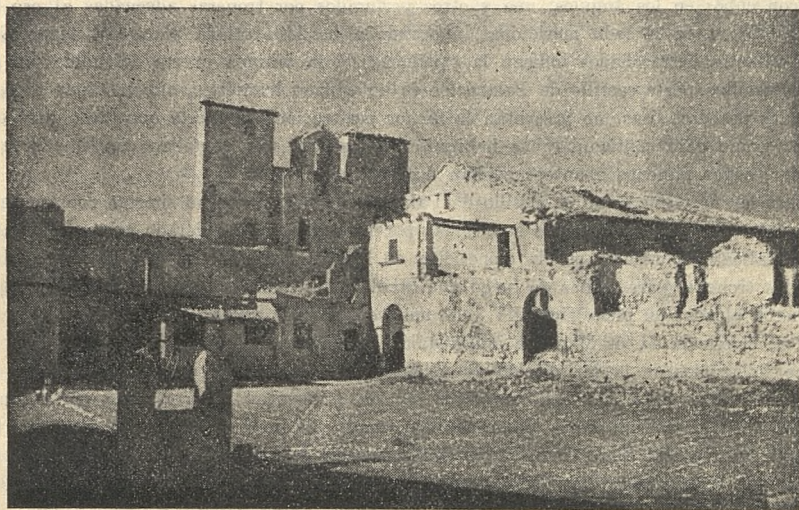
Durante los últimos años de su vida poseyó a Palazuelos el marqués de Santillana, y es de suponer que en su tiempo se acometiera la obra de las murallas y la construcción del castillo; las características de uno y otras corresponden exactamente a esta época; de sobra conocida es la afición del noble prócer a construir y reformar fortalezas. La soberbia muralla de Palazuelos y su fuerte castillo requirieron seguramente años para verse terminados, así como fuertes desembolsos.

El señorío de Palazuelos recayó años adelante en la casa ducal de Pastrana y no se

registran sucesos memorables acaecidos en su recinto hasta la guerra de la Independencia, durante la cual sufrieron mucho los pueblos de la región; los franceses abandonaron Sigüenza el 29 de septiembre de 1810, después de tres meses de ocupación, obligados por los continuos ataques de Juan Martín el Empecinado, pero antes de retirarse saquearon la ciudad y pueblos cercanos, entre ellos Palazuelos, cuyas murallas aportillaron así como el castillo. Al año siguiente los enemigos se apoderaron de Atienza por sorpresa y siguieron a Sigüenza, aunque el Empecinado les salió al paso trabando con ellos rudo combate en Palazuelos, con cuyo pueblo se ensañaron otra vez los franceses, desmantelando por completo la fortaleza y prendiendo fuego a algunas casas desde donde les hostilizaban los guerrilleros.

CASTILLO DE SIGÜENZA

ES el castillo de Sigüenza de planta cuadrilátera y área muy extensa, alargada de norte a sur, recordando su aspecto más las morunas alcazabas que las fortalezas cristianas medievales, en las que se escatimaba cuanto era posible el espacio a fin de asegurar la defensa con poco numerosa guarnición. Como las alcazabas, consta de gran recinto torreado, circunscribiendo un gran corral o patio, en el que llegado el caso podía encontrar refugio



Castillo de Sigüenza

la población civil y sin más habitaciones que las de las torres, más algún tinglado para cuadra y almacén de provisiones. De fuertes muros, tan gruesos que cierto anciano obispo nacido en un país meridional, y que por ello no resistía el frío extremado de Sigüenza, pudo hacerse fabricar una alcoba en el espesor de la muralla.

Por el lado oriental el castillo de Sigüenza, asomado al hondo barranco de escarpadas vertientes en cuyo fondo está la finca de "El Bosque", que servía de recreo a los antiguos preladados, no necesitaba torres de flanqueo y puede decirse que no las tiene; el foso natural es tan profundo que por ese lado la fortaleza era inexpugnable. En cambio, este foso

es perfectamente visible por el lado occidental, donde la ladera es de más suave pendiente: por aquí es por donde el castillo tiene más aspecto de tal con sus tres torres cuadradas de flanqueo, entre las que destaca, por su majestad y fortaleza, la del extremo norte, coronada de almenas y luciendo sus amarillentos sillares. Junto a la torre más meridional, cubierta por un tejado, dos altos y delgados cubos adosados al muro, entre los que corre una barbicana almenada, denuncian el emplazamiento de la puerta principal de la vieja fortaleza, hoy tapiada y sólo presumible, cuyo puente levadizo, saltando sobre el foso, permitiría el acceso desde el campo a la morada de aquellos obispos. Alto muro almenado y un viejo baluarte alzados por don Pedro González de Mendoza, Gran Cardenal de España y obispo de Sigüenza, frente a la cortina norte, de cuyos extremos arrancaba la muralla que ceñía la población, oculta ese lado del castillo donde existe la puerta actual, que no es precisamente la antigua, necesaria para comunicarse con la ciudad; esta puerta antigua, de gran aparato, se yergue altiva al extremo oriental de este frente, descollando sobre el alto muro dicho, y la constituyen dos altos cubos almenados provistos de saledizos balcones o matacanes, saltando de cubo a cubo valiente arco de medio punto sobre el que antaño corría una barbicana almenada sustituida en la actualidad por celosías de aspecto conventual; bajo este arco se abre el de la puerta de ingreso que luce los escudos de los Cisneros, pues fue el obispo don Simón Girón de Cisneros quien, a comienzos del siglo XIV, en vista de lo inseguro de los tiempos con motivo de la turbulenta minoría de Alfonso XI, aumentó considerablemente las defensas de su castillo-palacio e hizo construir esta puerta soberbia que es quizá el detalle más llamativo de la fortaleza seguntina.

Durante los reinados de Sancho IV **el Bravo**, Fernando IV y Alfonso XI, menudearon las turbulencias en Castilla complicadas con guerras más o menos intensas con Aragón, sufriendo Sigüenza no pocos días de intranquilidad por estar situada junto al reino aragonés, teniendo en muchas ocasiones los obispos que armar a la gente, guarnecer las murallas y el castillo y trabar bastantes escaramuzas y aun resistir más de un asalto. En aquellos tiempos el hecho más importante acaecido en el castillo ocurrió en la primavera de 1297, cuando todavía amanecían heladas las calles de la ciudad, siendo obispo don García, partidario de Fernando **el Emplazado** contra don Alfonso de la Cerda, pretendiente al trono protegido por el rey de Aragón, don Juan Núñez de Lara y otros magnates castellanos. Tramaron los hermanos García, Juan y Alonso López Trillo, caballeros trujillanos vasallos de don Juan Núñez de Lara, apoderarse por sorpresa del castillo de Sigüenza, mal guardado a la sazón a causa del frío y por no temerse agresión alguna, sobornando al efecto a cierto mesadero que prestaba servicio de vigía en el alcázar, comprometiéndole a que en determinada noche les facilitara la entrada así como a su hueste.

No registran los anales del castillo de Sigüenza sucesos destacados acaecidos en su recinto hasta el reinado de don Pedro I de Castilla, por unos llamado **el Cruel** y por otros **el Justiciero**, sin que a unos ni a otros falte razón. Veinte años tenía el monarca cuando, quieras que no, hicieronle casar con la bellísima doña Blanca, hija del duque de Borbón, cuya dote se encargó de pagar el rey de Francia sin que jamás llegara a efectuarlo, tratando de engañar al monarca castellano que no sentía el menor deseo de separarse de su muy amada la gentil y discreta doña María de Padilla. Fuera por estas burlas de la dote, fuera porque a don Pedro le hubieran informado de alguna falsa o verdadera aventura amorosa de la francesa, lo cierto es que recién casado provocó una escena violenta, se separó de su esposa huyendo al lado de la Padilla; las luchas civiles volvieron a ensangrentar el suelo de Castilla, enarbolando los insurgentes como falsa bandera la defensa de doña Blanca, resultando, en fin de cuentas, ésta perjudicada, pues al desvío sentido hacia ella por el esposo substituyó un odio profundo.

Al principio don Pedro se conformó con no verla, dejándola que viviera en compañía

de su madre; mas cuando los nobles descontentos la tomaron como pretexto encubridor de sus ambiciones, hizola llevar a Toledo, donde ella procuró acogerse al seguro de la catedral burlando así a los guardadores de su persona y dando lugar a no pocos alborotos; esto fue causa de que, por mayor seguridad, su regio esposo la enviara al castillo de Sigüenza. En Sigüenza permaneció la desgraciada señora nueve meses, hasta que la proximidad de Aragón, contra cuyo reino guerreaba crudamente por entonces el monarca de Castilla, hizo pensar a éste en la conveniencia de alejarla de la zona polémica; entonces fue trasladada a Jerez y desde allí a Medina Sidonia, donde falleció de muerte natural.

Durante el siglo XV vivió Sigüenza no pocos días de inquietud, actuando su alcázar más como fortaleza que como palacio.

Reinaba en Castilla Juan II, más dado a los torneos y a la ciencia gaya que al gobierno, entregando las riendas de éste a don Alvaro de Luna, con gran disgusto de los hijos de Fernando **el de Antequera**, antiguo y prudente tutor del monarca, bien heredados en Castilla a la que trajeron revuelta durante muchos años con la que se llamó **guerra de los Infantes de Aragón**. En 1445 entraron los navarros en Castilla, apoyados por don Gastón de la Cerda, conde de Medinaceli, y se apoderaron de la fuerte villa de Atienza, así como de Torija y Santorcaz, esquilmando el país, sufriendo Sigüenza y su territorio inquietudes, robos y saqueos sin cuento durante varios años.

Al bosquejar la historia del castillo de Sigüenza forzoso es mencionar al obispo don Juan Díaz de la Guerra (1677-1701) por sus grandes y beneficiosas obras en la ciudad (barrio de San Roque, Colegio de Infantes, etc.) y en el fuerte, que desde entonces sólo tuvo de tal la apariencia arcaica, pues el resto quedó transformado acentuándose en él las características de vivienda civil. Desde que con la unidad nacional tras la fusión de Castilla y Aragón más la reconquista de Granada advino la monarquía absoluta, es pobre en efemérides el castillo-palacio seguntino. Durante la guerra de Sucesión, a comienzos del siglo XVIII, sirvió con frecuencia para acuartelar tropas de uno y otro bando, sin que el edificio sufriera bélicos ataques ni mutilaciones. Antes del levantamiento nacional contra los invasores franceses, éstos, en enero de 1808, ocuparon Sigüenza destinando el viejo castillo a cuartel, depósito de bastimentos y también a almacenar en él los frutos de sus depredaciones; durante la guerra de la Independencia las patrióticas guerrillas capitaneadas por Juan Martín **el Empecinado** atacaron en varias ocasiones a columnas napoleónicas o sus convoyes e incluso hostilizaron la vieja fortaleza seguntina, tan vigorosa y reiteradamente que los enemigos tuvieron que evacuar Sigüenza no sin antes multiplicar los robos y tropelías de todo género; otra vez ocuparon la ciudad y su castillo en 1811, y al irse definitivamente saquearon la catedral y destrozaron el fuerte.

Durante la primera guerra carlista Sigüenza pasó muchas zozobras, y sus autoridades, así como las personalidades tildadas de liberales, hubieron de buscar frecuente refugio en el viejo castillo-palacio guarnecido por milicianos y escopeteros, sin que fuese atacado formalmente por las partidas enemigas constituidas las más de las veces por merodeadores incontrolados; en una ocasión pasó junto a Sigüenza el general Cabrera al frente de su hueste tradicionalista y efectuó un amago de ataque al castillo-palacio sin consecuencias. Más tarde sufrió voraz incendio causante de grandes destrozos en algunos salones palacianos y en otras partes secundarias. El maltrecho castillo-palacio era aún utilizable, y poco más tarde fue destinado a casa-cuartel de la Guardia Civil, luego de efectuarse en él algunos remiendos y otras modestas obras de acondicionamiento que le concluyeron de achabacanan, sobre todo en el interior; renovada la guerra dinástica española, al efectuar rápida correría por esta región el general Villalain al frente de considerables fuerzas carlistas en 1873, luego de volar innecesariamente el castillo de Galve cruzó junto a Sigüenza des-

encadenando un porfiado ataque contra la vieja fortaleza, defendida con brío y pleno éxito por unos cuantos números de la Benemérita en ella acantonados.

Hasta 1936, cuantos forasteros visitaban Sigüenza, luego de admirar la catedral y recorrer la típicas callejas, subían al histórico castillo-palacio atraídos por su arcaico empaque guerrero y esperando hallar en el interior muchos detalles arquitectónicos recuerdos de pasados esplendores; una vez atravesadas las dos puertas vulgares conducentes al patio sufrían gran desencanto al ver las inexpresivas viviendas modestas de las crujeas septentrional y occidental o las edificaciones más nobles, pero en mediano estado, que ocupaban los lados norte y sur. Cuando en julio de 1936 estalló el Movimiento Nacional contra el gobierno republicano-marxista a las órdenes del comunismo ruso, Sigüenza fue guarnecida por milicianos hasta que el 8 de octubre las tropas liberadoras consiguieron apoderarse de la ciudad tras cruenta lucha.

Poco a poco, el venerable castillo-palacio seguntino siguió arruinándose después de nuestra última guerra. El evocador edificio parece condenado a total desplome, lo que sería una desdicha; hasta ahora no han tenido éxitos nuestros esfuerzos para conseguir que se consoliden y reparen los muros de la antigua alcazaba-castillo, tan sugestivos y evocadores, al paso que el edificio se habilita para alguna finalidad práctica; aún no están perdidas las esperanzas, y es de desear que lleguen a convertirse en realidades para bien de Sigüenza, que tanto merece, y por el prestigio de España.

CASTILLO DE GUIJOSA

A unos tres kilómetros al sur de Alcuneza y nueve o poco más de Sigüenza, está el pueblecito de Guijosa en un vallejo junto a cierto arroyo de mediano caudal. En lo alto de un cerro dominante llamado "Castilviejo", con propiedad notoria, hubo sobre uno riscos una fortaleza de la que quedan sólo ruinas, sin que se sepa cuándo fue derruida y menos cuándo se construyó en las inmediaciones de un castro ibérico todavía apreciable; quizá su mal estado de conservación, al no llenar ninguna necesidad estratégica o su incomodidad para vivienda, decidió a sus dueños a abandonarla y alzar junto al pueblo otra casa fuerte más adecuada a la vida civil, sin que por eso dejara de tener cierto carácter militar; de ésta voy a ocuparme.

Se atribuye por algunos autores la propiedad de Guijosa, en el siglo XIII, a doña Beatriz, reina de Portugal e hija de Alfonso el Sabio y su querida doña Mayor Guillén, señora que fue de Cifuentes y Alcocer, donde se guardan sus momificados restos; también se dice que más adelante perteneció al turbulento don Juan Manuel, por compra hecha a doña Blanca, hija de doña Beatriz, en su vejez abadesa de las Huelgas, en Burgos; lo que no pudo pertenecer a tales señores fue el castillete que hay en el pueblo, cuyas características son de la segunda mitad del siglo XIV, atribución corroborada por el escudo del magnate que lo debió construir.

En su planta cuadrada, con torreoncillos macizos en los ángulos, coronados por un cuerpo hueco sobre volados canchillos, a modo de garitón almenado al que se pasa desde el adarve por una puertecilla de arco semicircular. Estos garitones, de los que se conservan tres tan sólo, forman un chaflán en cada esquina del patio, curiosamente montado, al modo de una construcción de madera, sobre una pieza cruzada y sostenida en su punto medio por otra que hace de escuadra.

Los muros son lisos, sin aberturas, coronados por sencillas almenas, y en el centro de cada cortina se ven a la altura del adarve restos de saliente matacán. A mediodía, está la puerta de arco apuntado, hoy semitapiada por una casuca de reciente construcción, y sobre

aquella hay tres escudos de los que tan sólo quedan dos a la vista; aquí el muro tiene dos o más metros de espesor para alojar una escalerilla, que desde el patio subía hasta el piso principal, y de allí al adarve; no tuvo el castillo de Guijosa puente levadizo ni barbacana o recinto exterior, pero sí un foso del que quedan vestigios.

Las habitaciones interiores, de las que nada queda, rodeaban un patio ordenándose en dos pisos; en el centro de ese patio, todavía se alza, aunque aporillada y maltrecha con sus pisos hundidos, la fuerte torre señorial defensiva, cuadrada, con la puerta a la altura del piso principal, y en el segundo, que hacía de salón, amplios huecos a los cuatro vientos, provistos de su balconada en forma de matacán.

El conjunto del castillo de Guijosa no puede ser más elegante dentro de su sencillez y a pesar de su actual estado de ruina, pues uno de los cubos esquineros está hundido, aporillados dos de sus muros, desdentadas las almenas, incompletos los salientes matacanes y desmochada la torre central. Como antes insiné, más que castillo es una casa-fuerte representativa de la antigua "torre",alzada para defender una villa o granja campera, sirviendo de paso como incómoda vivienda a los señores; estas torres fueron, poco a poco, dando lugar al castillo propiamente dicho, de suerte que en el siglo XIII apenas quedaban más que las militares, utilizadas como atalayas, o puestos de enlace entre fortalezas distantes, pero aún en el XIV se alzaron algunas, muy perfeccionadas en relación a las primitivas y más parecidas a éstas que a los castillos contemporáneos. Estas torres constituían el núcleo central y aislado de la casa-fuerte; quedaba en torno una lonja o patio mayor o menor rodeado de habitaciones, y al todo lo ceñía alto muro sin ventanas, con cubos en las esquinas y su adarve almenado; en ocasiones, había un recinto exterior rodeado por un foso; de ordinario, sólo éste ceñido por una empalizada. A este tipo corresponde claramente el edificio de Guijosa, al que sus antiguos dueños nunca llaman castillo en sus documentos, sino "casa-fuerte" o simplemente "casa".

Don Iñigo López de Orozco fue muy favorecido y honrado por Alfonso XI por su valor y fidelidad, y su hijo, el rey don Pedro **el Cruel** o **el Justiciero**, continuó premiando con largueza sus servicios y lealtad, que duró tan sólo hasta que le pareció más conveniente a sus intereses seguir la bandera del bastardo don Enrique de Trastámara; preso el de Orozco en la batalla de Nájera en 1367, ganada por don Pedro, fue muerto por el mismo rey, en venganza de su ingrato comportamiento. Pasó luego este señorío a la casa Medinaceli, perteneciéndola ya en 1424, pues según documentos que existen en el archivo diocesano de Sigüenza, en enero de ese año habitaban su "casa-fuerte" de Guijosa el tercer conde don Luis de la Cerda y su esposa, doña Juana Sarmiento. Muerta esta señora, el conde contrajo matrimonio con doña Juana de Leiva. Los bienes, al fallecer la condesa, pasarían a don Juan de la Cerda, hijo habido en su matrimonio; este personaje, que por contrariedades amorosas se retiró a su villa de Torrecuadrada de los Valles, donde tuvo descendencia con una lugareña, hizo cesión de su legítima, tanto paterna como materna (excepción hecha de Torrecuadrada), a su sobrino, el primer duque de Medinaceli. Ya no salió Guijosa de la casa ducal.

Es presumible lo desmantelaran los austriacos, cuando vencidos en Villaviciosa en 1710, se retiraron a Aragón, causando destrozos en los pueblos de los aristócratas partidarios de Felipe V.

Madrid, septiembre 1963.

(Extractado del libro *Castillos de Guadalajara*, de don Francisco Layna Serrano, Cronista Oficial de la Provincia. 3.ª edición, corregida y aumentada. Madrid, 1962.)

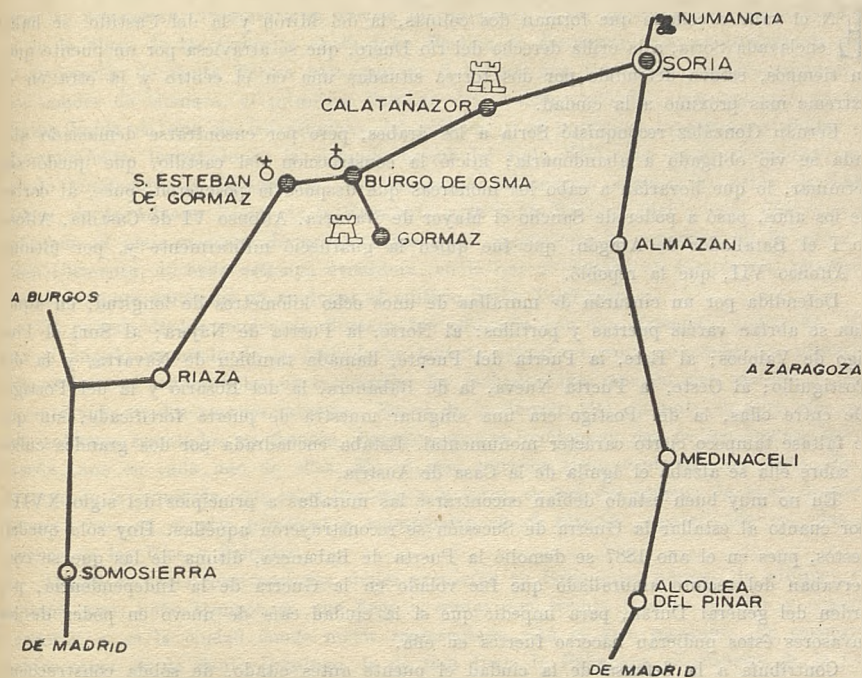
Depósito legal M-13465-1963.

Talleres del I. G. y C.

ASOCIACION ESPAÑOLA DE AMIGOS DE LOS CASTILLOS

SECCION DE DIVULGACION CULTURAL

Excursión a Soria, Numancia y Calatañazor



ITINERARIO

567 Km.	Km.	Horario	
Madrid.....			Salida..... 8,00
San Esteban de Gormaz.....	168	Llegada.... 11,30	Salida..... 12,30
Burgo de Osma.....	13	Llegada.... 12,45	Salida..... 16,00
Gormaz.....	13	Llegada.... 16,30	Salida..... 18,30
Soria.....	69	Llegada.... 20,00	

SEGUNDO DIA

Soria.....			Salida..... 8,30
Calatañazor.....	30	Llegada.... 9,15	Salida..... 10,15
Numancia.....	38	Llegada.... 11,15	Salida..... 12,15
Soria.....	8	Llegada.... 12,30	Salida..... 18,00
Madrid.....	228	Llegada.... 22,45	

OFICINA SOCIAL: PLAZA MAYOR, 27, 3.^o - TELEFONO 2 21 24 54

SORIA

EN el valle o collado que forman dos colinas, la del Mirón y la del Castillo, se halla enclavada Soria, a la orilla derecha del río Duero, que se atraviesa por un puente que, en tiempos, estuvo defendido por dos torres situadas una en el centro y la otra en el extremo más próximo a la ciudad.

Fernán González reconquistó Soria a los árabes, pero por encontrarse denasado alejada se vio obligado a abandonarla; inició la construcción del castillo, que quedó sin terminar, lo que llevarían a cabo los monarcas que después la poseyeron, pues, al correr de los años, pasó a poder de Sancho el Mayor de Navarra, Alfonso VI de Castilla, Alfonso I el Batallador de Aragón, que fue quien la guarneció militarmente y, por último, a Alfonso VII, que la repobló.

Defendida por un cinturón de murallas de unos ocho kilómetros de longitud, en aquéllas se abrían varias puertas y portillos: al Norte, la Puerta de Nájera; al Sur, el Postigo de Valobos; al Este, la Puerta del Puente, llamada también de Navarra, y la del Postiguillo; al Oeste, la Puerta Nueva, la de Rabanera, la del Rosario y la del Postigo. De entre ellas, la del Postigo era una singular muestra de puerta fortificada, sin que le faltase tampoco cierto carácter monumental. Estaba encuadrada por dos grandes cubos y sobre ella se alzaba el águila de la Casa de Austria.

En no muy buen estado debían encontrarse las murallas a principios del siglo XVIII, por cuanto al estallar la Guerra de Sucesión se reconstruyeron aquéllas. Hoy sólo quedan restos, pues en el año 1887 se demolió la Puerta de Rabanera, última de las que se conservaban del recinto amurallado que fue volado en la Guerra de la Independencia, por orden del general Durán, para impedir que si la ciudad caía de nuevo en poder de los invasores éstos pudieran hacerse fuertes en ella.

Contribuía a la defensa de la ciudad el puente antes citado, de sólida construcción. Es de ocho arcos de medio punto y el estribo del centro es más resistente que los demás, ya que debía aguantar el peso de la torre que en este punto se levantaba, torre que fue derribada en el año 1851 al construirse la carretera.

Del castillo, edificado sobre la colina de su nombre, desde la que se divisa el panorama de las sierras de Urbión y del Moncayo, y en el que las excavaciones realizadas han dado a conocer que aquí existió un castro celtibérico, quedan pocos restos, pero aún se aprecian sus dos recintos, el interior y el exterior, como asimismo las ruinas de la torre. En este lugar se hallan los depósitos de agua que abastecen la capital, y en el aljibe de la fortaleza, que estaba situado entre la torre y la muralla, el Ayuntamiento ha construido una piscina infantil.

El castillo tiene también su nota sentimental. Después del asesinato de don Pedro I de Castilla en Montiel, fue encerrado en esta fortaleza el príncipe don Juan, hijo del monarca, quien se enamoró de la hija del alcaide don Beltrán de Heril.

El color de las piedras de los edificios de Soria es rojizo. De constitución arenisca, al extraerla de las canteras es blanca; poco a poco, al paso del tiempo y por la influencia de los agentes atmosféricos actuando sobre los óxidos metálicos que entran en su composición, va perdiendo su color pristino, tornándose en rojizo.

El esplendor que llegó a alcanzar Soria en tiempos pretéritos se refleja en los palacios

y casas solariegas que en ella se levantaron y que le daban severo empaque, viéndose en las fachadas de los que aún existen los blasones de las familias que los mandaron edificar. La torre de doña Urraca, de planta cuadrada y espesos muros; el palacio de los condes de Lérida, ya desaparecido, sombría edificación donde se dice que estuvo el rey don Fernando de León para pedir la entrega de Alfonso VIII, entonces niño de tres años, por cuya tutela disputaban Castros y Laras; la Casa de los Castejones, de puerta claveada con medias esferas de hierro sujetas a las pesadas hojas de madera por espigas que las atraviesan; frontero a la Puerta de Rabanera el de los condes de Fuerteventura, y en la plaza de las Cabrejas el de doña Beatriz de Beamonte, que su propietaria puso a disposición de Santa Teresa para que en él hiciera una fundación: los dos palacios de los condes de Gómara, el primitivo llamado del "balcón redondo", por uno que de esta forma había en una de las esquinas del edificio, y el posterior, inacabado ejemplar del Renacimiento, levantado en la segunda mitad del siglo XVI, que puede compararse con el de Monterrey, en Salamanca. Aún conservan su antiguo aspecto las calles de Caballeros, de la Aduana Vieja, de la Zapatería y la calle Real, si bien a esta última le ha afectado el plan moderno de urbanización como igualmente ha sucedido en la plaza de San Clemente, de bella estampa evocadora, en la que se derribó un templo con un ábside románico para construir en su lugar el edificio de la Telefónica.

El palacio de los condes de Gómara fue edificado por don Francisco López del Río; en el ángulo izquierdo de la fachada se levanta robusto torreón coronado por pirámides de piedra con sendas bolas en la cúspide. La fachada tiene más de cien metros de larga y se divide en dos cuerpos laterales. En el de la derecha del conjunto se abre una serie de balcones rematados en frontón, balcones que se repiten en dos de los frentes del torreón, uno en cada uno de ellos. En el piso superior tiene ventanas con rejas. En el cuerpo de la izquierda, que es el frontero a la torre, se ven dos órdenes de arcos de medio punto, doce en el piso principal y veinticuatro en el superior, apareciendo en ellas las armas de los Ríos y Salcedos.

Aparte de estas construcciones civiles existieron en Soria gran número de edificios religiosos, pues hubo tiempos en que llegó a contar con treinta y siete iglesias y cuarenta ermitas, y es la ciudad donde mejor representado está el arte románico. Se conservan, entre otras, la de Santo Domingo, la de San Juan de Rabanera, el claustro de la Colegial de San Pedro y el de San Juan de Duero.

La iglesia de Santo Domingo, de finales del siglo XII, tiene la fachada más completa y rica del románico en España, en la que se aprecian influencias del románico de Poitiers. La portada se compone de cuatro arquivoltas y en los capiteles de las columnas hay diversos pasajes del Génesis. A ambos lados de la fachada se ven dos órdenes de arquerías ciegas. En la parte superior del hastial tiene un magnífico rosetón y lo remata una cruz florenzada.

Otra iglesia románica de Soria, de gran interés por sus especiales características, es la de San Juan de Rabanera. Su planta es de cruz latina, nada corriente en las iglesias de este estilo en Castilla. El ábside también es algo extraño, pues en lugar de tener una sola ventana o tres tiene dos. Al ser derribada la iglesia de San Nicolás se llevó su portada a esta de San Juan de Rabanera, y en ella se advierte otro detalle nada común en la ornamentación románica, como es el cabujón de cristal incrustado en la mitra de la efigie de San Nicolás, esculpida en el tímpano de la referida portada.

La iglesia colegial de San Pedro se edificó en el siglo XII, aneja al convento de agustinos regulares. Esta iglesia se hundió parcialmente en el año 1520, existiendo en la actualidad algunos ventanales románicos de la primitiva fachada; otros dos, cegados, junto a la capilla de San Saturio; y el claustro, en cuya pared norte quedan dos puertas

del antiguo convento. La entrada al actual templo, el cual terminó de reconstruirse en el año 1577 según consta en una lápida colocada en el arco que da paso a la capilla de Nuestra Señora del Azogue, se hace por una puerta de estilo plateresco.

Entre las obras de arte que en este templo se conservan destacan un Santo Cristo románico del siglo XII, que constituye valiosa muestra de este estilo no sólo en Soria, sino en España, y en la capilla de San Saturio, Patrón de la ciudad, un tríptico de influencia flamenca, sin firma, que lleva la fecha de 1599 y que el marqués de Lozoya atribuye a Correa de Vivar. En la tabla central aparece el Calvario, en la de la derecha del tríptico Jesús con la Cruz a cuestas y en la de la izquierda la Resurrección del Señor.

El claustro de la colegiata de San Pedro es románico de mediados del siglo XII. Carece de galería en el lado Sur, ya que para que la iglesia tuviera más anchura fue derribado cuando se reedificó el templo como consecuencia del hundimiento antes mencionado. En los muros hay algunos sepulcros y osarios; en uno de ellos se puede ver el esqueleto de un caballero del Temple en perfecto estado de conservación; la piel, adherida a los huesos, ha impedido que se desmorone.

La iglesia de San Pedro, desde la firma del Concordato con la Santa Sede, en 1953, ha sido elevada a la categoría de catedral, que comparte con la de Burgo de Osma.

El claustro de la iglesia de San Juan de Duero, antiguo convento de templarios y después de sanjuanistas, a cuyas manos pasó al ser disuelta aquella Orden, es de fines del siglo XII o de principios del XIII y presenta notables características. Está constituido por cuatro órdenes distintos de arquerías dispuestas de forma muy original, pues no presentan un frente completo, sino que, desde sus ángulos respectivos, llegan hasta la mitad de cada uno de los lados contiguos. Una de estas series es de arcos románicos, otra de herradura, las dos restantes son de arcos calados y entrecruzados, con la nota diferencial entre estos últimos de que en una parte son tangentes y en la otra secantes.

Abandonado y en ruinas se hallaba este monasterio en el pasado siglo cuando Bécquer, en el año 1866, quiso comprarlo para establecer en él un museo. En cierta ocasión un norteamericano que visitó Soria tomó medidas y dibujos del claustro y lo reprodujo en el jardín de su casa.

Otros edificios religiosos y evocadores existen en Soria, como la iglesia de la Merced, de la que fue guardián fray Gabriel Téllez; el antiguo convento de San Francisco, en el que estuvo de prior fray Antonio de Guevara, confesor de Carlos V; Nuestra Señora la Mayor; la ermita de San Saturio, Patrón de Soria; la de Nuestra Señora del Mirón, y algunas otras más.

Regía Soria en la Edad Media una singular institución denominada "Los Doce Linajes Troncales", constituida por grandes señores e hidalgos de la villa y de las aldeas que formaban una agrupación a la que pertenecían todas las familias e individuos alistados en el registro civil. Estaba dividida en doce grupos llamados Linajes o Casas Troncales, si bien en un principio debieron ser únicamente nueve, pues aunque en su escudo figuraban doce apellidos se repetían tres de ellos.

El escudo se componía de un jinete en el centro, y a su alrededor, formando un círculo, puesto que todos tenían iguales categorías y honores, el de cada uno de los linajes. Se supone que adoptaron tal característica imitando a los Caballeros de la Tabla Redonda y a los Doce Pares.

Los linajes eran los siguientes: Barnuevo, San Llorente, Santisteban, Don Vela, Santa Cruz, Calatañazor, Morales, Salvadores y Chancilleres. Estos tres figuraban dos veces y para distinguirse se titulaban someros y honderos.

LAS RUINAS DE NUMANCIA

EN el verano del año 133 a. de J. C., a finales del mes de julio o principios del de agosto, los defensores supervivientes de Numancia, después de heroica y prolongada resistencia frente a las legiones romanas, salían de la ciudad agotados y hambrientos y entregaban sus armas a Escipión, general de las fuerzas sitiadoras.

Numancia, ciudad celtibera, capital de la tribu de los arévacos, la cual ocupaba las mesetas del Alto Duero, estaba situada en el cerro de Garray, a poca distancia de la actual Soria y era la posición clave para la defensa de esta comarca. Se hallaba dentro del ángulo que forman la confluencia del Duero con el Merdancho. Los celtiberos aprovechaban estas condiciones topográficas para edificar sus ciudades, que así quedaban protegidas con defensas naturales por dos de sus lados mientras que el tercero lo constituía una muralla que, corriendo de río a río, enlazaba las riberas de éstos, encerrando a la población en un triángulo fortificado.

La guerra para la conquista de Numancia se prolongó durante veinte años, desde el 153 al 133 a. de J. C. El cónsul Nobilior fue el primer general derrotado por los celtiberos; el día 23 de agosto del año 153, fecha en que los romanos celebraban las fiestas de Vulcano, el jefe de los arévacos, Caros, situó sus fuerzas en los desfiladeros de Matamala y lanzándolas contra los de Nobilior alcanzó la victoria, muriendo aquél en la persecución de las desordenadas huestes romanas.

En Renieblas, cuatro millas al este de Numancia, acampó Nobilior con los restos de su ejército. Reforzado éste con escuadrones de caballería y algunos elefantes nómidas volvió otra vez contra Numancia. Una enorme piedra arrojada por los defensores alcanzó en la cabeza a uno de los paquidermos, que se enfureció, lo que hizo perder el control al conductor de la bestia, la cual emprendió la huida siguiéndola el resto de los elefantes que, en su alocada carrera, sembraron el desorden y el pánico entre los atacantes, circunstancia que aprovecharon los numantinos para hacer una salida e infligir nueva derrota a las fuerzas romanas.

Relevado Nobilior y sustituido por el cónsul Claudio Marcelo, en la primavera del año 151 se encaminó éste contra Numancia y acampó con sus tropas en el cerro del Castillejo, pero no atacó la ciudad, sino que renovó con los numantinos el tratado de paz que concertó Cayo Graco en el año 179 con el que terminó la primera guerra celtibérica.

En el año 143 a. de J. C. los celtiberos se levantaron contra Roma, y Metelo realizó una campaña atacando y sometiendo a las ciudades sublevadas, pero no consiguió vencer a Numancia. Le relevó Quinto Pompeyo Aulo, quien situó sus tropas en el cerro del Castillejo, en el mismo lugar en que antes acampara Metelo. Entablada la lucha, los numantinos alcanzaron nueva victoria contra el enemigo.

Otra ciudad que los romanos no habían conseguido reducir era Termancia y contra ella dirigió sus fuerzas Quinto Pompeyo, pero también fue derrotado; entonces decidió regresar a Numancia con intención de sitiarla; se estableció en el mismo campamento en que antes lo hiciera y la asedió, pero sin conseguir la rendición de sus habitantes.

En el año 138 se puso al frente del ejército romano el cónsul Marco Popilio Lenas, quien tampoco logró nada positivo. Nueva derrota de Roma, que relevó a Popilio sustituyéndole por Cayo Hostilio Mancino, quien también fue vencido; alcanzadas sus tropas por los numantinos en Torre Tartajo, en las inmediaciones de Renieblas, quedaron cercadas y fue obligado a pactar, pero Roma no aceptó.

Mancino fue relevado en el año 136 por Lucio Furio Filo, pero éste, ante el temor de sufrir otra derrota como les había sucedido a sus predecesores, optó por no atacar.

En el año 134 se hizo cargo del mando Cornelio Escipión, que comenzó por reorgani-

zar el ejército. En la primavera de este año arrasó y taló los campos; llegado el mes de septiembre instaló sus tropas en siete campamentos emplazados en los lugares más estratégicos de las proximidades de la heroica ciudad, unidos por un sistema de trincheras y empalizadas que constituían un recinto de nueve kilómetros de longitud en torno a Numancia, que quedó totalmente cercada.

Escipión no se decidió al ataque aunque los numantinos intentaron en numerosas ocasiones entablar batalla, sin que les arredraran las huestes que, superiores en número y dotadas con los mejores elementos de combate, les rodeaban. Dejó Escipión que el hambre hiciera lo que no habían conseguido las armas.

Ante el prolongado asedio la situación se hizo insostenible; consumidos todos los víveres los numantinos tuvieron que comer las pieles del ganado; agotada también esta posibilidad llegaron a alimentarse con carne humana. Los cadáveres de aquellos que sucumbían fueron el sustento de los defensores. Y cuando no hubo nada comestible en la martirizada ciudad gran número de numantinos se dieron muerte a sí mismos. Los supervivientes, los pocos que quedaban, se rindieron agotados y hambrientos. Escipión mandó cincuenta de ellos a Roma, los restantes los vendió como esclavos.

No fueron los numantinos los que incendiaron la ciudad, sino el mismo Escipión, quien ordenó que fuese arrasada por las llamas; además la maldijo, con lo que su reedificación quedaba prohibida. Sin embargo, pasado el tiempo, sobre las ruinas de la anterior se construyó una mansión romana, ya que por este lugar pasaba la calzada que iba de Astorga a Zaragoza.

En el transcurso de los siglos se perdió el recuerdo del emplazamiento de la ciudad mártir. Unos suponían que estuvo situada en Zamora y otros en Soria; se admitía asimismo el cerro de Garray. Y en este punto se efectuaron varias excavaciones, las últimas de 1906 a 1923, aflorando restos de la población y de los campamentos de los sitiadores, lo que ha permitido establecer, con muchas probabilidades de certeza, la extensión de la ciudad, cuya superficie sobrepasaba las veinte hectáreas; se descubrieron también restos de muralla, que en algunos lugares alcanzan tres metros de altura, y dos calles principales cruzadas por otras nueve transversales, apreciándose en ellas manzanas de casas; se encontraron, asimismo, puñales, espuelas, puntas de jabalinas y otros objetos, quedando en la actualidad bastante terreno por explorar.

CALATAÑAZOR

A treinta y cuatro kilómetros de Soria, en la carretera de esta capital a Valladolid, existe una desviación por la que, después de cruzar un puente sobre el río Milanos, se llega a Calatañazor, evocadora villa medieval situada sobre una alta peña, casi circundada por aquel río, a la que los árabes denominaron Kalat-al-Nasur o Pico del Buitre, en cuya parte más elevada se yergue el castillo.

Por una calle enguijarrada y pendiente y pasando por bajo de una puerta de la antigua muralla abierta al Norte, la única que da acceso a la villa, se llega a la Plaza Mayor, con casas de arcaico aspecto, donde se levanta la picota de grandes piedras cilíndricas sobre una base formada por circular escalinata, también de piedra. Al lado de esta picota hay un olmo centenario de grueso tronco y enorme copa.

En la misma plaza se encuentra la entrada al castillo, al que se ingresa salvando un puente de tablas sobre el foso. Quedan restos de la torre del homenaje y parte de otros torreones. No sólo el abandono, sino la rapiña, han contribuido al estado de ruina en que se encuentra la fortaleza; muchas de sus piedras se reconocen en las casas del pueblo.

El castillo de Calatañazor constituía uno de los más estratégicos reductos fortificados de la defensa de la línea del Duero. Fue reconstruido por don Juan de Padilla, Gran Maestro de la Orden de Calatrava y Adelantado Mayor de Castilla, al que le fue concedido el señorío de la villa en el año 1458. A sus descendientes se les otorgó el condado de Santa Gadea; luego, la villa pasó a la Casa de Medinaceli, recayendo el señorío en el duque don Juan Gómez de Sandoval, del que tomó posesión con gran solemnidad el 18 de julio de 1622. El infante don Alfonso, hijo de Juan II, moró en este castillo.

Desde el cerro en que se halla enclavada la fortaleza, y hacia el Oeste, se ven gran número de sepulturas antropoides y la Vega de la Sangre, lugar en el que, según la leyenda, tuvo lugar la batalla de Calatañazor, en la que el caudillo musulmán resultó gravemente herido, muriendo poco después en Medinaceli.

Era el año 1002 cuando Almanzor salió de Córdoba para realizar su anual campaña contra los cristianos, campaña que habría de ser la última. Si en una aceifa anterior había llegado hasta Santiago de Compostela, la que arrasó, aunque respetó la tumba del Apóstol, y llevó a Córdoba las campanas y puertas del templo jacobeo transportadas por los cautivos que hizo, el objetivo de esta incursión era el monasterio de San Millán de la Cogolla, el más venerado en Castilla y Navarra que, al igual que el templo de Galicia, quedó destruido.

No había hecho más que empezar esta campaña cuando notó que se agravaba una enfermedad que venía padeciendo, lo que le obligó a ordenar el repliegue de sus tropas. Por caminos difíciles para hurtar su maniobra a la vista de los cristianos, cruzó la sierra de Urbión y llegó a Medinaceli, de donde veintidós años antes había arrancado para iniciar su victoriosa carrera militar y en la que murió en la noche del 10 al 11 de julio de 1002.

De esta retirada, en la que las huestes cristianas hostilizaron a las de Almanzor, y de la "Crónica" de Lucas de Tuy toma cuerpo la batalla de Calatañazor, que hoy la crítica histórica representada por Dozy, Levy Provençal, Menéndez Pidal y fray Justo Pérez de Urbel rechazan categóricamente.

Y desde el siglo XIII se viene repitiendo hasta nuestros días la frase que dice: "En Calatañazor perdió Almanzor su atambor." Cuenta la leyenda que el mismo día en que murió aquél, un pescador a orillas del Guadalquivir, en Córdoba, repetía con voz lastimera dicha frase, desapareciendo cuando alguien se acercaba a él, tornando a surgir momentos después con la misma cantinela en otro lugar distante.

Al opuesto lado del río Milanos se alza, sobre la cima de un cerro, el antiguo poblado de Voluce, primeramente castro celtibérico y luego mansión romana situada en la calzada que, uniendo Astorga y Zaragoza, atravesaba toda la Celtiberia. En las excavaciones efectuadas en su emplazamiento se encontraron sepulturas antropoides, monedas, utensilios de barro, armas y otros objetos.

La iglesia parroquial de Calatañazor es del siglo XII y en ella se venera una imagen de la Virgen de la misma época. También se rinde culto a un Santo Cristo del siglo XV.

La villa mantiene su antiguo aspecto y un evocador ambiente histórico, con sus angostas callejuelas de irregular trazado, cuyas casas presentan voladizos balcones con barandillas de madera y salientes aleros. Aún se conserva un pilón en el que, según legendario relato, abrevó el caballo de Almanzor cuando éste iba camino de Medinaceli.

I. LEOCADIO ZAFRA

Madrid, septiembre 1963.

Depósito legal M-12751-1963

Talleres del I. G. y C.

BANCO HISPANO AMERICANO MADRID

Capital desembolsado 970.000.000 Ptas.
Reservas 2.290.000.000 »

CASA CENTRAL: Plaza de Canalejas, núm. 1

Sucursales en las principales localidades de la
Península, Ceuta, Melilla, Baleares y Canarias

Corresponsales en todo el mundo

Servicio especializado para las operaciones
con el exterior en su Departamento Extranjero

SUCURSALES URBANAS:

Alcalá, número 68	Legazpi (Gta. Beata Maria Ana de Jesús, 12)
Atocha, núm. 55	Mantuanano, número 4
Avda. del Generalísimo, 30	Marcelo Usera, núm. 47
Avda. José Antonio, núm. 10	Mayor, número 30
Avda. José Antonio, núm. 29 (esquina a Chinchilla)	Narváez, número 39
Avda. José Antonio, núm. 50	P.º Gral. Martínez Campos, 35
Bravo Murillo, núm. 300	P.ª Emperador Carlos V, 5
Carretera Aragón, núm. 94	Pte. Vallecas (Avenida de la Albufera, 26)
Conde de Peñalver, núm. 49	Rodríguez San Pedro, 66
Duque de Alba, número 15	Sagasta, número 30
Eloy Gonzalo, número 19	San Bernardo, número 35
Fuencarral, número 76	San Leonardo, 12 (junto a la Plaza de España)
J. García Morato, 158 y 160	Serrano, número 64
Lagasca, número 40	

Aprobado por el Banco de España con el n.º 5.010